



LEONARDO PATRIGNANI

# MULTIVERSO

¿Y SI ESTE NO FUERA EL ÚNICO UNIVERSO POSIBLE?



Alex Loira, un chico italiano de dieciséis años, cae al suelo desmayado en medio de un partido de baloncesto. En ese mismo momento, Jenny Graver, una chica australiana de la misma edad, también se desvanece en su casa.

En los últimos cuatro años esta clase de sucesos se ha venido repitiendo con frecuencia. El hecho es que Alex y Jenny se comunican telepáticamente y, ansiosos por conocerse, se citan por fin en el muelle de Altona Beach, en Melbourne. Ambos están allí. O al menos eso dicen.

Porque ninguno puede ver al otro. Marco, un amigo de Alex, descubre que se trata de la teoría del Multiverso: nuestras vidas se desarrollan de manera distinta en una infinidad de dimensiones paralelas. En el mundo de Alex, Jenny murió a los seis años. En el mundo de Jenny, Alex existe pero no es su amigo. ¿Cómo podrán encontrarse? O mejor todavía, ¿cuándo y dónde podrán encontrarse?



Leonardo Patrignani

# Multiverso

Trilogía Multiverso - 1

ePub r1.6

Titivillus 06.04.15

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

Título original: *Multiversum*  
Leonardo Patrignani, 2012  
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

*A mi padre.  
En uno de los infinitos mundos paralelos,  
antes o después, nos encontraremos.*

**A**LLEX Loria estaba listo para la canasta decisiva. Camiseta amarilla-azul empapada de sudor, un mechón rubio cayéndole sobre la frente y la mirada de quien sabía que marcaría. Era el capitán. Había conseguido forzar dos tiros libres en el último minuto. El primero había entrado. Aro-tablero-aro-canasta.

Faltaba un solo punto. No podía fallar.

Alex se secó las manos en los pantalones cortos y observó al árbitro mientras le pasaba la pelota. Una rápida mirada glacial al autor de la falta personal, un muchacho que asistía a un instituto vecino, y volvió a concentrarse en el tiro libre.

—Si encesto ganamos el partido, vamos, Alex... —se susurró para animarse, mientras con la cabeza inclinada hacía botar la pelota.

Sus compañeros permanecían en silencio, tensos y listos para saltar al rebote. Los habituales gritos de ánimo resonaron en el gimnasio de la escuela. Era solo un amistoso, no había pancartas agitadas por los padres en las gradas ni chicos con palomitas al borde de la cancha. Pero nadie quería perder, especialmente el capitán. De pronto le sobrevino aquella sensación de vacío. Las piernas flojas. Un escalofrío en la espalda. La vista nublada. Mientras compañeros y adversarios lo miraban desconcertados, Alex cayó de rodillas, apoyó una mano en el parqué sintético y comenzó a jadear.

Lo sentía.

Estaba a punto de suceder otra vez.

—¿Quieres hacer el favor de venir a la mesa? —llamó Clara desde la cocina.

—¡Un momento, mamá!

—¡Hace veinte minutos que dices «un momento»! ¡Muévete!

Jenny Graver bufó y sacudió la cabeza mientras con el ratón comenzaba a cerrar las aplicaciones en uso en su MacBookPro. Alzó la vista hacia el reloj de pared. Las ocho y cuarto. Por su tono, su madre no parecía dispuesta a admitir más retrasos.

Jenny se levantó y se miró en el espejo que había en la pared del escritorio. El pelo castaño le caía sobre los anchos hombros de nadadora profesional. A pesar de sus dieciséis años, Jenny ya ostentaba un rico palmarés de medallas, todas colgadas en las paredes del pasillo, en el primer piso de la casa de los Graver. Sus victorias eran el orgullo de su padre, Roger, excampeón de natación, en sus tiempos muy conocido en Melbourne.

Jenny salió de su habitación y atravesó el pasillo para ir al baño a lavarse las manos. Un exquisito aroma a carne asada subía por las escaleras.

De repente sintió aquel estremecimiento. Lo conocía muy bien.

Se le nubló la vista, avanzó dos pasos y trató de apoyarse en el borde del lavabo para mantenerse en pie. Su cuerpo cedió repentinamente, como si, salvo los brazos, sus músculos ya no respondieran a ninguna orden cerebral.

Estaba a punto de suceder otra vez.

—¿Dónde estás?

La voz retumbó en la cabeza de la chica. Un repentino silencio.

Gemidos a lo lejos, inquietantes como un llanto que resuena en el fondo de un abismo.

—Dime dónde vives... —insistió el chico.

—Mel... —Jenny trató de responder.

—Te oigo... Necesito saber dónde estás.

Cada sílaba proferida por Alex era como una aguja clavada en su cabeza. El dolor era punzante. La respuesta llegó acompañada por una maraña de gritos y risas infantiles. Todo le giraba en la

cabeza como un remolino, una confusa mezcla de emociones. Pero aquella palabra llegó por fin hasta él:

—Melbourne.

—Te encontraré —fue lo último que dijo Alex antes de que todo se volviera negro.

**C**LARA Graver se quitó los guantes de cocina y corrió al piso de arriba tras oír la caída de Jenny, como un peso muerto. Subió las escaleras, jadeante, arriesgándose a tropezar, y cuando estuvo delante de la puerta entornada la abrió de golpe. Su hija estaba tendida en el suelo, con baba en la boca y un hilo de sangre saliéndole entre los labios.

—¡Jenny! —exclamó y se arrodilló junto al cuerpo inconsciente. Los ojos de la muchacha estaban desencajados, la mirada perdida en el vacío—. Cariño... estoy aquí. Mírame.

Con unas caricias en las mejillas Clara consiguió despertar a su hija. Una técnica sencilla pero eficaz, ya convertida en hábito.

Roger subió los escalones de dos en dos y llegó agitado al baño. Miró primero a su mujer y luego a su hija, que iba recuperándose poco a poco.

—¿Cómo está?

Clara se limitó a encogerse de hombros.

—¿Ha sucedido otra vez? —la apremió él, aunque conocía perfectamente la respuesta.

Jenny enfocó lentamente la expresión preocupada de su padre e intentó calmarlo:

—Estoy bien.

—¿Te has golpeado la cabeza?

—No, creo que no.

Roger se acercó y le frotó la nuca. Los dedos se mancharon de rojo.

—Esto es sangre, Jennifer. —Su tono no transmitió preocupación, sino más bien resignación.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Clara.

—Tranquila, es superficial —la serenó él mientras Jenny se masajeaba la cabeza.

—¿Puedes ponerte en pie? —le preguntó su madre tendiéndole una mano.

Jenny inclinó el busto y sintió una punzada de dolor en el lado derecho de la frente. Logró levantarse.

—Ahora te vas a la cama. Te prepararé una tisana —dijo con tono afectuoso la madre, forzando una sonrisa.

Roger sacudió la cabeza.

—Dios santo, Clara, ¿cuándo entenderás que con tus tisanas no curaremos a nuestra hija? El doctor Coleman había dicho que...

—¡No me importa lo que haya dicho el doctor!

—Si tomaras en consideración la terapia...

—Ya hemos hablado de eso, y la respuesta es ¡no! —lo interrumpió, resuelta—. Jenny está... Jenny estará muy bien.

Entretanto, la muchacha se había acercado a la ventana, donde permanecía con la mirada perdida. Más allá de la cortina bordada a mano por su abuela se entreveían los tejados de las casas adosadas de Blyth Street.

Aquella disputa entre sus padres era una escena que Jenny conocía muy bien.

Los desvanecimientos habían empezado cuatro años antes. Ella acababa de festejar su duodécimo cumpleaños y estaba jugando con los regalos traídos por amigos y parientes. Su madre estaba desempolvando los muebles de la sala cuando ella, de pie delante del televisor, se había desplomado súbitamente. Apenas había conseguido decir «Mamá» al notar que la cabeza le pesaba y la vista se le nublaba. La última imagen que distinguió antes de desvanecerse fue el diploma de su madre, enmarcado y colgado en la pared de la sala: Clara Mancinelli, doctora en Letras *summa cum laude*. Abajo, junto a la firma del rector, el sello de la Universidad la Sapienza de Roma. El pergamino estaba fechado el 8 de mayo de 1996,



exactamente una semana antes de que Clara conociera a Roger, que estaba de vacaciones en la capital con un amigo, y decidiera cambiar el curso de su destino siguiéndolo a Australia. A su madre le gustaba recordar que si no hubiera entrado en aquel café para ir al lavabo, Roger y ella no se habrían conocido. Y Jenny nunca habría nacido.

Los exámenes médicos a que sometieron a Jenny no arrojaron ningún resultado preocupante. La niña no tenía problemas de tensión ni de corazón, su salud era perfecta y sus éxitos deportivos así lo demostraban con creces. Había ganado dos años seguidos la medalla de oro del torneo provincial y había sido seleccionada para participar en las Olimpiadas Escolares, para alegría de Roger, que la entrenaba personalmente cuatro tardes por semana en el Melbourne Sports & Aquatic Centre.

Desde entonces, episodios de aquel tipo se habían producido cada vez con mayor frecuencia. A veces presentaban los síntomas de un ataque epiléptico, otras parecían simples desvanecimientos. Según los médicos a los que Clara consultaba, no se daban los supuestos para un tratamiento contra la epilepsia. La pasión de su mujer por las flores de Bach y la homeopatía contrariaba la visión tradicional de Roger, pero hasta entonces ella se había salido con la suya. Nada de fármacos, ninguna terapia.

En los años siguientes, Jenny aprendió a convivir con aquello que llamaba «el ataque». Le había ocurrido en las situaciones más dispares. Durante la excursión escolar a Brisbane, cuando se había desmayado en el vestíbulo del hotel mientras la profesora pasaba lista y distribuía a las muchachas por parejas en las habitaciones. En el cine, cuando ni siquiera sus amigas se habían percatado de que, mientras ellas veían la película, Jenny se había derrumbado en la butaca con la cabeza ladeada y los brazos colgando. Y también en la pizzería, cuando Roger la había llevado a festejar su primera medalla de oro, y en el Burger King, donde el equipo de natación se reunía los viernes con el entrenador. Por no hablar de todas las veces que le había ocurrido en casa, en la cama o en cualquier habitación. Por suerte, pensaba a menudo, el ataque nunca se había producido en la piscina. Su vida habría corrido peligro.

Lo que sus padres no sabían era lo que ocurría durante los desvanecimientos.

**E**L médico del instituto dio una palmadita en el hombro a Alex y lo hizo levantar después de un breve examen. La enfermería, al fondo del pasillo del último piso, junto a la biblioteca, era un cuarto provisto de escritorio, camilla y botiquín. Todo de color blanco, todo frío y poco acogedor como el tono sarcástico y el aire de superioridad del doctor.

—Capitán, recuerda que estamos a un paso de los *play-off*.

—Lo recuerdo perfectamente —repuso Alex mirando al médico, seguro de sí.

—¿El campeonato te estresa demasiado? ¿O el problema son los deberes en casa?

—No me estresa nada —mintió el muchacho—. ¿Puedo marcharme?

Esperándolo en el pasillo estaba Teo, el entrenador del equipo de baloncesto, apoyado contra la pared, en las manos una biografía de Michael Jordan, el campeónísimo al que solía citar como ejemplo de deportista perfecto.

Alex lo ignoró y enfiló el pasillo, pero el hombre lo siguió.

—Alex, espera.

—¿Qué pasa? Está todo bien.

—No, no está todo bien. Si estamos así no podré alinearte en el equipo en los *play-off*.

Alex lo miró fijamente y por un instante pensó en la palabra «estamos». Era costumbre del entrenador: si un muchacho tenía un problema, concernía a todos.

—Haga lo que estime conveniente.

—Tú eres el capitán, tus compañeros te necesitan. Pero si te desplomas en un momento decisivo, y además arriesgas tu salud... pues entonces tenemos un problema.

—¿Y qué quiere que haga? Designe un nuevo capitán si le parece necesario. Los médicos dicen que todo me funciona bien.

—No es esa la opinión de tus padres.

Alex observó al entrenador, que le sostuvo la mirada con ojos decididos.

—Mis padres son demasiado aprensivos.

—Pues a mí me da en la nariz que me ocultas algo. Alex, demonios, eres el mejor, pero no puedo arriesgarme a que... a que lo sucedido hoy se repita durante la final.

—Entonces déjeme en el banquillo, así ni siquiera llegaremos a la final. Y sin más bajó la escalera y se marchó.

Mientras recorría el Viale Porpora con el cuello de la chaqueta levantado para protegerse del aire frío y punzante de Milán, los pensamientos se le agolpaban en la cabeza. Continuó rumiando hasta que llegó al portal de la señorial casa donde su familia ocupaba un piso regio. No quería perderse la etapa final de la temporada. Era el mejor anotador del torneo, era el capitán, había dado el máximo en todo momento. Pero si el entrenador decidía dejarlo fuera, su opinión serviría de poco.

Subió al primer piso. La señora del piso de al lado lo saludó y él la correspondió con una sonrisa de circunstancia y un gesto de la cabeza.

—No puedo más... —susurró para sí mientras giraba la llave en la cerradura de la puerta blindada.

Su casa lo recibió silenciosa como siempre. A aquella hora sus padres estaban en el trabajo. Sobre el mueble del recibidor su madre había dejado una nota, como de costumbre. Rezaba: «Junto al microondas hay una tarta salada. ¡Por favor, estudia! Besos. Mamá». Alex continuó adelante sin pasar por la cocina.

En su habitación, dejó caer la mochila junto al escritorio, se quitó la chaqueta y se sentó en el borde de la cama. Por suerte, pensó, no se había golpeado la cabeza. Últimamente conseguía

anticiparse al ataque y ponerse primero de rodillas, para hacer la caída menos peligrosa. Era un recurso, aunque no resolvía el problema; como mucho, le evitaría lesionarse la cabeza un día u otro.

Se echó de espaldas en la cama, con las manos en la nuca y los ojos entornados.

Las primeras veces percibía un fastidioso rumor indefinido. Con el tiempo había aprendido a reconocer algunos sonidos. El más agradable era el fragor de las olas en los escollos. Otros parecían repiques de campana, algo continuo y odioso.

Esto ocurría durante el primer año de desvanecimientos, cuando Alex tenía doce años. Después hubo una evolución: durante los ataques cobraban forma algunas imágenes en su mente. Eran muy confusas, se superponían y parecía imposible relacionarlas con algo real. Nada que tuviera que ver con su vida o con antiguos recuerdos.

En una de las visiones más vivas y recurrentes, Alex se encontraba recostado en una cama y rodeado de paredes blancas; el mobiliario de la habitación era más que austero. Solo conseguía percibir un crucifijo en la pared de enfrente, un florero encima de una mesita a su derecha y una ventana con la celosía cerrada. Intentaba mover las manos, pero parecían sujetas por algo; un lazo, quizá. Sin duda era su peor pesadilla. En cierto punto, todo se volvía oscuro y comenzaba una serie de lamentos superpuestos. Voces indistintas, ecos de tormentos sin fin.

Otra imagen bastante recurrente en los primeros años era una mano pequeña y regordeta. Alex la aferraba y tiraba para acercarla hacia sí, en vano. Entonces se limitaba a sostenerla. No podía ver más allá, percibir unos rasgos, un contorno definido. Cuando lo intentaba, la pequeña mano se disolvía y se escurría como arena entre los dedos.

Entre las tantas imágenes que se habían alternado en su cabeza en aquellos cuatro años de ataques, recordaba bien la de una playa. A veces veía a lo lejos a una niña, siempre la misma. En el último año habían aparecido otros detalles. El rostro se confundía en la imagen nublada, pero los ojos se distinguían con nitidez. Eran oscuros, tan intensos como para quedar en su memoria. Volvían cada noche. No recordaba cuántas veces los había recordado al despertar; debía de haber sucedido al menos un mes seguido.

Luego habían empezado las voces.

El desvanecimiento siempre era precedido por un escalofrío en la espalda y una sensación de entumecimiento en las articulaciones. Pero un día Alex había oído una voz que trataba de hacerse sitio entre la miríada de rumores y gritos a los que ya se había habituado. Era una voz femenina, joven, pero no entendía qué decía.

Luego había empezado a anotar en un diario las palabras que le parecía discernir. La primera fue «ayuda». Él intentaba responder, pero, a pesar de esforzarse por emitir sonidos, nunca lo consiguió. Según decían sus padres, mientras estaba inconsciente farfullaba algo. Preguntas como «¿Quién eres?», o «¿Dónde estás?».

El muchacho había decidido no comentar a nadie, ni siquiera a sus padres, lo que sentía o veía durante los ataques. No sabía el motivo, pero intuía que aquellas experiencias debían ser protegidas, custodiadas. Era su único secreto.

El episodio más significativo se había producido tres meses antes. Alex acababa de volver a casa del entrenamiento de baloncesto. Faltaba poco para que sus padres regresaran del trabajo. El desvanecimiento se produjo en su cuarto y, en el breve estremecimiento que le precedió, Alex tuvo tiempo de echarse en la cama. La acostumbrada mezcla de imágenes y sonidos surgió en su mente acompañada de un calidoscopio de sensaciones.

Tras los primeros y confusos instantes percibió a lo lejos el rostro de la muchacha. Como siempre, los ojos eran el único detalle que emergía nítidamente de la visión. Pero la voz era más clara.

—¿Existes de verdad?

Él vaciló un instante, sin saber si había oído de verdad aquella pregunta tan clara y precisa.

Nunca le había ocurrido algo similar, y estaba tan emocionado como asustado.

—Sí, existo.

—¿Cómo te llamas?

El eco de aquellas pocas palabras lo transportó a una dimensión maravillosa, dándole una sensación de placer y plenitud.

—Alex. ¿Y tú?

Una maraña de gritos desgarradores resonaba a lo lejos.

—Jenny.

Luego la muchacha se había desvanecido, absorbida por una espiral de imágenes confusas.

En la entrada del diario de Alex de aquel día estaba explicado y subrayado. Era el 27 de julio de 2014. Había sentido la presencia de la chica. Había percibido algo terriblemente real. No se trataba de un sueño, estaba seguro, ni de una alucinación o una visión.

Alex se había comunicado con una muchacha que estaba en alguna parte del mundo. No tenía ni idea de cómo era posible, pero estaba convencido: Jenny existía.

Y muy probablemente estaba lidiando con los mismos pensamientos.

«S E lo he dicho», pensó Jenny mientras se sentaba a la mesa disimulando la emoción.

Su padre le dirigió una mirada indagadora, para comprobar si su hija se encontraba bien después de su enésimo desvanecimiento. El reloj de cuco colgado junto a la nevera, comprado por los Graver en la pasada Navidad en un puesto a la entrada del Altona Coastal Park, marcaba las nueve menos veinte.

—Me parece que estás mejor, Jenny —dijo su madre mientras servía el asado.

—Deja que sea ella quien diga si está bien —intervino el padre.

Su mujer suspiró sin replicar y se sentó a la mesa como si no pasara nada.

Pero a Jenny, aquella tarde, no la preocupaba lo que dijeran sus padres. Sus pensamientos eran todos para Alex.

«Le he dicho dónde vivo, lo he conseguido».

Se esforzaba por hacerlo desde hacía mucho tiempo. Durante el último año había intentado varias veces comunicar algo más de sí, aparte de su nombre, pero creía que no estaba en condiciones. Además, nunca había querido admitir del todo que aquella voz en su cabeza perteneciera a una persona real. Y había también otro motivo que la disuadía de tratar de comunicarse: el dolor. Quizás el muchacho que había dicho llamarse Alex no sentía el mismo sufrimiento físico durante los ataques, pero para ella era una tortura. Cada vocablo le perforaba el cerebro, como una aguja que la atravesara de sien a sien. Pero esta vez no tenía dudas de haber pronunciado con claridad el nombre de su ciudad.

Jenny se había formado una idea muy vaga de su interlocutor. El nombre era el único indicio seguro. Parecía una voz joven, probablemente de una edad similar a la suya, y durante las visiones había entrevisto sus ojos y atisbado un mechón de pelo rubio sobre la frente.

A veces se preguntaba si no estaba erigiendo un gigantesco castillo de naipes que pronto se derrumbaría llevándose todas sus ilusiones. Esto era lo que más temía: perder aquella sensación que desde hacía años la acompañaba todos los días de su vida, la esperanza de que aquella voz perteneciera a una persona real.

Aquella noche se fue a dormir serena. Sonreía mientras miraba al techo con aire soñador. Las estrellitas fosforescentes que su padre había pegado muchos años antes seguían allí, brillando para ella antes de que se durmiera. Casiopea, el cuadrado de Pegaso, Andrómeda y luego la Osa Mayor y la Menor separadas por la sinuosa constelación del Dragón. Un firmamento todo para ella.

Jenny cerró los ojos.

Alex existía, estaba segura. Se hallaba en alguna parte del mundo. De algún modo conseguían comunicarse. Y ella no podía prescindir de él.

Aquella tarde, después de haber engullido la tarta salada y perdido una hora delante del televisor bebiendo una botella de zumo de pera, Alex decidió ir a la biblioteca. Frente al portal de su casa aquella mañana habían iniciado una obra, una cuadrilla de operarios con mono naranja estaba perforando la calle y el estruendo hacía imposible concentrarse. La prueba de Filosofía estaba a la vuelta de la esquina y él había estudiado más o menos un tercio de lo que la profesora había marcado.

Con la mochila a la espalda, cogió un par de autobuses y llegó a la Biblioteca Universitaria. Ya había estado antes, era un sitio silencioso y frecuentado por muchachos mayores que él, en general alumnos del Politécnico. Cuando entró en la sala, buscó una mesa libre y fue a sentarse. Empezó a hojear el cuaderno de apuntes, desgastado, y luego cogió de la mochila el manual de Filosofía.

Estaba subrayando con lápiz una frase de Kierkegaard cuando el habitual escalofrío le paralizó la espalda, golpeando cada terminación nerviosa.

Pero había algo extraño.

Miró alrededor, a la espera del momento álgido. Sabía que podía caerse de la silla, pero no se tendió en el suelo. Permaneció inmóvil, sentado, con los brazos sobre la mesa. Notó el cuerpo cada vez más pesado, pero consiguió mantener el control de la cabeza y los músculos del cuello. De improviso, una intensa sensación de vacío. Se sintió como suspendido en el aire, como si bajo sus pies se hubiera abierto un abismo y él flotase encima, sin despeñarse. Ya no conseguía distinguir del todo el ambiente normal de la biblioteca. Solo veía humo y niebla. Y aquel vacío.

Mas su mente permaneció vigilante. Aún se sentía dueño de su cuerpo y le parecía que no se desvanecería. Estaba consciente: en parte anclado en la realidad física y en parte inmerso en el espacio abstracto de la visión. Por primera vez en cuatro años aquella tarde no había ruido de fondo, solo un susurro similar a un soplo de viento. Alex conseguía percibir el aire fresco que lo rodeaba.

—¿Estás ahí, Jenny?

Un momento de silencio que pareció interminable. Luego la respuesta:

—Sí, Alex.

El muchacho fue presa de un sentimiento nuevo: una mezcla de incredulidad, alegría, estupor y curiosidad.

Desde el otro lado del mundo, también ella por primera vez no advirtió ningún dolor físico durante el contacto.

—Te lo ruego, dime que eres real —pidió Alex.

—Sabes que existo. Y yo sé que tú existes. —La voz de Jenny era dulce y familiar.

A Alex le parecía hablar con alguien que estaba siempre a su lado, comunicarse con ella como si las distancias no existieran.

—Jenny, debo pedirte algo que te parecerá tonto. —La muchacha no respondió. Alex continuó mirando al vacío sin ver más que niebla—. ¿Estás ahí, Jenny? Quiero preguntarte...

La voz proveniente de la niebla lo interrumpió:

—Clever Moore.

Alex se quedó sin aliento. Incrédulo.

—Se llama Clever Moore —repitió ella. Aquella respuesta le parecía imposible.

—Jenny... aún no te lo había preguntado.

Las palabras empezaron a reverberar. La comunicación se estaba debilitando. Las voces se alejaban poco a poco.

—Sí que lo has hecho —replicó ella, y el eco multiplicó las palabras en la cabeza de Alex antes de desvanecerse a lo lejos, disueltas en el rumor del viento.

Alex abrió desmesuradamente los ojos. Apretó los puños y echó la cabeza atrás, notando el hormigueo causado por un ligero entumecimiento.

En la sala, dos grupitos de estudiantes ocupaban sendas mesas, mientras la bibliotecaria colocaba resmas de papel en un armario.

El muchacho repitió mentalmente el breve diálogo mantenido con Jenny. Luego se levantó de golpe, a riesgo de caerse. Aún sentía las piernas medio dormidas. Se acercó a la bibliotecaria, que se había sentado a su ordenador y tecleaba desganadamente.

—Perdone —dijo Alex—, necesitaría que me hiciera un favor. ¿Su ordenador está conectado a internet?

La mujer, una cincuentona de rostro arrugado y con un lunar en el pómulo derecho, lo miró a los ojos. No parecía dispuesta a ayudarlo.

—¿Qué necesitas? —preguntó bajándose las gafas sobre la punta de la nariz.

—Solo comprobar una cosa. Es importante.

La funcionaría soltó un suspiro y enarcó las cejas, molesta, pero asintió con la cabeza.

—¿Puede buscar «Sydney» en Wikipedia y decirme qué nombre sale en «alcalde»?

La bibliotecaria lo hizo con lentitud exasperante.

—Clever Moore —leyó finalmente. Alex la miró, incrédulo.

—¿Está segura?

—Mira tú mismo —dijo ella girando la pantalla hacia el muchacho. Alex leyó con sus propios ojos aquel nombre: Clever Moore.

—O sea que existe... existe de verdad —murmuró para sí.

—¿Quién existe de verdad?

Él sonrió y no respondió. Se volvió, recogió la mochila y se encaminó rápidamente hacia la salida, sonriendo radiante.

Mientras bajaba los peldaños hasta la acera, Alex Loria lanzó un grito de alegría, sin preocuparse por los transeúntes que lo miraron como se mira a un chalado.

Jenny existía de verdad.

CUANDO la comunicación se interrumpió, Jenny estaba tumbada en su cama, en la oscuridad. Del piso de abajo subía un vocerío confuso. No se trataba de sus padres, sino de la televisión. Pasaba de la medianoche y el cielo de Melbourne se veía por la ventana del cuarto. Despejado, sin nubes, un manto negro embellecido por una miríada de puntitos luminosos. Desde aquel ángulo no se veía la luna. En cambio, el cinturón de Orión era muy visible, con las tres estrellas características alineadas.

—La más grande se llama Betelgeuse —le había explicado su padre años antes—. Y es enorme. ¡Su radio es mil veces el del Sol!

—¿Qué significa? —había preguntado ella, siempre curiosa.

—Que si sustituyéramos el Sol por Betelgeuse... ¡su perímetro rozaría la Tierra!

—Papá... pero cuando nosotros ya no estemos, como los abuelos, ¿iremos al universo?

—En cierto sentido, sí. Cuando observas las estrellas, puedes pensar que el abuelo y la abuela te miran desde allá arriba.

—¿Significa que aún están vivos?

Roger le había acariciado el rostro.

—Eso no es posible, tesoro.

—Pues yo creo que sí lo es, en alguna parte.

La muchacha se quitó una goma de la muñeca, se ató el pelo y respiró hondo. No hacía calor, pero a Jenny le agradaba dormir ligera de ropa. La camiseta sin mangas con la leyenda SURF-MANIA y las braguitas dejaban al descubierto unas piernas atléticas y una tersa piel dorada. En el cuello, como siempre, llevaba su colgante preferido, una cadenita que terminaba con el Triskell, un símbolo de origen celta formado por tres medialunas entrelazadas en una especie de remolino. En el centro del colgante, la letra V se fundía con el núcleo de la espiral. Se lo había regalado su abuela.

—Te protegeré —le había dicho al dárselo. El Triskell brillaba sobre su blanca palma.

—¿Qué significa la V? —había preguntado Jenny.

—Me lo regaló tu abuelo el día que pidió mi mano. Es un amuleto que contiene nuestra historia. Tu historia.

—¿Por qué la mía?

La abuela se había limitado a sonreír, estrechándole los hombros.

Jenny sacudió la cabeza al evocar aquel dulce recuerdo. Sus abuelos ya no estaban, pero no la habían dejado sola. Había quedado aquel símbolo que contaba el origen gaélico de su familia paterna. Solía apretarlo en la mano cuando tenía miedo o necesidad de fuerza y valor para afrontar un reto, fuera una competición de natación o un examen.

Volvió a pensar en Alex.

El ataque no se había producido durante el sueño, a pesar de la hora. Jenny estaba despierta en la oscuridad, pensando en la prueba que la esperaba el sábado siguiente y para la cual se había entrenado muy poco a causa del estudio. Tras el escalofrío, Jenny había experimentado una sensación de calor desconocida. Se sentía segura. Su cuerpo no respondía a las órdenes del cerebro, pero advertía la agradable sensación de flotar en un limbo, protegida y serena. Con los ojos cerrados, se había abandonado al encuentro. Como un sueño, pero tanto ella como Alex sabían que no lo era.

Por primera vez Jenny estaba segura. Siempre había tenido la duda de que todas aquellas voces e imágenes obedecieran a trastornos psíquicos, alguna extraña forma de esquizofrenia. Las búsquedas en internet, en foros y blogs, de alguna historia análoga a la suya, habían sido vanas.



Al final había renunciado. Durante cuatro largos años había sospechado que Alex solo era una proyección mental y temido que no hubiera nadie al otro lado. Ahora, si bien no tenía pruebas científicas de la existencia del muchacho, su reciente comunicación no dejaba lugar a dudas. Alex le había hecho una pregunta precisa para comprobar, a su vez, que ella era una persona real. Y ella había respondido.

—Estás ahí —musitó. Sé que estás ahí.

Permaneció despierta largo rato, con un único pensamiento rondándola. Cualquier cosa que sucediera allí fuera, en el mundo, ya no tenía importancia respecto del acontecimiento sobrenatural protagonizado por Alex y ella. Un milagro que superaba cualquier fantasía humana.

Envuelta en el silencio de aquella noche de finales de octubre, Jenny ni siquiera lejanamente podía imaginar que el planeta estuviera a punto de ir al encuentro de un terrible destino, y que la clave de todo estaba custodiada en su cabeza.

**N**OVIEMBRE fue un mes rico en encuentros, como jamás hubieran podido imaginar. Cada

tres o cuatro días, durante al menos treinta segundos, establecían contacto. Era precedido por el acostumbrado escalofrío en la espalda, al que seguía un estado de bienestar psicofísico, una sensación de paz y serenidad. Ningún rumor o lamento perturbaba aquella quietud. Y ningún sufrimiento, salvo un ligero dolor de cabeza al final del encuentro.

Diálogo que, ahora era evidente, ocurría a través del pensamiento. Para demostrarlo, Alex cogió la filmadora digital de su padre y se encerró en su habitación todo el fin de semana.

Montado sobre un caballete junto a la mesa de estudio, el objetivo encuadraba la zona de la cama. Bastaban pocos segundos para que empezara a grabar. Durante uno de los habituales escalofríos que preludiaban la conexión con Jenny, lo consiguió.

—Alex, eres tú...

El muchacho sintió una oleada de calor. Algo se estaba abriendo en su mente.

—Alex —repitió la voz femenina en su cabeza.

Un suspiro sacudió su pecho, precisamente cuando toda sensación física estaba a punto de abandonar su cuerpo.

—Jenny, debemos vernos.

A Alex le pareció advertir el esbozo de una sonrisa.

—No es posible. ¿Cómo podríamos reunimos? Oye, yo sé que estás ahí, siempre lo he sabido, pero todo esto es demasiado extraño... Me da miedo.

—También a mí, aunque no me preocupa. No sé cómo explicarlo, pero ya no puedo prescindir de ti, tu sonrisa existe en mi cabeza. Sé que quizá será distinto, que quizá serás distinta, y aun así no puedo pensar en irme a dormir aceptando que nunca te veré, aceptando que seas solo un sueño.

Las palabras de Alex permanecieron sin respuesta unos instantes.

—Pero quizá sí sea solo un sueño.

—Sí, el sueño más hermoso del mundo.

—Pero los sueños están destinados a desaparecer.

—Entonces no quiero despertar nunca.

Jenny no añadió nada, pero ahora, además de su sonrisa, en la mente de Alex aparecieron dos grandes ojos brillantes, y la expresión de quien intenta contener la emoción mordiéndose el labio.

—Nunca he sentido algo semejante —añadió Alex.

En su mente, aquellas palabras iluminaron el rostro de Jenny. Su perfil apareció en torno a los ojos brillantes, sus labios temblorosos, su frente ligeramente arrugada.

—Me parece verte —dijo Jenny—. Tu rostro ha aparecido en mi mente.

Era exactamente lo que le estaba sucediendo a Alex.

—¿Y si fuera distinto?

—¿Y si fuera distinta?

Las dos preguntas se persiguieron unos instantes en los pensamientos de ambos.

—Tú no eres un sueño, Jenny, ahora formas parte de mi vida. Quiero conocerte, aunque deba cruzar todo el mundo.

Esta declaración pareció vencer las reticencias de la muchacha, en cuyo corazón lidiaban dos emociones contrapuestas. Por una parte, el sentimiento que siempre había experimentado, el que le encendía el corazón, el que la hacía sentir sola entre sus amigos, sola en el mundo real de cada día. Por la otra, el miedo de haberse enamorado de un sueño, el temor a despertarse de pronto viendo desaparecer aquella ilusión.

Los pensamientos continuaron persiguiéndose sin que ninguno de los dos pudiera hacer nada por contenerlos. El diálogo mental escapaba a su control dando voz a sus pensamientos más profundos.

Cuando poco más tarde Alex abrió los ojos, la imagen desenfocada del techo de su habitación lo devolvió lentamente a la realidad. La luz en su cabeza se había desvanecido, la voz de Jenny ya era solo un eco lejano. Pero el piloto rojo de la cámara indicaba que lo había filmado todo.

Se levantó de la cama lentamente, con las articulaciones entumecidas, y conectó la cámara al ordenador.

El vídeo empezaba con él después de haber apretado el *rec* y echándose sobre la cama. Alex vio que sus párpados temblaban en los segundos previos al contacto. Luego, la caída en estado de trance, con los músculos relajados y los ojos cerrados. No entendió bien qué mascullaba en los segundos precedentes al despertar, solo captó las palabras «sueño» y «mundo».

Al final de aquel diálogo, el 23 de noviembre de 2014, Alex había prometido a Jenny que la conocería, que convertiría aquel sueño en realidad, aun a costa de su propia vida.

No había elección: debía hacerlo. Así se lo dictaba su corazón. Pero no solo.

En efecto, la mañana anterior Valeria lo había mandado al sótano. Hacía años que no bajaba a aquel espacio de dos metros por tres en el estrecho y polvoriento túnel subterráneo al que se accedía desde el patio interior de la señorial casa.

La tradición marcaba que en casa de los Loria se adornara el árbol de Navidad exactamente un mes antes de la fecha. Y así, Alex había sido enviado abajo a buscar las cajas con las bolas y los festones, la alargada caja de cartón con el árbol artificial y una bolsa con un intrincado cable luminoso.

Lo recibió el chirrido de la desquiciada puerta de madera. Por suerte, el interruptor aún funcionaba. Dentro era un caos. Cajas sobre cajas, una vieja tabla de planchar, dos muletas, trozos de una *mountain bike* que ni siquiera recordaba haber tenido de pequeño y baratijas variopintas.

Alex localizó la caja del arbolito en un rincón. Asomaba a medias. En un lado tenía representado un árbol estilizado. Luego se concentró en las otras cajas, apiladas unas encima de otras. La de más abajo tenía una inscripción diagonal roja que ponía «MARCOS». La de encima tenía un adhesivo blanco con un garabato azul. Era la caligrafía de su padre. Alex se acercó y leyó «AZULEJOS». La siguiente carecía de inscripciones. Inclino la cabeza para ver el lado opuesto.

—Hela aquí —dijo satisfecho al leer «ADORNOS NAVIDAD».

Luego, mientras buscaba la bolsa del cable luminoso, Alex tropezó con una rareza que no recordaba, un juguete que adoraba de pequeño. Era un robot de treinta centímetros de altura, azul, con manos y pies rojos, y un escudo en el pecho que retrotrajo al muchacho diez años atrás. Conservaba pocos detalles de aquella época, pero recordó que el robot servía de contenedor. Bastaba presionar un botón detrás del cuello y el tórax se abría en dos.

Cuando Alex lo hizo, se quedó de piedra.

—¿Y esto qué es? —dijo al ver la cinta de vídeo que contenía el robot.

La sacó y leyó la inscripción del adhesivo: «VER EL 22/11/2014».

«Vaya —pensó antes de meterse el casete en un bolsillo la felpa—. Es hoy...».

Cuando volvió a casa, dejó las cajas navideñas en la sala, se encerró en su cuarto y examinó el VHS. Le temblaban las manos. Se moría de curiosidad.

En cuanto sus padres salieron a hacer las compras, Alex corrió a la sala en busca del reproductor de vídeo que en los últimos años había sido reemplazado por un lector BluRay. Lo encontró en un arcón detrás del sofá, sepultado debajo de un montón de papeles. Por lo que recordaba, el aparato funcionaba perfectamente, pero cuando lo conectó al televisor e introdujo la cinta, la desilusión se le dibujó en el rostro. Enarcó las cejas mientras en la pantalla el DeLorean de Marty McFly corría a ciento treinta kilómetros por hora hacia 1955.

—*Regreso al futuro...* ¿Y qué? —dijo mientras buscaba la tecla de «stop».

Estaba a punto de presionarla cuando las imágenes de la película se interrumpieron de golpe. La pantalla se volvió gris y borrosa, como si la cinta hubiera sido regrabada. Una imagen cobró forma: él mismo de niño. De cinco o seis años. A sus espaldas, el viejo cesto de mimbre de los juguetes. A su lado, un enorme oso de peluche cabeza abajo sobre un viejo sillón burdeos. Todas cosas que ya no formaban parte de la decoración de su habitación desde hacía mucho tiempo. En la pared había pegados pósteres de deportistas como Ayrton Senna y Michael Jordan. El pequeño Alex estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Llevaba unos pantaloncitos azules y una camiseta con la imagen del Tío Gilito zambulléndose desde un trampolín para aterrizar sobre una montaña de monedas de oro. El pelo rubio le formaba una especie de cúpula sobre la cabeza, con el flequillo cayéndole casi hasta los ojos. Cuando levantó la mirada hacia el objetivo de la cámara, pronunció con su voz infantil unas palabras tan nítidas como horripilantes:

«Este mensaje es para mí, para cuando sea mayor. En noviembre de 2014 deberé partir al encuentro de ella. Antes de que sea demasiado tarde».

A continuación, el niño se levantó y salió de la imagen. La pantalla se puso negra. Y segundos después reapareció Michael J. Fox en un pajar del Hill Valley de los años cincuenta.

«No es posible», pensó Alex mientras rebobinaba el último minuto de cinta. Cuando la reprodujo otra vez, tuvo la confirmación de que había oído bien. Luego guardó todo en su sitio y devolvió el vídeo al sótano, dentro del viejo robot, antes de que regresaran sus padres.

Aquel VHS llevaba la fecha del día en que lo había encontrado, y el mensaje que él mismo se había enviado no era en absoluto ambiguo. Antes bien, era demasiado preciso. Inexplicablemente preciso.

Había algo absurdo en toda aquello, y había que descifrarlo. Aunque para ello necesitara atravesar medio mundo.

Alex sabía que solo había una persona que podría ayudarlo a realizar aquella empresa.

—No estoy segura de que sea una buena idea —dijo Valeria Loria mientras disponía los platos sobre la mesa. El aroma del sofrito de ajo invadía la cocina. La madre de Alex apuntó el mando hacia el televisor y puso *mute* antes de verter agua en una jarra que depositó en el centro de la mesa.

—¿Cuánto quieres estar fuera? —la voz del padre de Alex, Giorgio, era decidida y bien timbrada—. ¿Un fin de semana largo?

Alex se limitó a asentir con un gesto de la cabeza.

—No entiendo la necesidad. Como si ya no os vierais bastante.

El hijo abrió la boca para protestar, pero la madre lo detuvo con un ademán de la mano.

Él se contuvo y fue a sentarse en su sitio. La amplia cocina de la casa de los Loria estaba decorada con muebles antiguos de madera oscura, con pomos de latón y adornos florales. Una larga mesa de madera maciza dominaba la estancia. Encima de la mesa, del techo colgaba una lámpara de cristal. En la pared opuesta a la zona de cocina, un aparador de los años cincuenta en roble con puertas de vidrio alojaba el servicio de plata reservado para las grandes ocasiones. Alex odiaba aquella cocina. La detestaba, como también el resto de la casa. Para él no era más que una refinada jaula de oro.

—El viernes hay asamblea en la escuela —dijo titubeando—. Pero la asistencia no es obligatoria. Podría ir a casa de Marco el jueves por la tarde... y quedarme allí hasta el domingo. El padre lo observó unos instantes sin decir nada, luego extendió la servilleta y la apoyó sobre las piernas.

Valeria miró a su marido y luego al muchacho. Sabía que debería encontrar una solución que contentara a ambos.

—¿El domingo no tienes partido? —preguntó.

—No, el domingo no.

—¿Y no tienes que entrenarte? —intervino Giorgio—. Falta poco para los *play-off*.

Alex no respondió. Sabía que su padre tenía razón.

—Sigues siendo el capitán del equipo, ¿no? Quizás esperen que no te pases el fin de semana jugando a la PlayStation con ese amigo chiflado.

—Marco no es un chiflado. Es un genio.

—Sí, sí, está bien.

Por segunda vez se contuvo. No podía arriesgarse a discutir precisamente en ese momento.

—O sea, ¿puedo ir o no?

Valeria intercambió una mirada con Giorgio, que ya había activado el volumen del televisor como dejándole a ella la tarea de dar o no el permiso a su hijo.

—Ve, ve —respondió ella mientras en la pantalla empezaba el sumario del telediario, momento que en su casa significaba «fin de las discusiones».

Hecho.

El primer obstáculo estaba superado.

**A** las nueve y media de la noche del jueves, en un apartamento de Viale Gran Sasso sonó el interfono. No era el habitual y fastidioso ruido, sino más similar al de un móvil y reproducía el tema central de la banda sonora de *Rocky IV*. Marco apretó un botón en el pequeño mando verde y el portal se abrió. Alex subió la escalera de dos en dos y entró con la bolsa de baloncesto en bandolera.

—¡He recibido tu mensaje! —le gritó el amigo desde el baño—. ¿Quieres explicarme qué demonios sucede?

Marco apretó otro botón del mando y la puerta del apartamento se cerró. Alex estaba habituado a esos *tricks*, como los llamaba su amigo. Truquitos geniales. En casa de Marco casi todo se accionaba por medio de botones, mandos o incluso órdenes impartidas de viva voz. Puertas, calefacción, electrodomésticos de la cocina, estéreo y luces respondían todos a un control remoto, como algunos apartamentos modernos diseñados según las leyes de la inteligencia artificial, con la particularidad de que en este caso cada microchip había sido construido y patentado por el mismo Marco.

En febrero de 2004, más de diez años antes, sus padres habían decidido pasar unos días en una localidad de montaña. Tenían la idea de comprar una casa de vacaciones y habían aprovechado la inspección de aquella zona para pasar un fin de semana en familia. El padre de Marco, exesquiador profesional, había contagiado su pasión a su mujer y su hijo. Se anunciaba un fin de semana de magníficos descensos libres y tranquilas cenas en el refugio de la montaña.

Una ligera lluvia había acompañado su partida de Milán. Entrados en el Piamonte, les sorprendió un verdadero aguacero. Abandonaron la autopista para seguir la carretera que los habría llevado hasta la montaña y el temporal quedó a sus espaldas. Lo peor había pasado. Pero mientras ascendían de cota el tiempo fue empeorando. Una violenta tempestad de nieve se abatió de pronto sobre la curvada carretera de montaña. El fuerte viento hizo derrapar el vehículo y un árbol se inclinó peligrosamente sobre el parabrisas, obligando al todoterreno a un brusco volantazo que lo hizo precipitarse por la ladera. El muchacho, zarandeado en el asiento trasero, ni siquiera vio cómo su padre perdía el control del vehículo. Solo sintió el impacto del choque ladera abajo. Luego silencio.

La vida de Marco quedó marcada para siempre. Sus padres murieron en el acto. Él se salvó de milagro y fue confiado a sus abuelos maternos, con los que vivió hasta los diecinueve años. Luego decidió independizarse y encontró casa en Viale Gran Sasso.

Durante sus primeros veinte años de vida se había dedicado al estudio de la informática y la electrónica. Le agradaba desmontar artilugios, estudiar sus componentes, llenar la casa de sistemas de accionamiento mecánico. Tenía una serie de mandos electrónicos dispersos por todas las habitaciones. Estaba el verde, que accionaba puertas y ventanas. El azul, cuyas teclas estaban dedicadas al horno eléctrico, el microondas y los hornillos. El amarillo, para regular la temperatura del apartamento. El rojo, para gestionar la instalación de las luces: un panel de colores cambiantes en el dormitorio, hileras de neón azul en la sala para conferir un aspecto futurista a su «reino», como le agradaba definirlo, y una serie de pequeñas bombillas dispersas por el apartamento, que lo transformaban en una especie de gigantesco *flipper*. Marco estaba orgulloso de su obra.

Desde hacía diez años su cerebro discurría a un ritmo notablemente superior a la media y le permitía estudiar y proyectar artilugios cada vez más sofisticados, desde mandos para la casa hasta software. En informática era una especie de monstruo. Cualquier problema que pudieran tener sus amigos, Marco lo solucionaba. Como decía Alex, estaba «años luz por delante».

Pero la diferencia entre los dos muchachos no estaba solo en los conocimientos tecnológicos y los cinco años que le llevaba su amigo. Estaba también en las piernas. Las de Marco habían quedado en el fondo de la ladera.

La silla de ruedas eléctricas de Marco asomó del baño y giró por el pasillo en dirección a la habitación que llamaba «sala de máquinas».

—Te veo bien —comentó dando la espalda a su amigo.

Alex parecía radiante.

—Desde cierto punto de vista, es la época más hermosa de mi vida.

—¿Quieres algo de beber? —Marco volvió la cabeza hacia Alex, que estaba mirando en derredor. Cada vez que entraba en aquella sala, el primer vistazo acababa siempre en la foto de los padres de su amigo, sonrientes y felices el día de su boda.

—Sí, gracias.

Marco tenía un minibar rojo en forma de lata de Coca-Cola junto a uno de los tres ordenadores que ocupaban la mesa del centro de la habitación. Sacó un par de latas y tendió una a su amigo.

—Necesito tu ayuda —dijo Alex, saltándose todo preámbulo.

Marco sonrió y con un dedo se ajustó las gafas sobre la nariz. La barba desaliñada, el pelo negro desordenado con largos mechones despeinados: para Alex aquel había sido siempre su aspecto, desde su primer encuentro en la final del torneo de PlayStation.

—Deja de mirar mi silla —le había dicho aquel día—. No quiero ganar compasión. Mis piernas son falsas, pero las manos funcionan de maravilla.

Alex se había quedado impresionado por la seguridad de aquel muchacho que inicialmente solo le había dado pena. Antes de comenzar a jugar se habían estrechado la mano. Había ganado Marco, en los penaltis. Desde entonces, una especie de hermandad los había ligado para siempre.

Alex intentó volver a la realidad. Aquel recuerdo estaba impreso a fuego en su memoria como uno de los momentos más importantes de su vida. Un simple cruce del destino había hecho nacer una gran amistad. A menudo le ocurría que reflexionaba sobre el hecho de que si no hubiera visto la publicidad de competición en un periódico, el día anterior al torneo, por casualidad, nunca habría conocido a Marco.

—Adelante, ¿qué necesitas?

Alex miró la hilera de neones azules sobre el muro de enfrente y se vio obligado a frotarse los ojos.

—¿Los tienes siempre encendidos? —preguntó señalando las luces con un gesto de la cabeza.

—Solo cuando estoy aquí trabajando con el PC.

—Ah. Por tanto, siempre.

—Exacto.

Alex sonrió y empezó a beber la Coca-Cola. En los estantes en torno había numerosos ensayos sobre el cosmos, libros de ciencia, revistas de astronomía y tebeos de ciencia ficción. Su atención fue atraída por un ensayo de Stephen Hawking. Lo cogió de la librería y lo hojeó distraídamente hasta la foto del científico. Por un instante se detuvo a pensar en la triste decadencia física de una gran mente como la del cosmólogo británico. Luego devolvió el libro a su sitio.

—Ya sabes de mis dolores de cabeza —dijo Alex—. Aquellas... alucinaciones.

Marco prestó atención y lo miró con curiosidad.

—Nunca me has hablado de ello... en profundidad —dijo titubeante. Sabía que para Alex era un tema delicado.

—Bien, me parece que ha llegado el momento de decirte algo más.

—Te escucho.

—La cosa ha evolucionado.

Marco puso en *standby* los tres ordenadores, un PC, un Mac fijo y un MacBook portátil que trabajaban siempre en red.

—Pues bien —empezó Alex, sabedor de que se estaba sincerando con la única persona en el mundo a quien habría confiado su vida—, ahora es seguro que Jenny existe.

Y le contó todo.

Los encuentros con la muchacha, los desvanecimientos, sus diálogos telepáticos, y la certeza de que también ella anhelaba conocerlo. Y cómo había conseguido descubrir dónde vivía y cómo había tenido ocasión de comprobar que la información proporcionada por Jenny era verdadera. Luego le habló de la cinta de vídeo y de aquel niño rubio y su recordatorio para el futuro.

Al final calló, exhausto. Se levantó y se acercó a la ventana bajo la mirada atenta de su amigo. Miró fuera y se percató de que había oscurecido. Las farolas iluminaban las calles y el tráfico había dado paso a la desolación. Un sin techo empujaba con esfuerzo un carro. «Quién sabe cómo habrá sido la vida de ese hombre —pensó—. Acaso antes era rico y ahora pide limosna. A veces basta un revés...».

—Alex —dijo Marco—, yo te creo, siempre te he creído, pero no sé cómo podría ayudarte.

—Debo ir a Australia. Debes a ayudarme a realizar ese viaje.

—Bromeas. ¿Quieres partir para Australia, así? ¿Ahora?

—Exactamente. Ya no puedo esperar. Me volveré loco si no afronto esto. Me parece vivir dos vidas. Yo... debo verla.

Marco suspiró y apretó los labios. Luego reactivó el Mac e hizo una búsqueda en internet.

—¿Tienes el pasaporte vigente? —le preguntó.

Alex no comprendió de inmediato el sentido de la pregunta.

—¿Y bien? —insistió Marco—. ¿Tienes pasaporte o no?

—¿Significa que me ayudarás?

—Claro que te ayudaré, qué pregunta.

—Tengo el pasaporte. Lo utilicé para la excursión de enero con mi clase. —Perfecto. Veamos qué puedo hacer. Alex se acercó con la silla a su amigo.

—Jo... —dijo Marco sin apartar los ojos de la pantalla—. Volar a Melbourne no es precisamente económico.

—Ya veo.

Los vuelos de ida y vuelta costaban un mínimo de 1350 euros. Con una antelación de tres meses, el precio bajaba unos trescientos euros, pero Alex no tenía ninguna intención de esperar.

—¿Qué quieres hacer?

Marco se estaba tomando en serio el asunto. Cualquier otro lo habría tomado por loco. Si se hubiera confiado a sus padres o a algún amigo, le habrían aconsejado un buen psicoanalista. Pero, como Alex ya sabía, Marco era una persona especial. Lo había tomado en serio desde que le había comentado el primer desvanecimiento. Habían pasado cuatro años.

—No lo sé. No tengo tanto dinero.

—Eso no es problema.

—¿En qué sentido?

Marco sonrió, como si diera por descontada la respuesta.

—Digamos que tengo mis recursos...

—Oye, no quiero que me prestes dinero.

—No tengo ninguna intención de prestártelo. Y, en cualquier caso, no sería mío... —Marco rio y se puso a rebuscar entre los papeles dispersos detrás del Mac. Encontró varios folios y se los tendió a Alex, que empezó a hojearlos mientras el amigo explicaba—: Estas son algunas fichas técnicas que he conseguido piratear con mis trabajos de *hacker*. Se trata de poner los datos de cuentas con las cuales puedo operar con cierta tranquilidad.



—Nunca dejarás de asombrarme. —Alex revisó las páginas sin entender la lista de cifras y nombres que contenía.

—De esta serie de fondos puedo sustraer pequeñas cantidades, actuando como haría cualquier empresa con la cual se pueda hacer una compra *online* con tarjeta de crédito.

—Pero ¿es seguro? —preguntó Alex.

—Claro que no, pero tengo mis sistemas, no te preocupes. Ante todo deben ser cantidades que no despierten sospechas. No quiero hacerme multimillonario con este sistema, sería imposible y antes o después me descubrirían. Estas sumas no las giro a mi cuenta. Las envío a una serie de tarjetas de prepago de empresas ficticias que...

—¿Crees que estoy entendiendo algo? —Alex frunció el ceño y contuvo una carcajada.

—En resumen, consigo entrar en posesión de este pellizco sin implicar mi cuenta bancaria y puedo retirar la cantidad a través de las tarjetas de prepago que tengo en aquella caja fuerte.

—Señaló un pequeño cubo de metal sobre una repisa, la misma en que había puesto la foto de boda de sus padres.

—Mañana irás a que te den una tarjeta de prepago. De los tres mil euros que nos serán acreditados por la tarde me ocupo yo.

Alex se quedó sin palabras.

—No debes decir nada. —La mirada de Marco se posó en una fotografía colgada en la pared detrás del ordenador. Retrataba a una anciana que había labores de punto—. ¿Te acuerdas de 2011?

—Sí. —Alex sonrió con melancolía—. Lo recuerdo bien.

—Si no hubieras estado tú durante mi depresión, no lo habría conseguido. La muerte de mi abuela me había destruido. Era como una segunda madre para mí.

—Lo sé.

—Nunca olvidaré aquel año. Tres mil euros no equivalen ni a un céntimo de lo que hiciste por mí.

**E**NCERRADA en su cuarto, con el iPod apoyado sobre el escritorio y los enormes auriculares

de la Sennheiser ajustados sobre el largo cabello castaño, Jennifer Graver pasó media mañana haciendo indagaciones en la web.

Quería ponerse en la piel de Alex, tratar de entender a qué tipo de empresa se estaba enfrentando para conocerla.

Tendría que coger un avión, atravesar medio mundo, encontrar un hotel para pasar la noche y esperar que al despertar su sueño se convirtiera en realidad. Jenny estaba exultante porque él hubiera decidido emprender aquel viaje. Sus padres nunca se lo habrían permitido. Por un instante procuró imaginar a la familia de Alex, su mundo, su vida, todo lo que rodeaba el rostro que se había dejado ver por breves instantes durante su último diálogo.

Luego, cerró los ojos y recordó sus últimas frases.

*«Eres el sueño más hermoso que nunca haya tenido».*

*«Nunca he sentido nada semejante».*

*«Quiero verte, aunque tenga que atravesar todo el mundo».*

Aquellas palabras habían confortado su corazón durante aquellos días, consolándola a la espera del momento en que, eso esperaba, le cambiaría la vida para siempre.

Cuando Clara gritó su nombre desde la planta baja de la casa, ella no la oyó. En aquel momento, el estribillo de 1979 de los Smashing Pumpkins la aislaba del resto del mundo. Con la mirada embelesada y perdida en las páginas de su diario, Jenny seguía la letra canturreando. Había reflexionado a menudo en él, pensando en la melancolía de las palabras con que Billy Corgan hablaba de su adolescencia rebelde. «Y me importa un pimiento quitarme estos vaqueros con cremallera./ Y no sabemos dónde reposarán nuestros huesos./ Quizá se conviertan en polvo, olvidados bajo la tierra».

Su madre subió por las escaleras mientras terminaba de ponerse el anorak y entró en su cuarto agitada.

—Tesoro, siempre con esos auriculares... —dijo, cerrándose la cremallera.

—Dime.

—¡La compra! Te había pedido que me acompañaras.

Jenny hizo un gesto de asentimiento con la cabeza mientras se quitaba los auriculares y se arreglaba el pelo.

—Por cierto, anuncian lluvia —añadió Clara saliendo de la habitación.

Jenny acabó de apuntar la fecha de su último «encuentro» con Alex en su diario, lo cerró y se levantó.

Aquel diario era testigo de la relación entre Alex y ella desde 2010. Cada episodio era reproducido en lo que en realidad no era más que una carpeta con anillas, siempre lista para registrar todos los pensamientos de la muchacha. Se amontonaban en aquellas páginas en busca de orden. Era un cofre de secretos al que solo ella tenía acceso.

Nadie sabía de Alex.

Jenny siempre había protegido aquel secreto, lo sentía exclusivamente suyo. Como un don especial, lo celaba y lo mantenía a buen recaudo. Además, en los últimos tiempos los desvanecimientos habían cesado y la comunicación se había hecho más fácil y menos dolorosa. Todo esto le permitía custodiar aún mejor aquello que se estaba convirtiendo a todos los efectos en una relación.

En el diario, Jenny se hacía mil preguntas. ¿Quién era aquel muchacho? ¿Una alucinación? ¿Un amigo imaginario? ¿Era posible enamorarse de una sensación? Al principio se había negado a

creer en una historia a distancia tan absurda, pero cuanto más tiempo pasaba más sentía la necesidad de estar físicamente cerca de aquella voz que ahora sonaba tan familiar en su cabeza. El sueño debía transformarse en realidad. Jenny quería encontrarse delante de aquellos ojos que hasta ahora solo había entrevisto, y el momento estaba muy cercano.

En la entrada del 18 de agosto de 2014, el primer párrafo citaba una definición encontrada en Wikipedia:

La telepatía, llamada también transmisión del pensamiento, es la hipotética capacidad de comunicarse con la mente, es decir, sin la utilización de otros sentidos o instrumentos. El término telepatía fue introducido en 1882 por Frederic William Henry Myers y deriva del griego tele (lejos) y pátheia (sentimiento). Como la precognición y la clarividencia, la telepatía forma parte de las llamadas percepciones extrasensoriales o ESP y, más en general, de las presuntas facultades paranormales. Entra en el campo de indagación de la parapsicología.

¿Era este el poder que los ligaba? ¿Era este su don?

En las películas y novelas Jenny ya se había topado con el término «telepatía», pero siempre se trataba de una facultad utilizable en determinado momento y lugar, con una persona presente en el mismo campo de acción que el sujeto telepático. En su caso, el misterio más difícil de explicar era la enorme distancia que la separaba de Alex.

Jenny se puso un chándal, guardó el diario en un cajón, dirigió un último pensamiento a Alex y se dispuso a bajar a la planta baja, donde su madre la estaba esperando.

«Quién sabe cuándo llegará...».

El jueves y el viernes por la noche Alex durmió en casa de Marco y el sábado por la mañana reservó el vuelo a Melbourne. Una semana, excluidos los días del viaje. Pensó que para esta primera «cita» era suficiente.

El domingo por la mañana tuvo otro encuentro telepático con la muchacha, y ahora estaba claro que algo en sus conversaciones había cambiado.

Alex advirtió una percepción muy particular antes de que se estableciese el contacto con ella. Tuvo la sensación de haberla llamado, de haber captado su vibración, la frecuencia de su pensamiento, como si su mente o su alma hubiera sido una especie de antena.

—¿Lo has sentido también tú? —preguntó Alex, seguro de que Jenny entendería a qué se refería.

—Reconozco tu sonido... No, no es un sonido, es como una luz, algo que aparece dentro de mi mente. No sé cómo explicarlo.

—Estoy seguro de que te he llamado.

—Sí, lo sé.

—Dentro de dos días estaré en Australia, Jenny. Aterrizaré a las diez de la mañana.

En aquel instante Alex advirtió una vibración nueva y el rumor de un temporal que se acercaba. Un trueno le explotó entre las paredes del cerebro, pero no provocó dolor. Es más, le dio una extraña sensación de poder, como si hubiera expandido la mente, como si el trueno hubiera desquiciado los límites de su cavidad craneal.

—Dime dónde puedo encontrarte —pidió Alex mientras un nuevo estruendo se superponía a su comunicación.

—No lo sé.

—Dime un lugar, cualquier lugar donde podamos encontrarlos. La muchacha vaciló unos segundos antes de responder.

—Altona Beach Pier.

—¿Qué es? —preguntó Alex, pero el contacto se interrumpió.

Alex abrió desmesuradamente los ojos. Estaba recostado en el sofá del salón de Marco. Su amigo estaba a un metro de distancia y lo miraba con curiosidad.

—¿Estabas con ella? —le preguntó.

Alex miró un instante alrededor para recuperar el contacto con la realidad.

—Debo comprobar algo —dijo sentándose—. Si existe un sitio llamado Altona Beach Pier. Y dónde se encuentra.

—Veamos. —Marco se acercó al ordenador y tecleó rápidamente el nombre de aquel sitio.

Según parecía, un rápido vistazo a Google Maps determinó que se trataba de un muelle sobre el océano, en un barrio tranquilo al sudoeste de Melbourne.

A la mañana siguiente, mientras sus padres estaban en el trabajo, Alex recogió ropa, un libro y su fiel iPod y lo metió todo en la mochila que usaba para la escuela. Antes de salir escribió una breve misiva que dejó sobre la mesa de la cocina.

*Queridos mamá y papá:*

*He salido de viaje. No estaré fuera mucho tiempo, no os preocupéis por mí.*

*Está todo bajo control, pero no puedo deciros de qué se trata. No lo entenderéis. Ya no puedo esperar y no habría tenido sentido pedirlo permiso.*

*Os quiero. Perdonadme.*

*Alex*

Con la mochila a la espalda, Alex volvió donde Marco para pasar en su casa la última noche antes de la partida. El vuelo estaba previsto para la mañana siguiente, a las siete.

—Te envidio, ¿sabes? —dijo Marco. Estaba poniendo jamón sobre una rebanada de pan tostado.

—¿Por qué? —preguntó Alex mientras se sentaba a la mesa.

El amigo apretó un botón azul en el respaldo de la silla. En pocos segundos la mesa se abrió delante del sitio ocupado por el huésped. De allí emergió un estante de madera con un vaso, cubiertos y una servilleta dispuestos pulcramente.

—Es sencillo. Alguien te necesita y no ve la hora de encontrarse contigo.

—Sí, alguien que durante cuatro años ha hablado conmigo solo a través de ataques epilépticos...

—Anda ya. Lo importante es que tú sabes que existe —repuso Marco con tono decidido. Luego bajó la mirada hacia sus piernas inertes—. A mí nunca me ocurrirá nada semejante.

—No digas tonterías. Antes o después te ocurrirá también a ti. Solo debes esperar el momento justo.

Marco mordió el bocadillo y habló con la boca llena.

—Yo soy un minusválido.

Alex se sirvió agua en su vaso, sacudiendo la cabeza.

—Tú eres un genio, Marco. Eres una persona dotada de un intelecto fuera de lo común. No tienes piernas, vale, pero hay personas que tienen piernas y no obstante en la vida no toman ningún camino, se quedan inmóviles, vegetando.

—Quizá tengas razón... Antes o después encontraré alguna pobre desdichada dispuesta a pasar el resto de su vida con un chico sobre dos ruedas. —Marco rio. Tenía un agudo sentido de la ironía incluso consigo mismo, Alex estaba acostumbrado—. ¿Estás listo? Para mañana pondremos tres despertadores.

—Sí. —Alex cerró los ojos e imaginó que sobrevolaba el océano hacia Australia—. Estoy listo. En realidad, no quepo en mi piel de entusiasmo.

Acabada la cena, permanecieron un par de horas en la sala charlando frente al televisor antes de irse a dormir. Como era previsible, la madre de Alex llamó a casa de Marco, presa de una gran agitación. Él interpretó perfectamente su papel: respondió que también él había intentado localizar a Alex en el móvil y que estaba a punto de llamarlo a casa. La puesta en escena pareció funcionar. No vendrían a buscarlo, al menos de momento. Así lo esperaban.

De madrugada, el despertador sonó a las cuatro.

El viaje estaba empezando.

**A**LEX despegó del aeropuerto de Malpensa a las 7.12 horas del 28 de noviembre de 2014.

En menos de una hora y media estaba previsto el aterrizaje en el Charles de Gaulle de París, la primera de las dos escalas previstas.

Gracias a Marco, había podido pagar todo con la tarjeta. Más de un tercio del presupuesto se había ido en la reserva del vuelo. De lo que quedaba, una parte estaba destinada al alojamiento en Australia, a menos que Jenny tuviera modo de hospedarlo. Pero la idea de que aquella chica que hasta hacía unos días era poco más que una alucinación ahora pudiera alojarlo en su casa le parecía inconcebible.

El tiempo de espera antes del segundo vuelo era de tres horas y media. Durante la primera hora Alex vagó sin meta por el aeropuerto. Se detuvo en una tienda para comprar unos auriculares nuevos para el lector MP3, luego se sentó en un bar y sacó de la mochila el libro que llevaba, *Ejecución inminente* de Andrew Klavan.

De vez en cuando miraba alrededor. Había un continuo trasiego de personas que se abrazaban, se despedían emotivamente antes de dejarse o se alegraban de reencontrarse después de un tiempo.

«Son todas líneas», pensó y comenzó a ver cada una de aquellas personas como una raya trazada sobre un hipotético mapa. Un gigantesco enredo de calles que se cruzaban, se rozaban, se unían y luego proseguían adelante. Allí fuera, en los caminos del mundo, había miles de millones de líneas, de recorridos de vida. Miles de millones de direcciones. Calles enfiladas, desviadas por azar, a veces interrumpidas bruscamente. Pensó que dos enamorados no eran más que dos recorridos a merced del azar. Podían dibujar los trayectos más absurdos en el mapamundi, dirigirse a cualquier parte y no encontrarse jamás. O bien cruzarse también varias veces y no reconocerse. Podían tomar el mismo autobús todas las mañanas, sin saber nada el uno del otro. Así hasta el fin de sus días, sin relacionarse. Pero bastaba muy poco: un intercambio de frases, incluso casual, y las líneas se habrían mágicamente unido. Dos grises trazos de un solitario recorrido se habrían convertido en una sola calle compartida.

A mediodía, de acuerdo con el plan previsto, despegó el vuelo París-Kuala Lumpur.

El aterrizaje estaba previsto para las 6.35 hora local. En el avión de Malaysia Airlines, Alex consiguió dormir. Cuando despertó faltaban solo dos horas para la llegada. «Ni siquiera con un somnífero habría dormido tanto», pensó, mientras, algunas filas por detrás, un niño en brazos de su madre no paraba de chillar.

La espera antes del último vuelo era bastante larga. Se trataba de pasar casi todo un día en la capital de Malasia. Nada menos que quince horas entre el aterrizaje y la posterior partida hacia Melbourne.

El aeropuerto asombró a Alex por sus dimensiones. Para atravesarlo hasta la salida necesitó casi veinte minutos. A pesar de que millones de personas lo transitaban cada día, no había ni sombra de basura en el suelo y los amplios ventanales que daban a la pista parecían no existir, de tan limpios que estaban.

Con la mochila a la espalda, Alex llegó a las puertas automáticas y salió del aeropuerto. Lo embistió una inesperada ráfaga de calor. La humedad era insoportable.

No tenía ni idea de cómo pasar el tiempo. Se encaminó por una ancha carretera no demasiado transitada. Lo primero que vio fueron las indicaciones para llegar al circuito de Sepang, casi pegado al aeropuerto. Había visto varias carreras de coches en aquella pista. Como amante de los videojuegos conocía bastante bien el trazado. Lo había estudiado en numerosas ocasiones, a menudo en casa de Marco, durante los desafíos con la PlayStation. Decidió continuar en aquella

dirección.

No se podía entrar al circuito a causa de unas obras, pero con un inglés chapurreado Alex preguntó a un operario si podía indicarle un sitio donde comer y relajarse unas horas. Luego subió a un autobús que lo llevó hacia la costa. Se apeó cuando vio aparecer la playa a un lado de la carretera. Se encontraba en Balan Lalang Beach, la fascinante extensión de arena que separaba el barrio de Sepang del océano Índico. Atravesó la carretera tras una fila de bicicletas que pasaron zumbando por un carril que corría a lo largo de la calzada. Luego llegó a un murete más allá del cual se extendía el espléndido manto arenoso, bañado aquel día por olas demasiado plácidas para hacer posible el entrenamiento de los surfistas.

«Vaya por Dios, dónde me encuentro... ¡Es increíble!», pensó dándose cuenta de que estaba al otro lado del mundo, solo por primera vez en su vida.

La atmósfera de Balan Lalang Beach era mágica. El silencio y la tranquilidad de aquel sitio parecían la banda sonora ideal para todos sus pensamientos. Sentía que su vida estaba a punto de cambiar de dirección, aunque no conseguía imaginar hacia dónde.

Después de un centenar de metros, se encontró frente a un bar con mesitas al aire libre. El letrero ponía CHUCK BERRY'S y en una columna exterior colgaba un cartel de uno de los *singles* más célebres del cantante estadounidense, *Johnny B. Goode*.

Alex se sentó en una mesita al aire libre y esperó. Cuando la camarera le trajo el menú con las fotografías de los platos, se fijó en uno llamado *ikan baka* y lo pidió. Se trataba de un pescado a la parrilla, especialidad local, que Alex hizo acompañar por una guarnición de patatas fritas.

A la muchacha que le sirvió le cayó simpático y le contó, a saber el motivo, qué hoteles y chalés de la zona de la playa en general de la Sepang Goldcoast, eran ocupados durante todo el año por turistas procedentes de las partes más diversas del planeta.

Después de comer, Alex volvió a caminar y descubrió un típico café sobre la costa, donde permaneció un par de horas leyendo hasta que el simpático encargado, un hombre achaparrado de piel aceitunada, con grandes bigotes negros, empezó a darle la lata. El sol pegaba fuerte y la humedad se había vuelto aún más intensa y fastidiosa.

—*You are looking for a girl, aren't you? That's the reason why you left Italy!* —bromeó el encargado después de haber escuchado el pobre inglés del muchacho. Había acertado de pleno las intenciones del muchacho.

Él no respondió y se limitó a reír, volviendo la cabeza para contemplar el horizonte.

De nuevo en la carretera, mientras estaba tratando de situarse sobre qué recorrido hacer para regresar al aeropuerto, Alex pasó por delante de un hombre sentado a una mesita de madera en la acera.

—¿Italiano? Leer tu mano.

—No, gracias —dijo Alex y siguió andando.

—Solo cinco minutos.

—No tengo tiempo, debo coger un vuelo —fanfarroneó Alex sin detenerse.

—Tener todo tiempo del mundo. Tu vuelo hoy por la tarde, no antes.

Alex se paró y mantuvo la mirada al frente unos instantes. Luego volvió la cabeza lentamente sin decir palabra.

—Tú, inteligente —dijo el hombre tratando de halagarlo. El pelo gris desordenado, la ropa manchada, las piernas debajo de la mesita y las cartas ya entre las manos, listas para ser barajadas.

—¿Así que soy inteligente? —preguntó Alex, sarcástico—. Tú lo sabes todo, ¿eh?

—Yo saber todo. Coger una carta, vamos. Alex dudó unos instantes, pero la curiosidad se impuso.

—Esta —dijo indicando al azar en el mazo.

—Sostener en tu mano, no enseñar y no hablar.

Era un rey de tréboles, una carta plastificada y de dimensiones mayores de las que Alex conocía, pero lo fascinante estaba en el dibujo. Parecía casi más un tarot una baraja normal. El rey parecía mirarlo directo a los ojos.

—Yo ver a ti dando un grande salto.

—¿Ah, sí? —preguntó Alex, escéptico.

—Tú, grande salto en laguna negra.

—Y seguro que tú quieres dinero por estas revelaciones extraordinarias —bromeó el chico, pensando que estaba desperdiciando su tiempo.

El vidente lo miró con una sonrisa enigmática, luego sacó una carta y se la mostró. Representaba un pequeño rectángulo blanco y negro cortado por un rayo amarillo.

—Todos nosotros en gran peligro —continuó—. Tú, importante.

«Y tú, borracho», pensó Alex, pero no lo dijo. Luego se levantó, aferró un tirante de la mochila para acomodársela en el hombro derecho y reanudó su camino.

El vidente permaneció con la mirada fija delante de sí, la misma sonrisa estampada en el rostro y la ceja izquierda arqueada. No siguió al muchacho con los ojos. Se limitó a susurrar:

—Buen viaje, italiano, saludos de mi parte a muchacha de Melbourne.

Alex se volvió de golpe. No podía saberlo. Eso sí que no. Buscó rápidamente con los ojos la mesita. Ya no estaba. Ni la mesita ni el hombre.

—Dónde diablos... —Miró en todas direcciones, pero todo había desaparecido.

«Pero bueno. ¿Cómo ha hecho para esfumarse tan deprisa?». Sacudió la cabeza, luego se pasó la mano por el pelo y siguió andando.

Eran las seis de la tarde cuando llegó al aeropuerto. El despegue hacia Melbourne estaba previsto para las 21.35. Jenny estaba cada vez más cerca y Alex ardía en la espera. Trató de olvidar el episodio del vidente para no caer en fáciles paranoias.

Una vez en el aire, intentó dormir para despertarse en el aeropuerto de Tullamarine al día siguiente, pero su estado de excitación aumentaba con el paso de las horas. El vuelo parecía que no acababa nunca. Alex vio cuatro películas seguidas, a cuál más aburrida, con un par de incómodos auriculares de Malaysia Airlines que le costaron cinco dólares. También trató de continuar la lectura de la novela de Klavan. A pesar de que era apasionante y cautivadora, la mirada a menudo se le quedaba abstraída leyendo siempre las mismas líneas. Imposible mantener la concentración.

A las 9.50 del 30 de noviembre de 2014, dos días después de su partida de Milán, Alex aterrizó en Melbourne.

Encendió el móvil después de haber pasado el control de aduanas. El colapso de llamadas perdidas estaba descontado: quince llamadas del número de su madre. Por un instante sintió pena por haber causado preocupación a los suyos, luego apagó nuevamente el teléfono y lo metió en un bolsillo interior de la mochila.

«Ya estoy aquí», pensó en cuanto las puertas automáticas del aeropuerto se abrieron a su paso. Había llegado. Estaba allí.

A un paso de Jenny.

**J**ENNY seguía mirándose en el espejo. Después de haber dormido poco y mal la noche anterior, hacia las ocho y media se había dado un relajante baño caliente, perfumado y suavizado por la miel de almendras disuelta en el agua. Luego había pasado media hora alisándose el pelo castaño, habitualmente ondulado. Sus padres se habían marchado de casa a las ocho y en aquel momento ya se hallaban en sus respectivos trabajos. Jenny les había dicho que saldría una hora más tarde debido a la ausencia de la profesora de inglés, pero en realidad, mientras sus padres la creían en la escuela, ella afrontaba el dilema de elección del vestido más adecuado para el encuentro.

Nunca había estado tan emocionada y trataba de no pensar qué absurdo era todo.

Se puso una de sus faldas preferidas, blanca y larga hasta la rodilla, con unas purpurinas que dibujaban sobre un lado la forma de un cometa. Luego, unas botas marrones y una chaqueta clara sobre una camiseta azul de manga corta. Con el rabillo del ojo seguía mirando el reloj de pared de su cuarto. Eran casi las diez. Alex ya debía de haber aterrizado, probablemente en aquel momento se estaba dirigiendo hacia el punto de encuentro. El aeropuerto estaba a poco más de treinta kilómetros de la playa, mientras que Jenny vivía a cinco minutos del muelle, pero había decidido llegar con suficiente antelación. Ya no cabía en sí de nerviosismo. Le era imposible permanecer en casa.

Debía salir.

La casa de los Graver se encontraba en Blyth Street, segunda calle paralela respecto de Esplanade, la carretera que bordeaba el océano Pacífico. A pocos pasos de allí, Pier Street conducía recta hasta el muelle de Altona. Superado el cruce con Queen Street, Jenny sintió que sus palpitaciones aumentaban de intensidad.

Una bicicleta pasó por su lado y enfiló bruscamente Esplanade, haciéndola dar un respingo de susto. Estaba tensa como una cuerda de violín. Respiró hondo antes de cruzar la carretera.

Frente a ella, el muelle.

Había llegado con anticipación, lo sabía perfectamente.

Subió cuatro peldaños y se encontró en el Altona Beach Pier. Avanzó unos pasos con las manos en las caderas, apoyándose de vez en cuando en la barandilla de protección, más allá de la cual el viento fresco levantaba y arrastraba la arena. Recorrió toda la estructura de madera del muelle y al fin decidió regresar y sentarse en un peldaño de la escalinata que bajaba a la playa. Esperaría allí. Alex debía de estar cerca. Intentó relajarse contemplando la relajante visión de las olas del Pacífico. Lo hacía a menudo cuando necesitaba un momento de reflexión. Bajaba a la playa, se recostaba cerca de la orilla y se dejaba llevar por aquel sonido mágico, que la subyugaba y le estimulaba la mente.

El corazón le latía a mil. Era casi la hora.

El taxista que lo llevó a Altona era un treintañero que no estuvo callado un momento durante toda la carrera. Lo agobió con informaciones turísticas, mientras Alex no hacía más que mirar por la ventanilla limitándose a un gesto de asentimiento de vez en cuando. Le hizo también algunas preguntas, que Alex eludió declarando que no entendía muy bien el inglés. En realidad en la escuela tenía una media de siete y se las apañaba también en la conversación, pero no tenía ganas de perder el tiempo en chacharas.

Hacia las diez y cuarenta el taxi giró a la derecha y enfiló Esplanade, bordeando el océano hacia el muelle. La vista de aquella enorme extensión azul encantó a Alex.

Ahora era cuestión de minutos.

El coche se detuvo y el muchacho pagó la carrera. El taxista le indicó el muelle con un gesto de



la cabeza, pero él ya lo había localizado por la ventanilla.

«Misión cumplida». Alex atravesó la carretera mientras el taxi volvía a arrancar. La estructura del muelle estaba cercana. No quedaba más que superar un puesto de helados con un letrero que ponía «ICE CREAM PARADISE». Mientras algunos muchachos se perseguían en bici a toda velocidad por el paseo marítimo, Alex dejó atrás el puesto y llegó al inicio del muelle. A continuación dio sus primeros pasos por Altona Beach Pier.

Solo vio una figura masculina que venía a su encuentro. Ni rastro de una muchacha de su edad. Quizá Jenny aún no había llegado.

Alex avanzó titubeante. A su derecha, cerca de una farola, vio una escalinata que bajaba del muelle a la playa. Se acercó y miró. Sentada en un peldaño había una figura de espaldas, de largo pelo castaño, contemplando el mar. Temeroso, con el corazón desbocado, Alex descendió el primer escalón.

Luego cogió valor y la llamó.

—¿Jen... Jenny? —Su voz se rompía en su garganta. La figura se volvió de repente.

—*What do you want?* —preguntó un chaval de pelo ondulado, largo hasta la mitad de la espalda, mirándolo ceñudo.

—*I'm sorry...* —se excusó Alex.

El chaval se levantó y bajó los peldaños hasta la playa. Alex lo observó alejarse.

—¿Dónde estás, Jenny?

A las once y cuarto Jenny comenzó a pensar que quizá se había ilusionado para nada. A fin de cuentas, ¿cómo podía ser posible todo aquello?

Quizás era de verdad una esquizofrénica. Quizá las voces que oía y las imágenes que veía eran el fruto de una enfermedad mental.

Se le hizo un nudo en la garganta. En el muelle no había rastro de Alex. Durante la espera se había cruzado con un señor que llevaba de paseo a su labrador, una pareja de treintañeros que iba de la mano, una viejecita acompañada por una cuidadora y algunos muchachos que seguramente habían hecho campana de la escuela, como ella. Ni rastro de Alex.

Esperó hasta las once y media, luego recordó las palabras del muchacho durante su último diálogo. Él había conseguido establecer contacto con la única fuerza de su voluntad. Ya no un ataque, como los primeros años, ni un estado de trance imprevisto y pasivo, como en los últimos meses. Había sido una verdadera «llamada» ordenada por su cerebro.

—¿Dónde estás, Jenny? —preguntó en aquel momento una voz en su cabeza. Era Alex.

El muelle se desvaneció y Jenny advirtió nuevamente una vibración poderosa, una fuerza que la envolvía y arrastraba como una barca en plena tempestad.

Cerró los ojos y fijó un punto en su mente. Cualquier otro pensamiento desapareció.

—Alex —pensó Jenny, tímida.

De repente, el fragor de un trueno y el chirrido de un rayo semejante a una descarga eléctrica.

Un escalofrío recorrió a Jenny, que trató de cerrar los ojos pero no lo consiguió. Permaneció inmóvil mirando el océano. En su cerebro empezó a resonar el rumor de las olas que tenía enfrente.

—Alex...

—Te oigo, Jenny.

—Alex, ¿dónde estás? No me digas que no existes, por favor.

—Ya he llegado. Existo. He venido hasta aquí, he venido por ti.

—¿Dónde estás?

—Estoy aquí, en el muelle.

—No es posible, Alex. Yo estoy en el muelle desde hace más de una hora, no hay un alma en este embarcadero. ¿Estás seguro de que estás en Altona, frente a Pier Street?

—Sí, Jenny. Estoy a unos diez metros de la carretera, en el primer tramo del muelle. Frente a mí hay una farola, y a pocos pasos una escalinata que baja a la playa.

Alex calló, mientras en su mente nacía un nuevo miedo.

Respiró profundamente. Tenía miedo de perder el contacto de un momento a otro.

—¿Aún me oyes?

—Alex, yo estoy enfrente de la misma farola, cerca de esa escalinata. Exactamente donde dices que estás.

**L**ENTAMENTE, Alex se dejó caer en el suelo. Las últimas palabras de Jenny siguieron resonando en su cabeza durante unos interminables segundos. «Exactamente donde dices que estás...».

Se llevó la mano a la sien derecha, donde sentía un dolor agudo y penetrante. Luego miró alrededor, confuso, guiñando los ojos a causa de la jaqueca.

El muelle estaba desierto en aquel momento. Al otro lado de la estructura, las olas comenzaban a encrespase a causa del viento, ahora más violento y frío.

—Esto no tiene sentido —dijo en voz alta. Lo repitió tres veces y añadió—: Me estoy volviendo loco. Es la única explicación. Estoy perdiendo la cabeza y no quiero reconocerlo.

Echó un vistazo a su mochila, abandonada en el suelo cerca de la barandilla. Alargó un brazo para acercarla y la abrió. Con una mano hurgó y sacó el móvil del bolsillo interior, lo encendió y seleccionó MARCO en la agenda.

Su amigo estaba despierto, como siempre, a pesar de que eran las tres y media de la madrugada. Frente a él, los tres ordenadores encendidos y la débil luz de una lámpara montada sobre la mesa de trabajo. Los neones azules sobre la pared estaban apagados para evitar que se sobrecalentaran.

—Perdóname, Marco. ¿Dormías? —El tono monocorde fue un libro abierto para su amigo.

—Qué va, estoy pirateando un sistema. He conseguido entrar en el banco de datos de una cadena de videojuegos y si tenemos suerte conseguiré hacerme enviar a casa el nuevo *Call of Duty* mañana. Gratis, naturalm...

—Jenny no está —lo interrumpió Alex—. Estoy en el sitio en que nos habíamos citado, pero ella no está.

—Quizá tuvo algún problema. A lo mejor está a punto de llegar.

—No, la cuestión es otra. Acabamos de hablarnos.

Marco empujó hacia atrás la silla de ruedas y se alejó de los ordenadores. Se detuvo cerca de una mesita sobre la que había dejado una botella de agua mineral. Bebió unos sorbos mientras procuraba entender qué quería decirle Alex.

—Hablado... ¿con la mente?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho? ¿Te ha explicado por qué no está ahí?

—Exactamente lo contrario.

—No te sigo.

Alex miró alrededor, como temiendo que alguien lo oyera, pero solo estaban las olas que rompían bajo la estructura del muelle.

—Ella dice que está aquí, precisamente donde estoy en este momento.

Marco se quedó sin palabras. Desde la primera vez que Alex le había hablado de Jenny y aquellos extraños contactos no había dudado de su buena fe y, sobre todo, de la salud mental de su amigo. Estaba convencido de que los tornillos de Alex estaban todos en su sitio. Pero, entonces, ¿qué se escondía detrás de aquel fallido encuentro?

Ella estaba allí, o por lo menos le había dicho a Alex que estaba exactamente en el sitio en que lo había citado. Pero al parecer no había nadie, solo un muelle desierto.

—Alex, ¿te das cuenta de que lo que has dicho no tiene sentido?

—Por supuesto. Todo esto no tiene ningún sentido. ¡Me estoy volviendo loco! —Alex dio un puñetazo en el suelo.

—Escúchame. Intenta tranquilizarte. Debe de haber una explicación. Dame diez minutos.

Necesito verificar algo. Te devuelvo la llamada.

—Vale —dijo Alex, desconsolado.

—No te alejes, quédate allí, ve a comer un bocata, échate en la playa, pero no tomes iniciativas hasta que yo te llame.

Alex guardó el móvil en el bolsillo, cogió la mochila y se dirigió a la escalinata que llevaba a la playa. Algunos chiquillos jugaban a la pelota a lo lejos. Un hombre con un perro recorría el rompiente a paso rápido. Entonces comprendió el significado de la frase leída en internet, cuando había tecleado el nombre del barrio y se había encontrado ante un Sitio de viajes que ponía: «La zona más tranquila de Melbourne, un oasis de relax».

Bufó y se recostó sobre la arena, con los ojos perdidos en el cielo azul y límpido. La jaqueca estaba pasando.

Entretanto, Marco había introducido una serie de palabras clave en Seeker y estaba esperando los resultados.

Seeker era un programa de su invención. Estaba destinado a convertirse en el software de búsqueda más extraordinario del mundo, lo repetía siempre. Lo habría podido vender a alguna gran compañía y habría obtenido un montón de pasta.

Lástima que, de momento, fuera completamente ilegal.

El algoritmo sobre el que se basaba Seeker hacía que su búsqueda atravesara varios niveles. Encontraba correspondencias en los foros, en los estados de Facebook, en los mensajes de Twitter, en los contenidos de MySpace y en todas las principales plataformas que utilizaban software para la interacción entre los usuarios. Todo ello era comparado con los resultados de los principales buscadores y las más fiables enciclopedias, además de archivos y bases de datos online. La idea básica de este software era entrelazar los contenidos on y off line, las experiencias no verificables con las informaciones seguras. Solo de este modo, según Marco, era posible sondear las infinitas posibilidades, llegar a hipótesis nuevas. Por tanto, el objetivo era formular hipótesis, no buscar respuestas preconcebidas. Pero había una «zona» de búsqueda, ciertamente la más interesante y la que podía proporcionar las informaciones más útiles, que no era exactamente respetuosa con la ley. Marco había conseguido entrar en los bancos de datos de los principales administradores de telefonía nacionales, y había creado un algoritmo que cribaba todos los SMS intercambiados por los usuarios, buscando correspondencias. Que reviente la privacidad, decía siempre él.

El procesador se puso a trabajar con los datos.

Después de menos de diez minutos la banda violeta que dominaba el centro de la imagen alcanzó el ciento por ciento y aparecieron los primeros resultados. La panorámica comenzó a llenarse de enlaces, listas bibliográficas, nombre de autores. Marco comprendió que necesitaba más tiempo para analizar y seleccionar todas aquellas informaciones. Había añadido algunos *inputs* posteriores para empezar a eliminar las correspondencias menos útiles.

Cogió el móvil y envió un SMS a su amigo:

HAY MATERIAL, TENGO QUE PENSAR. VE A PASEAR UN POCO, COME ALGO. HABLAMOS MÁS TARDE.

Alex leyó el mensaje y comprendió que no tenía alternativa. Ahora que la tensión se había aflojado un poco, se percató de que estaba hambriento. En un primer momento los acontecimientos le habían cerrado el estómago. Pero ya había pasado el mediodía y el consejo de su amigo le parecía razonable. Se encaminó por la Explanada en la dirección por la que había venido el taxi.

Pasó por delante de un par de bares. Luego divisó el letrero de un restaurante. Se llamaba Steak Mex y tenía todo el aire de ser un sitio donde se podía comer excelente carne a precios desorbitados. A pocos pasos, un puesto de pizzas al corte era más apropiado para su caso.

Se sentó en una mesita a la sombra y apoyó la mochila en una silla. Pidió una ración de pizza y

una de croquetas. Mientras esperaba apoyó los codos sobre la mesa y se cogió la cabeza entre las manos, refugiándose en aquel rincón de soledad hasta la llegada del camarero.

Al otro lado del mundo, Marco imprimía página tras página, comprobaba párrafos, procesaba nuevos datos en el ordenador, tomaba notas en un bloc de DIN A4 cuadriculadas. Sentía estar acercándose a una explicación, por más que fuera increíble, de lo ocurrido a Alex. Ya se había hecho una idea, solo le quedaban por verificar algunas informaciones. Todo ello podía no tener un fundamento verosímil, podía parecer surreal, por no decir paranormal, pero la pista llevaba en esa única dirección. Puesto que su amigo no sufría de problemas mentales, había una sola respuesta a todo aquello. Una respuesta que había nacido de una pregunta que Marco se había hecho años antes, el día del accidente en que sus padres habían perdido la vida.

La pantalla del móvil de Alex se iluminó cuando él estaba bebiendo un café aguado en un gran vaso de plástico.

—Tengo una pista. Supongo que te parecerá absurda. No te preocupes, aceptaré incluso una serie de insultos por tu parte. Pero si damos por cierto el hecho de que tú no sufres trastornos psíquicos, hay una sola solución al enigma. La única en que vale la pena concentrarse para avanzar.

—Te escucho.

—Se trata de algo que la ciencia aún no tiene demasiado claro.

—He recorrido medio mundo para hablar con una muchacha con la que me comunico con la mente... estoy abierto a todo.

—Dime cuándo empezaron los ataques.

—Hace cuatro años, ya lo sabes.

—Bien. Comenzaste a oír voces y ver imágenes. Todo era muy confuso, la comunicación con la chica era complicada y a menudo incomprendible. ¿Correcto?

—Sí.

—Con el tiempo, tanto tú como Jenny afinasteis la técnica para comunicaros, intercambiar informaciones, saber algo más el uno de la otra.

—¿Por qué me dices lo que ya sé?

—¡Escúchame! En los últimos meses las cosas han evolucionado. Conseguisteis comunicaros sin dolores ni desvanecimientos, sin ser víctimas de interferencias por parte de voces o imágenes ajenas a vuestra vida. En resumen, breves diálogos, cada vez más nítidos.

Alex recordó la primera vez que había conseguido no desvanecerse, cuando había oído la voz de Jenny en la biblioteca universitaria y le había parecido flotar en un limbo, mientras su cuerpo permanecía rígido y clavado en la silla.

—¿Adónde quieres llegar?

—Jenny te ha confirmado que existe citándote en un lugar del mundo que no conocías. Además, por lo que me contabas, también te había comunicado un dato que tú no podías saber...

—El nombre de un alcalde australiano.

—Bien. Por tanto, Jenny existe. Y vive donde dice vivir.

—¡Pero no estaba en el muelle! ¡Ha dicho que estaba allí, pero no había nadie!

—Alex... Jenny estaba en ese muelle.

Un chaval pasó a toda velocidad en un *skateboard* por delante del puesto, saltando el peldaño de la acera con un ágil brinco. Alex levantó la mochila y se acercó a la barra, luego extrajo la tarjeta de prepago y la entregó al barman sin siquiera mirar el precio en el visor de la caja.

—¿Sigues ahí? —preguntó Marco.

Alex saludó con un gesto de la cabeza y se alejó del puesto. Fue a apoyarse con los codos en el murete del paseo marítimo, observando las olas doradas del mar golpeado por el sol.

—Marco..., ¿qué demonios dices?

—Exactamente lo que he dicho. Que de ahora en adelante debemos ver las cosas de una manera diferente, amigo mío.

—Perdona mi ignorancia, pero, que yo sepa, si una persona está en un muelle frente a una farola y yo estoy en el mismo muelle frente a la misma jodida farola, ¡la veo!

Marco sonrió mientras rebuscaba entre las páginas de apuntes sobre la mesa. Los papeles se estaban acumulando y el teclado del Mac estaba sepultado bajo una pila de ellos. Más tarde lo ordenaría todo.

—Bien, te daré un pequeño ejemplo para que entiendas qué estoy diciendo.

—Dispara.

—Yo desde hace diez años no estoy paralizado de cintura para abajo por culpa de aquel accidente. El coche descendió por la ladera y se estrelló contra un árbol a poca velocidad, hundiendo solo el bloque del motor y dejando a mis padres vivos, y a tu amigo sano como un pez.

—¿Qué dices?

—Estoy planteando una hipótesis. ¿Puedes imaginarlo?

—Bien, sí... lo imagino. Ya me gustaría que fuera así. Por desgracia, es una fantasía.

—¿Estás de acuerdo conmigo en que hay acontecimientos precisos en la vida de cada uno que cambian para siempre su curso?

—Claro.

—Los hay más graves, como mi accidente, y otros que parecen insignificantes, pero no lo son en absoluto. Nada es insignificante. El concepto de gravedad es relativo. Para mí todo ha cambiado desde aquel día porque he perdido a mi familia y el uso de la mitad de mi cuerpo. Para el presidente de Estados Unidos es grave el estallido de un escándalo que frustra su reelección. Para cada uno de nosotros existen muchos diferentes momentos críticos.

Alex escuchaba con atención. Le vino a la memoria la «teoría de las líneas» que había supuesto mientras observaba a la gente en el Charles de Gaulle. Cada persona era una línea a recorrer. Según decía su amigo, el recorrido de Marco se había desviado bruscamente diez años antes como consecuencia del accidente. Todo lo que habría podido suceder en su vida había cambiado de rumbo por un trazado completamente distinto originado en aquella tragedia.

—Ahora intenta aceptar —continuó Marco— que hipotéticamente no quedé paralizado tras aquel accidente y mi familia no murió aplastada entre las chapas. ¿Dónde estaría ahora?

—No lo sé. En casa con tu familia, caminarías... ¿Por qué me haces estas preguntas?

—¿Y si ese escenario existiera?

—¿Qué quieres decir?

—En alguna parte yo estoy con mi familia, camino y corro, y tú probablemente no me conoces.

—¿En alguna parte, dónde?

Marco respiró hondo antes de plantear el tema central de su búsqueda.

—En un espacio-tiempo alternativo.

Alex se quedó unos segundos en silencio. En el horizonte una nave se estaba alejando y desaparecía poco a poco, como engullida por el océano. Alex la contempló hasta que el último puntito negro desapareció del todo.

—Marco, ¿qué tiene que ver ahora esta historia? ¿Qué demonios es un espacio-tiempo alternativo?

—Una realidad paralela. Un mundo exactamente idéntico al que vivimos, con una infinidad de cosas en común con este, pero donde hemos tomado... otros caminos.

Alex levantó la cabeza, observó el cielo y se detuvo un momento en la forma de una nube. Parecía el perfil de un viejo sabio, con una larga barba y un cigarrillo en la boca.

—Tanto tú como Jenny —continuó Marco— podrías haber hecho algo en el pasado. Pero también exactamente lo contrario... en un universo paralelo. Una dimensión en la cual existes

tú, tal como existe ella, pero su vida ha cogido direcciones completamente diversas, y también la tuya.

—Marco, ¡no sé cómo se te ha podido ocurrir algo semejante! Y no sé cómo esta absurda teoría tuya puede ayudarme en este momento. ¡Yo hablo con Jenny en mi condenada cabeza, ese es el problema! El motivo es que estoy loco.

—¡Escúchame, Alex! Hace dos días emprendiste un viaje que debía conducirte hasta ella. Fue ella quien te dio las indicaciones, el lugar de la cita. Esta mañana ella estaba en el muelle, como tú. Tú estabas frente a esa farola y ella también. Pero en una dimensión paralela.

—Una dimensión paralela... Anda ya, Marco. Bonita historia, de verdad, esta vez te has superado. —El tono de Alex era sarcástico y resignado al mismo tiempo.

—¡No estoy inventando nada, amigo! —exclamó con creciente agitación—. Existe documentación científica, hay montones de libros e investigaciones sobre el tema. Son cosas que sigo desde hace años, desde el día del accidente, desde que me hice esta pregunta por primera vez.

—¿De qué pregunta hablas?

Marco permaneció en silencio unos segundos antes de responder. En su cabeza, miles de datos se acumulaban en busca de orden.

—¿Existe un mundo dónde nos hemos quedado en casa aquel día y hoy puedo caminar como una persona normal? ¿Un mundo dónde mis padres aún están vivos?

—¿Y has encontrado una respuesta?

—Sí, la he encontrado, ¡ya lo creo!

La voz de Marco temblaba. Su emoción era demasiado intensa. Nunca había confiado a nadie nada de eso. A nadie, ni siquiera a Alex, le había contado que había sido precisamente el accidente lo que lo había impulsado a realizar ese tipo de estudios.

—Es el Multiverso, Alex.

**D**ESPUÉS de aquel breve y absurdo diálogo mental con Alex, Jenny había vuelto a casa.

Había esperado otros diez minutos, hasta que había admitido que seguir esperando no tenía sentido.

La casa de los Graver estaba en silencio. Quitándose la chaqueta, alargó la mano palpando la pared hasta encontrar el interruptor junto a la puerta. La luz del vestíbulo iluminó un par de estampas de cuadros impresionistas, un paragüero en hierro forjado, un mueblecito antiguo, una alfombrilla con el motivo de dos border collies abrazados y las escaleras que llevaban al piso de arriba.

—¿Por qué? —se preguntó mientras subía, dirigiéndose a su cuarto.

Cuando estuvo dentro, dio un portazo y se quitó las botas. Luego se sentó en el borde de la cama.

Las lágrimas ya le resbalaban por el rostro. Se apretó un cojín contra la cara y luego lo lanzó con violencia contra el armario.

—¡No existe nada! ¡Soy una estúpida! ¡Nada más que una estúpida!

Mientras gritaba, observó sus libros escolares sobre el escritorio. Tenía varias pruebas de control en los días siguientes, pero la espera de Alex le había hecho olvidarse de todo. Así que ahora se encontraba retrasada con el estudio, segura de haber perdido demasiado tiempo en una locura y poco preparada para el regreso a clase.

«Ya no quiero oír esa voz».

Se levantó de golpe, aferró su diario y salió de la habitación. Unos pocos pasos decididos y estuvo en las escaleras. Cuando llegó a la planta baja, entró en la cocina y tiró airadamente el diario en el cubo de la basura selectiva.

—¡Basta! —gritó, los ojos enrojecidos e hinchados de lágrimas.

En la escuela, en los últimos días, había estado demasiado distraída. La profesora de Matemáticas le había llamado la atención el día anterior cuando, durante una explicación, la había sorprendido con la mirada perdida más allá de la ventana. Y también había sacado una C en el control de Historia, ella, que tenía todas A.

«Mejor concentrarse en el estudio —pensó antes de sentarse en el escritorio—. Así evitaré pensar en que me he convertido en una pobre loca que oye voces y cree que existen de verdad».

Antes de abrir el libro de Matemáticas, Jenny echó un último vistazo fuera, hacia el cielo.

—Cómo he podido pensar que era real... —se dijo en voz alta mientras observaba cómo las nubes se condensaban y se volvían amenazantes.

No podía saber que, más allá de la ventana que daba a la calle, el aire fresco de Melbourne era el mismo que respiraba Alex.

Multiverso. Cuando Marco pronunció aquella palabra, Alex decidió interrumpir la llamada, como impulsado por un reflejo espontáneo. Las manos le temblaban, le costaba ordenar aquel cúmulo de informaciones. Lo único seguro era que había atravesado medio mundo para encontrarse solo en el supuesto punto de encuentro.

Se encaminó por Esplanade mientras el viento se alzaba y agitaba las ramas de los árboles a lo largo de la costa. Con las manos en los bolsillos, avanzaba a paso rápido, sin rumbo. Había hecho todo aquel camino para demostrarse a sí mismo la existencia de Jenny y ahora debía aceptar que la muchacha vivía en una dimensión paralela.

—Supongamos que es así —dijo en voz alta antes de detenerse a tomar aliento.

Algunos transeúntes lo observaron con curiosidad. La expresión de su rostro era un fresco de la



confusión que sentía en aquel momento.

Luego, en un instante, la vista se le nubló de golpe.

—Mi madre se enfada cuando hablo de nosotros...

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero yo te quiero.

—Yo también.

—No veo la hora de hacerme mayor.

—¿Vendrás a buscarme? —Claro, Jenny.

Alex volvió a abrir desmesuradamente los ojos y se encontró frente a la cara de asombro de un viejo que se cruzaba en su camino. Había recordado algo. Pero ¿de qué recoveco había sacado aquel intercambio de frases? ¿Cuán profundamente había ido? Estaban tanto él como Jenny, de pequeños. Era un recuerdo vago de voces infantiles, o quizá solo una fantasía. Pero estaban juntos.

Sacó el móvil del bolsillo y pulsó la tecla verde para llamar a Marco.

—Dime qué pasa —pidió con tono decidido.

—Entonces me crees... —Marco rio satisfecho.

—No he dicho que te crea.

—La llaman Teoría del Multiverso. Es un conjunto de universos alternativos fuera de nuestro espacio-tiempo.

Alex vaciló un momento antes de responder.

—No esperarás que me trague esa historia, ¿verdad?

—Te la tragarás, te la tragarás... pero en bocados pequeños.

—Déjame entender... Yo estaba allí y ella estaba allí. ¿Nos hablábamos a través del pensamiento, pero estábamos en dos mundos diferentes?

—Más o menos... Si prefieres, dos realidades diferentes del mismo mundo.

—¿Y cuántas crees que existen? ¿Cuántos muelles de Melbourne y cuántas farolas habría?

—Por lo que sé, las dimensiones podrían ser infinitas. Pero solo son hipótesis.

—Solo son *tus* hipótesis, Marco. Esta historia es un despropósito. Pensaba que había enloquecido, pero me parece que ahora el loco eres tú.

—¿Más o menos loco que tú, que te lanzas al ancho mundo en busca de muchachas imaginarias?

—Vale —admitió Alex, tratando de serenarse—. Tocado y hundido. Continúa.

—Jenny y tú os estáis hablando desde dos dimensiones paralelas.

Alex se mesó el pelo tirando hacia atrás el mechón rubio. Un perro apareció desde detrás de un árbol y corrió a su encuentro, sin ladrar. Cuando estuvo cerca de sus pies, levantó la cabeza, la ladeó y lo miró con unos ojitos tiernos, como pidiéndole una caricia. Al cuello tenía una correa que acababa en la mano de un energúmeno de casi dos metros de altura, carne de gimnasio, en chándal ajustado de jogging, y que tiraba hacia sí al cachorro, con expresión ceñuda.

—Marco, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿Y yo, entonces? ¿Quién soy yo en la dimensión de Jenny? O mejor: ¿existo?

—Deberías existir, sí, aunque no podemos darlo por sentado.

—¡Pues en mi dimensión ella existe! Ella, u otra versión de ella.

—En tu dimensión, la vida de Jenny probablemente ha seguido un curso diverso. Y lo mismo vale para ti en su mundo paralelo. Ella esperaba encontrarte en ese muelle, pero en su realidad tú probablemente estás en Milán y no tienes idea de quién es Jenny. No obstante, sea en tu dimensión o en la suya, muchas cosas son invariables. Evidentemente el alcalde de Sídney es el mismo, así como el muelle de Altona. Por eso te ha parecido que las informaciones coincidían y les has dado crédito.

Alex miró alrededor. El muelle, la playa, el océano. ¿Era verdaderamente posible que existiera otro mundo con un muelle, una playa, un océano igual que aquellos que tenía ante los ojos?

Acaso con una sola y pequeña diferencia: en aquel mundo estaba la Jenny con la cual él hablaba.

Alex inspiró profundamente y se llenó los pulmones. Ahora le correspondía a él decidir qué hacer: creer en la teoría de su amigo y seguir buscando a Jenny o renunciar a todo y volver a Milán, a su tranquila vida de estudiante.

No tenía dudas al respecto.

Aún creía en la existencia de Jenny, habría hecho lo que fuera por encontrarla.

Ella, en cambio, ya no quería saber nada de él.

**D**EBERÍA buscarla... —Alex echó a andar con pasó frenético—. Si Marco tiene razón, y la vida de Jenny en la dimensión paralela no es tan distinta, probablemente en esta realidad viva en la misma casa.

Los pensamientos lo confundían sin pausa.

Estaba en la otra punta del mundo, solo. A la cita no había acudido nadie, pero él no quería dejar de creer en ella. Jenny ya formaba parte de su pasado, incluso desde su infancia.

«A menos que también aquel recuerdo sea una alucinación», pensó Alex mientras se ataba un zapato en el murete que separaba el paseo de la playa.

No, no podía serlo. Jenny debía existir, la buscaría por toda la ciudad y con una determinación aún mayor. Más tarde pensaría en un sitio donde dormir.

A medida que recorría Esplanade, decidió acercarse a los viandantes para intentar recabar información sobre la familia Graver. No se le ocurrió nada mejor y creyó que si hacía preguntas a todos los transeúntes hasta el atardecer, por un simple cálculo estadístico al final conseguiría algo concreto.

Interrogó primero a un vendedor ambulante de *hot dogs*. No obtuvo ningún dato útil, pero tuvo que pedir una salchicha para sacarle al asiático alguna respuesta comprensible.

—Muchas gracias... —dijo mientras se alejaba del puesto, con medio *hot dog* aún en la mano.

Unos minutos más tarde se cruzó con una señora que paseaba a un perro salchicha con la correa y la detuvo, pero el marcado acento local de la mujer hacía sus palabras incomprensibles para Alex. Después de algunos torpes intentos de comunicarse con gestos, renunció y prosiguió su camino.

Un trío de muchachas de más o menos su edad parecieron tomarle el pelo en una extraña jerga; un hombre con americana y corbata lo despachó de manera expeditiva; una pareja en la treintena pareció entender de quién hablaba Alex, mas resultó que confundían a los Graver con unos tal Braver; por último, lo asedió una mujer que distribuía panfletos de una así llamada Iglesia de Jesús. No sabía nada de la familia de Jenny, pero en compensación se prodigó en difundir la palabra de Cristo y en invitarlo a las reuniones de su parroquia.

Hacia las cinco de la tarde se sentó en un banco, exhausto.

—Jenny... ¿dónde estás?

Tras formular aquella pregunta un escalofrío le cerró los ojos y lo condujo a una dimensión más profunda de su mente. Sus pensamientos fluctuaban en el silencio, liberados de la realidad circundante.

—¿Me oyes? —pensó Alex. Sus palabras esta vez resonaron en el vacío. Silencio.

—Jenny, ¿dónde estás? ¿Puedes oírme?

Silencio total.

De improviso, un grito.

Alex abrió desmesuradamente los ojos. Había sido ella. Sentada a su escritorio con la cabeza apoyada en la palma de la mano, con los libros abiertos ante sus ojos y el rotulador apretado entre los dientes, Jenny había oído claramente el pensamiento de Alex. Pero lo había rechazado.

Se había concentrado para tratar de no pensar. Era difícilísimo. Después de unos instantes de vacío, no había podido resistir y había gritado «¡Basta!». A continuación había corrido al baño para meterse bajo el chorro de la ducha y concentrarse solo en el rumor del agua que caía sobre su cabeza.

Alex se sobresaltó presa del espanto. El grito resonó durante un momento en su cabeza

mientras se levantaba de golpe. Luego, el puente telepático se desvaneció.

—¡Qué demonios...! —exclamó mientras miraba alrededor—. ¿Qué sucede? ¿Por qué se comporta así?

Le dolían las piernas y el esfuerzo de ponerse en contacto con Jenny lo había debilitado. Se encaminó hacia el centro de la ciudad, metiéndose por una de las calles transversales que llevaban al corazón del barrio de Altona, dejando el océano a sus espaldas.

«He atravesado el planeta por ti, Jenny... te encontraré».

«Este debería estar bien», se dijo Alex observando el letrero de un hotel que brillaba al fondo de la calle.

Ponía ST. JAMES seguido por tres estrellas. Se acercó a las puertas automáticas y entró en el vestíbulo. En el mostrador de recepción, una pareja de alemanes estaba intentando hacerse entender por el recepcionista de color. Parecían alterados. A la derecha, a lo lejos, entrevió un televisor y se acercó. Algunos divanes estaban dispuestos en semicírculo frente a una pantalla de plasma Samsung. Alex se sentó, liberándose por fin del peso de la mochila. Estaban emitiendo un telediario.

«Todos nosotros en gran peligro... Tú, importante».

Las palabras del vidente malayo volvieron de improviso a su mente y fue como tenerlo a su lado, con aquella sonrisa enigmática y las cartas en las manos.

Alex volvió la cabeza de pronto, como para comprobar que todo estaba en su sitio, quizá temiendo que aquel hombre estuviese detrás de él, que lo siguiera como una sombra silenciosa. Se observó la mano derecha. Estaba temblando.

Cuando se volvió, la pareja de alemanes acababa de dejar la recepción y se estaba encaminando hacia la salida. Era su turno.

—Calma, Alex, calma —se repitió en voz baja antes de acercarse al mostrador y pedir una habitación individual.

Quizá por su juventud, quizá porque era extranjero, el recepcionista lo miró con desconfianza. Le pidió los documentos y la tarjeta de crédito. Comprobadas las señas, le entregó una tarjeta magnética y le señaló los ascensores.

Jenny cerró el libro a las siete y cuarto.

Sus padres habían vuelto. Clara estaba poniendo la mesa y Roger estaba en el baño. La muchacha salió de su cuarto, medio atontada tras las horas pasadas entre los logaritmos, y descendió a la planta baja. Se detuvo un instante frente a un cuadro colgado en la pared a mitad de la escalera. Era una foto de sus abuelos. Reían a gusto, abrazados. Él tenía una mano encima de la de ella. Era una foto maravillosa, la adoraba. Prefería confiarse a ellos frente a aquel cuadro más que arrodillarse sobre la grava en el St. Kilda Cemetery.

—Cariño, ¿vienes a echarme una mano? Está casi listo —llamó su madre desde la cocina.

—Voy enseguida —respondió Jenny mientras iba al salón y se dejaba caer sobre el diván. Se sentía cansadísima y habría dado lo que fuese por comer allí, cómodamente sentada con el plato sobre las rodillas.

—Enseguida ya lo habré hecho todo sola. ¿No puedes venir ahora?

—Vale, vale, ya voy.

Jenny extendió los brazos para cobrar impulso y levantarse del sofá, pero los tenía pesados y doloridos. Habría necesitado dormir, aunque fueran unos minutos. Los párpados le pesaban. En un instante todo se volvió oscuro. Cuando abrió de nuevo los ojos, no sabía decir si y cuánto había dormido.

Se levantó de pronto, lista para recibir los reproches de su madre. Volvió la cabeza hacia la cocina y vio que estaba vacía. ¿Era posible que la hubiera dejado dormir sin llamarla para la cena?

Fue lentamente hacia la cocina y le llamó la atención un cuadro nuevo en la pared de la sala,

junto al sofá. Representaba a un hombre con americana y corbata, sentado en un sillón de piel negra. Su expresión mostraba seguridad en sí mismo, mirada intensa, el pelo bien peinado. Su madre debía de haberlo comprado hacía poco.

—¿Y este quién demonios es? —se preguntó en voz alta—. Mamá, ¿dónde estás?

Un rumor proveniente de la puerta de entrada la sacó de la contemplación del retrato. Acto seguido, la puerta se abrió y su madre entró en casa.

—Aquí estoy —dijo Clara, apoyando en el suelo tres grandes bolsas de la compra.

—Pero... ¿mamá? —Jenny la observó. Tenía un corte de pelo distinto—. ¿Cuánto he dormido?

—No lo sé, ¿dormías? Acabo de entrar. ¿Está todo bien?

—Pero la cena... estabas... —farfulló Jenny, confusa—. ¿Cuándo habéis colgado eso? No me gusta. —Señaló el cuadro con la cabeza.

—¿El retrato de Connor? Si te oye... ¿Qué preguntas me haces? Lo pusimos la pasada Navidad. Tú me ayudaste. Pero bueno, ¿acaso has bebido?

Jenny miró alrededor, sin responder, porque otros detalles de pronto atraían su atención. Una alta lámpara de pie, un mueble blanco que ocupaba toda la pared opuesta a la de la puerta de entrada, una alfombra persa y un teléfono-fax negro, de oficina, sustituyendo a su amado inalámbrico violeta. Todo había cambiado en el tiempo en que ella había dormido en el sofá. «No entiendo nada», pensó.

—¿Dónde está papá?

Clara dejó el bolso sobre el sofá y se acercó a su hija. Le acarició la cara y apoyó las manos en sus hombros.

—¿Qué te pasa, tesoro?

—No me pasa nada —dijo Jenny, comenzando a sentir un gran malestar—. ¿Dónde está papá?

Su madre se llevó una mano a la boca, como para contener una repentina emoción.

—Papá ya no está. Lo sabes, tesoro.

—¿Qué dices?

—Oh, Jenny, ¿por qué me haces esto? También para mí es difícil, ¿sabes? Pero es algo que debemos aceptar. Cada tanto parece imposible que haya ocurrido. También yo a veces lo veo por todas partes.

Jenny permaneció inmóvil unos segundos, casi paralizada por el abrazo de su madre y con un nudo en la garganta. Luego se soltó de improviso, dio la espalda a Clara y subió la escalera de dos en dos. Entró en su habitación y cerró de un portazo. Antes de echarse de bruces sobre la cama presa de la desesperación, lo vio: un cuadrado con una foto de su padre, en el podio después de haber triunfado en un certamen de natación. Debajo en rojo, se leía: «Te echo en falta cada día, papá».

Cuando la muchacha abrió de nuevo los ojos, estaba otra vez en el sofá.

—¿Quieres venir a la mesa o no? —la llamaba Clara desde la cocina. Jenny se levantó de golpe, respirando afanosamente. Miró alrededor.

«Mi inalámbrico violeta...». Las imágenes del sueño que acababa de tener volvían a su mente como fotografías lanzadas sobre una mesa.

Se levantó y buscó el retrato de aquel misterioso hombre de americana y corbata. No estaba. En su lugar, como siempre, colgaba el póster de *Una mente maravillosa*, una de las películas preferidas de la familia Graver. Luego fue a la cocina.

—¡Papá! —exclamó cuando vio a Roger sentado en su sitio, en la cabecera. Corrió hacia él y lo abrazó, estampándole un beso en la mejilla.

—¡Eh! ¿Qué sucede? ¿Necesitas dinero? —bromeó él.

—Tuve una pesadilla —respondió ella, con la mirada baja y pensativa—. Estabas...

—¿Cómo estaba, Jenny? —preguntó el padre, que parecía divertido por el extraño comportamiento de su hija.

—Nada, nada. Era solo un sueño.

«Sin embargo, parecía tan real...».

Alex salió de la ducha, se recostó sobre la cama y encendió la televisión. Era la primera vez que tomaba una habitación de hotel solo, y se sentía como el dueño del mundo.

Se secó y se vistió en pocos minutos, con idea de bajar a comer un bocado. Dejó el cuarto hacia las ocho, descendió a la planta baja y buscó el restaurante. Cuando la encontró, más allá de un largo corredor con retratos de grandes *jazzmen*, vio que estaba casi desierto. Solo había un camarero que estaba sirviendo un plato humeante a un anciano sentado en una mesa al fondo del salón.

Alex eligió un sitio y consultó el menú. Mientras esperaba al camarero, oyó el extraño ruido que hacía el anciano al sorber el caldo.

«No pierdo riada por intentarlo», se dijo Alex antes de levantarse y dirigirse a la mesa del viejo.

—*Im sorry, sir* —comenzó, azorado—. *Do you know a family...* —Alex buscó las palabras exactas— *called Graver?*

El hombre levantó la mirada y frunció el ceño. Alex se sintió incómodo, pero el hombre empezó a hablar, silabeando bien las palabras en un inglés elegante y libre de inflexiones dialectales.

Le dijo que de esa familia no sabía mucho, pero que desde luego recordaba al buen Roger Graver, campeón de ajedrez del torneo de la ciudad tres años seguidos. Frecuentaba un círculo del que era socio. Por cuanto recordaba, vivían en Blyth Street, en el 21 o 23. Lo recordaba porque había enviado allí varias invitaciones para diversos torneos nacionales. Y también recordaba otro detalle: los Graver tenían una niña pequeña.

—¡Gracias! —exclamó Alex, radiante, olvidándose de hablar en inglés. Hizo una media reverencia y saludó torpemente al hombre que le había dado una valiosa información. Había interrogado a muchas personas a lo largo de la tarde sin obtener ningún resultado, pero había bastado entrar en aquel hotel para encontrar a la persona correcta.

Ya no tenía ninguna duda. Al día siguiente hablaría con Jenny.

**A**LEX no soñó durante toda la noche. O si lo hizo, su cerebro estaba demasiado cansado para recordarlo al despertar.

A las diez de la mañana volvió a la calle por la que había venido el día anterior y giró en la esquina de Blyth Street. Había cogido un plano en el hotel y, como había podido verificar, la calle estaba muy cerca de Esplanade.

Casi a la altura del número 23, el corazón comenzó a palparle. Asomó la cabeza por encima de la cancela y oyó un timbre de bicicleta procedente de la parte trasera de la casa. No tuvo tiempo de llamar. Una muchacha de largo pelo rojizo apareció en bicicleta de improviso y se detuvo delante de la entrada de la casa. Los separaba solo el sendero al otro lado de la cancela. «Tiene mi edad... Dios mío... es ella», se dijo Alex mientras levantaba tímidamente un brazo para hacerse notar.

La muchacha se volvió, lo miró y frunció el entrecejo.

Alex se volvió hacia la calle, avergonzado<sup>[1]</sup>. Permaneció unos segundos con la espalda vuelta hacia la entrada de la casa y los ojos cerrados.

«¿Qué me pasa? He atravesado el mundo para este momento...».

Tímidamente, se dio la vuelta hacia la cancela y vislumbró la figura de la muchacha, que en ese momento se apeaba de la bicicleta.

—Jen... —empezó, pero las sílabas permanecieron en la garganta. Le salió un sonido ronco, como un ataque de tos.

La muchacha se volvió de nuevo mientras sacaba del bolsillo de los vaqueros la llave de la cadena de la bici. Su mirada era temerosa, como la de quien se siente indefenso, observado y amenazado.

«¡Parezco un maníaco, maldición!».

Alex apartó la mirada.

Con el rabillo del ojo vio que la muchacha retrocedía para apoyar la bici en el muro de la casa.

—*Mom?* —llamó hacia una ventanita que daba al patio.

La puerta se abrió y salió una mujer con un delantal rojo.

—*Susan, you're finally here!* —exclamó.

La muchacha lanzó a Alex una última mirada de desconfianza y entró con paso rápido.

Solo entonces Alex se volvió, decepcionado, hacia el buzón. WELLER, ponía. ¡Otra desilusión!

El anciano del restaurante había sido preciso sobre la calle, pero no respecto al número de la casa. Alex siguió hasta la casa del 21. Estaban adosados, como en los barrios residenciales americanos que se ven en los telefilmes.

THOMPSON, leyó en el buzón. «¡Maldición, tampoco es esta!».

Pensó un instante, luego decidió que tanto daba tratar de pedir alguna información a estos Thompson. El viejo no podía haberlo tergiversado todo y si había alguien en condiciones de darle noticias sobre los Graver, era sin duda quién vivía en aquella calle.

La cancela estaba abierta. Alex avanzó con cautela por el sendero del pequeño jardín casi idéntico al de la casa anterior y se acercó a la puerta de madera blanca. Subió los dos peldaños de la entrada y llamó al timbre.

La familia Graver podía haberse mudado, pensó, era muy posible. En su pensamiento resonaron las palabras de Marco sobre las infinitas posibilidades que ofrecían las realidades paralelas, pero Alex sacudió la cabeza para concentrarse en lo más pragmático: encontrar la casa de Jenny.

Una cincuentona de pelo rojo rizado, baja y bastante entrada en carnes, abrió la puerta.

—*Who are you, little boy?*

—*I'm sorry, madam* —respondió él con un ligero temblor en la voz debido al nerviosismo—. *I guess this is the wrong address.*

Alex fingió darse cuenta de que se había equivocado de dirección. Trató de hacerse entender en inglés, pero su acento revelaba sus orígenes italianos. La señora le preguntó a quién estaba buscando y Alex improvisó: se presentó como un viejo compañero de escuela de una muchacha llamada Jenny Graver. Había conservado aquella dirección y esperaba encontrarla allí. Se había trasladado a Italia a los ocho años y no la veía desde hacía mucho tiempo. Era la historia más sencilla que se le ocurrió para obtener información.

La señora pelirroja le dirigió una mirada recelosa.

—Yo también hablo italiano —dijo con un fuerte acento anglosajón, clavando sus ojos en el muchacho—. ¿Quieres pasar un momento?

La invitación lo atemorizó y pareció perder repentinamente el arrojo que lo había conducido hasta allí.

—No quisiera molestar... yo... —dijo retrocediendo un paso.

La mujer insistió:

—Yo creo que es mejor que entres.

La frase era cualquier cosa menos una invitación. Se trataba de una orden.

Alex asintió, perplejo e inseguro. La mujer le dio la espalda y entró en casa, dando por descontado que él la seguiría.

—Mi nombre es Mary Thompson, siéntate en el sofá —dijo.

Las paredes del salón estaban decoradas con cuadros de gruesos marcos dorados. La mirada del muchacho se demoró en una tela que representaba la tierra vista desde la luna. La superficie lunar parecía una ancha carretera que se asomaba al vacío, mientras a lo lejos se recortaba el contorno terrestre, enorme y suntuoso, iluminado en tres cuartas partes por el sol.

—Siéntate, chico —insistió la mujer. Alex permaneció de pie cerca de la puerta—. ¿Cómo te llamas?

—Alex. Alessandro.

—¿Y cuándo vivías aquí en Australia? —El tono de la pregunta era el de un interrogatorio.

—Hasta que cumplí ocho años viví aquí.

—¿Una taza de té? ¿Te gusta el té?

—Sí, pero no se moleste...

—No es ninguna molestia, *little boy*. Hace años que quería volver a practicar mi italiano... Había *just...* acababa de poner la bolsita en la tetera cuando has tocado el timbre. Como si hubieras venido por una taza.

—Qué coincidencia —dijo Alex con tono amigable, si bien estaba desconcertado por la actitud de la mujer, que alternaba sonrisas cordiales con miradas inquisidoras que le recordaban a la profesora de latín durante los controles.

—¡Las coincidencias no existen! Existen números, signos —aseveró la señora Thompson. Alex enarcó las cejas y ella sonrió—. Soy astróloga —añadió—. El cielo es un libro abierto para mí. Paso mis noches en la terraza observándolo... Tengo un potente telescopio, ¿sabes?

Alex asintió. Ya no sabía qué decir.

—Pero vayamos al grano. —El tono de la señora cambió de golpe y su mirada se puso seria—. ¿Recuerdas qué aspecto tenía tu amiga Jenny?

«Ahora sí que estoy jodido».

—Han pasado muchos años, recuerdo pocos detalles. Era una niña muy lista, simpática... Me gustaría saludarle, dado que estoy aquí de vacaciones con mis padres y había conservado su dirección de aquellos tiempos. Por lo visto se ha mudado de casa.

—Era una niña muy lista, es verdad. Y muy simpática.



—¿Usted la conocía?

—Claro.

Alex se puso rígido de improviso. La mirada empezó a pasearse por la habitación como buscando una vía de escape. La mujer lo observaba con mirada glacial.

—Entiendo... —musitó él.

Ella se limpió los labios con un pañuelito de tela bordado, los ojos siempre fijos en el chico, y añadió:

—Yo era su niñera.

«Perfecto. Ahora sí que la he cagado».

—¿En serio? Entonces quizá pueda decirme...

—Basta de sandeces —lo interrumpió Mary Thompson, tajante—. *Stop!* Dime qué pretendes.

Alex estaba contra las cuerdas. Su historia no se aguantaba. Quizás habría sido más conveniente sincerarse.

—Yo, señora, solo quiero saludar a Jenny... Pensaba que...

—Te daré una última oportunidad, muchacho. ¿Quieres aprovecharla o prefieres continuar con tu numerito en comisaría?

Alex pensó por un instante en contarle todo, pero temió empeorar aún más las cosas.

—Perdone, señora Thompson. No quería molestarla. Mis recuerdos son muy vagos. Teníamos siete u ocho años. Quizá me equivoque y...

—Jennifer Graver murió a los seis años.

Alex se quedó de una pieza. ¿Jenny... Jenny estaba muerta? ¿Cómo podía ser?

La mujer advirtió el desconcierto del muchacho y lo interpretó como una confirmación de sus sospechas.

—Yo fui su niñera desde el día de su nacimiento. Los Graver me eligieron porque sabía italiano.

—Sus ojos se enrojecieron y sacó un pañuelo del bolsillo para secarse una lágrima que se deslizaba por su mejilla—. La familia vivió aquí un año más —continuó con voz conmovida—, y al final me dejaron la casa, para trasladarse a Brisbane. Jenny era una niña lista. Lista y simpática. Siempre sonreía. Luego un día murió ante mis ojos. Un segundo antes me estaba ayudando a preparar bizcochos, un segundo después estaba tendida en el suelo, con los ojos abiertos. Ahora dime cómo es que tienes esta dirección y quién eres, y deja de decir que a los ocho años ibais a la escuela juntos. Ella nunca llegó a los ocho años.

Alex estaba paralizado.

Jenny estaba muerta. Por tanto, Jenny existía, o mejor, había existido. ¿Con quién hablaba él, entonces? Aquella voz no podía pertenecer a un fantasma. Por enésima vez desde que había decidido emprender el viaje, Alex pensó que había enloquecido del todo.

La mujer cogió la taza de té y se lo acabó, serenándose. El muchacho, en silencio, bajó la cabeza y la apoyó sobre las palmas.

—Ahora debes decírmelo todo. La verdad, *this time*.

—Yo...

—¿Cómo demonios has llegado a mi casa?

—Gracias a Jenny —respondió Alex. Las palabras le salieron sin que pudiera evitarlo. Si Jenny estaba muerta, ya nada tenía sentido, todo se había vuelto demasiado absurdo—. Yo nunca la he visto. Nunca he sido su amigo. Siempre he vivido en Milán, es la primera vez que vengo a Australia y no estoy de vacaciones con mis padres. Estoy aquí solo. Cogí tres aviones, haciendo escala en París y Kuala Lumpur, y llegué a Melbourne directo al muelle de Altona. Todo para conocer a Jenny. Teníamos una cita.

—¡Qué disparates dices, muchacho! —exclamó la mujer. Parecía furiosa.

—Lo sé.

—¡Entonces intenta decirme algo razonable! ¡Estás jugando conmigo! No acepto que se juegue

cuando está mi niña de por medio. Era lo más querido que tenía en el mundo. Los Graver eran mi familia, yo era parte de ella. Todo terminó cuando Jenny murió. Ellos se marcharon y yo he vivido sola hasta hoy. ¿Me quieres explicar cómo es posible que tú vengas ahora a contarme que debías encontrarte con Jenny en el muelle, en 2014, si ella se fue en 2004?

Alex suspiró hondo para armarse de valor. Se sentía como un animal en una jaula demasiado estrecha incluso para respirar. Con la mirada encontró una ventana que daba a la calle y vio un chico en bicicleta. Luego, recuperándose un poco, volvió a mirar a los ojos de la mujer.

—Yo hablo con ella —confesó.

Mary Thompson apoyó la taza que había sostenido hasta ese instante.

—¿Qué tú hablas... con Jenny?

—Sí.

—¿Qué eres, una especie de médium? ¿Un sensitivo?

—No tengo ni idea. —Alex se levantó de pronto—. No sé qué soy ni por qué me ocurre todo esto. Estoy trastornado y confuso, no tengo respuestas. Las estoy buscando. Por eso he llamado a su puerta.

Mary lo miró perpleja y Alex se quedó observando las fotos que había sobre una repisa. Varias retrataban a su anfitriona de joven, algunas eran más recientes. Otras en blanco y negro parecían fotos de época. No había ninguna de una niña de seis años.

—Debo marcharme —dijo al fin. Le faltaba el aire, le parecía que estaba atrapado en una pesadilla, sin posibilidad de despertarse. Recogió la mochila y se encaminó hacia la puerta.

**M**IENTRAS Alex salía de la casa de Mary Thompson, Jenny era enviada de nuevo a su sitio

después del control de Matemáticas.

Un completo desastre. Volvió a su pupitre después de haberse puesto en ridículo ante la clase, con los ojos brillantes y los nervios a flor de piel. Tenía ganas de escapar, de llorar. No era propio de ella hacer semejante papelón delante de todos. El promedio estaba arruinado. La profesora llamó a su compañero a la pizarra mientras ella pedía permiso para ir al lavabo.

Cuando estuvo en el corredor, se acercó a una ventana que daba al patio de la escuela y pegó un puñetazo sobre el alfeizar. Un grupo de muchachos estaba jugando a la pelota en la explanada. En teoría, no estaba permitido, pero la mayoría de los alumnos de St. Catherine ignoraban aquella regla.

Jenny se encaminó hacia los lavabos. «Mejor así», pensó mientras ponía la cara debajo del agua, frente al espejo que le devolvía una imagen terrible. Se había ilusionado durante años en que alguien, al otro lado de aquel puente telepático, existía de verdad. Pero no era así, y ahora pagaba las consecuencias.

Retrocedió unos pasos y apoyó la espalda contra la pared, luego se deslizó al suelo y se cubrió la cara con las manos. Lloró. Nadie podía oírla.

De improvisto, la cabeza le pesó y fue superada por el cansancio. Cerró los ojos anegados en lágrimas, pero en vez de la oscuridad vio un túnel de colores y formas indistintas. Gritos y lamentos se concatenaban sin darle tiempo de comprender o retener nada.

Luego, de golpe, el silencio.

Jenny abrió otra vez los ojos y sacudió la cabeza como para expulsar aquellas percepciones distorsionadas. Advirtió una sensación que no le resultaba nueva.

Se levantó del suelo, salió del lavabo y se dirigió a su aula. Entró y fue con la cabeza gacha hasta su sitio.

Pero estaba ocupado.

—Señorita, ¿tiene la amabilidad de decirme quién es usted? —le preguntó la profesora, una mujer frágil de más de setenta años. Se sostenía con la ayuda de un bastón.

—¿Dónde se ha metido la profe de Matemáticas? —preguntó Jenny, esperando la respuesta de alguno de sus compañeros. Miró alrededor. Jo, aquella no era su clase.

—Por Dios, perdone, ¡me he equivocado de aula! —exclamó.

La profesora la miró sacudiendo la cabeza mientras Jenny se alejaba. De nuevo en el pasillo, se volvió hacia la placa que había sobre la puerta.

—Pero esta es mi aula —susurró mientras miraba en derredor. Sentía crecer el miedo.

Su escuela. El pasillo que había recorrido asiduamente durante los últimos años. Su clase. Pero los estudiantes eran unos desconocidos y a la profesora nunca la había visto.

«¿Dónde estoy?», pensó mientras volvía a la ventana que daba al patio. Ya no había nadie jugando a la pelota. Ni siquiera habría sido posible: en medio del patio había una fuente.

En cuanto se encontró en la acera. Alex seleccionó el número de Marco en su móvil. En el cielo se estaban condensando amenazantes nubes negras. A lo lejos reverberó un trueno. El viento había empezado a soplar con más fuerza, agitaba a los árboles en medio de la rotonda al final de la calle y hacía temblar los buzones de las casas.

—¡Eh, Alex! —exclamó su amigo—. ¡Cuéntamelo todo!

—Jenny ha muerto —dijo a bocajarro.

Al otro lado de la línea hubo unos segundos de silencio, roto por las interferencias estáticas.

—¿Quieres decir que...? —balbuceó por fin Marco.

—He encontrado la casa de Jenny. Es el número veintiuno de Blyth Street, cerca del muelle. Vive una señora, una astróloga que dice haber sido la niñera de Jenny. Servía en casa de los Graver, que se mudaron dejándole la casa hace muchos años, después... de la muerte de la niña, en 2004.

—¡Fantástico! —exclamó Marco.

No era exactamente la reacción que Alex esperaba.

—¿Fantástico?

—Claro, Alex, ¿no lo entiendes? Si Jenny está muerta, significa una única cosa. O estás hablando con un fantasma, hipótesis que descarto, o Jenny y tú... —La emoción interrumpió a Marco: la muerte de Jenny demostraba aquello que estudiaba desde hacía años. Sus ojos pasaron por los libros amontonados en los estantes a la izquierda de la mesa de trabajo. Una serie de ensayos que conocía de memoria, cuyas páginas había llenado de subrayados, notas y esquinas dobladas durante años de intenso estudio.

—Marco, ¿quieres aclararme qué debería entender? —lo despertó Alex.

—Tú te comunicas con otra Jenny, con la Jenny de otra dimensión del Multiverso. Una dimensión donde ella está sana y salva.

—Qué tontería.

—¿Aún te asombra? Alex, tu Jenny existe en otra realidad.

Alex sintió una gota sobre su brazo derecho. Levantó los ojos al cielo: pronto empezaría a llover.

—No, Marco, es demasiado absurdo. ¿A caso quieres decir que he... hablado con una muerta?

—Ya. Tampoco a mí me parece una hipótesis muy normal, ¿sabes? De todos modos, la estoy considerando. Pero te garantizo que... —hizo una breve pausa, tosió y se aclaró la voz— que la estimo científicamente muy improbable.

—En cambio, ¡que yo charle con otra dimensión te resulta del todo normal!

Alex volvió la mirada hacia la fachada de la casa de Mary Thompson y vio a la mujer observándolo desde una ventana. Lo miraba como si estuviera tratando de averiguar con quién hablaba por teléfono.

—Marco, estoy perdiendo la cabeza. Además, tampoco esta señora me parece en su sano juicio.

—Pídele que te cuente todo lo que recuerde de Jenny. Podría haber un episodio particular en vuestros respectivos pasados que ha condicionado los acontecimientos futuros y del cual haya surgido el desarrollo de vuestro yo paralelo.

Un relámpago rasgó el cielo. El temporal ya era inminente.

Alex se guardó el móvil y echó un vistazo alrededor. No había un alma por Blyth Street, y había empezado a llover. Miró la casa. La puerta estaba abierta y la señora Thompson estaba en el umbral. Era su única posibilidad de obtener datos sobre Jenny.

Se acercó lentamente. La mujer parecía segura de que él volvería.

—¿Qué quieres ahora? —le espetó.

—Ver una foto de Jenny. Solo eso, por favor.

Mary suspiró. Era imposible decir qué estaba cavilando y Alex temió que fuera a cerrarle la puerta en las narices. En cambio, se volvió y entró en la casa.

—Ven —dijo sin volverse.

Alex no se lo hizo repetir dos veces.

Mary atravesó el salón hacia un mueble antiguo de madera taraceada. Abrió una hoja, sacó una caja de cartón y la apoyó sobre la mesita baja, delante del sofá. Alex se sentó y la mujer hizo otro tanto a su lado.

Empezó a sacar de la caja papeles y fotografías.

—Esta era Jenny el día de su cuarto cumpleaños.

La niña sonreía a la cámara, sentada en el mismo sofá en que se encontraba Alex en aquel momento.

La mirada era la que él ya conocía.

Los ojos profundos e intensos, del mismo color que el pelo, castaño, peinado hacia atrás y sujeto por una diadema violeta. Miraban al objetivo y parecían dirigirse directamente a él.

—Es ella —dijo en voz baja.

—Hoy tendría dieciséis años —dijo la mujer entornando los ojos.

—Pero ¿de qué murió? —preguntó él, consciente de aventurarse por una senda peligrosa.

—Nunca se supo. —Mary se sobrecogió—. No tenía señales de parada cardíaca, nada de nada...

Fue algo inesperado e incomprensible.

—Lo siento.

—Yo estaba con ella. Hasta el último momento. Quería abrazarla... Mira, este es uno de sus dibujos.

Alex cogió la hoja y lo observó.

Se fijó en la firma, abajo a la derecha: JENNIFER en mayúscula, y debajo la fecha, 2004.

—Fue uno de los últimos que hizo —añadió Mary.

Representaba unos caballos estilizados, rodeados por trazos verdes que debían de ser la hierba. El sol resplandecía en lo alto, a la izquierda del papel, con dos ojos y una sonrisa que daban al círculo amarillo un aspecto humano y feliz.

Otra foto retrataba a Jenny montando un poni. Una niña alegre con una sonrisa contagiosa y la despreocupación típica de su edad.

—¿Hablas con ella? —preguntó de pronto la mujer, y él no supo si en su voz había más desconfianza que curiosidad.

—Me temo que sí...

—Por lo tanto, tú hablas con... los muertos. ¿Puedes oír lo que dicen? —Su voz sonó más ronca y profunda.

—No, no lo creo, pero... ya no estoy seguro de nada.

Alex observó el material que la señora Thompson sacaba de la caja. Había varias notitas, la mayoría dirigidas por la niña a su «*sweet Mary*».

En un momento dado, entre los distintos dibujos, Alex tropezó con un esbozo que le quitó el aliento. Representaba a una niña y un niño de la mano. Este último tenía un mechón rubio y el bocadillo al lado de su rostro decía: MI AMIGO SECRETO. Un escalofrío le recorrió la espalda. Permaneció en silencio y puso la hoja debajo de las demás.

—Y este era su colgante —dijo la mujer sacando de la caja un collarcito—. Decía que era mágico: con él podía cerrar los ojos y despertarse en otro mundo. Triskell, así se llama el símbolo que pende de la cadenita. Mira las tres medialunas... Es celta.

—¿Puedo? —Alex tendió la mano hacia el colgante y Mary se lo deslizó en la palma. Le parecía familiar. Tres formas de C. la mujer las había definido como «medialunas» porque tal parecían. Se encajaban la una en la otra, dando origen a una espiral.

—Es muy hermoso. ¿Se lo regaló ella?

—No se separaba nunca del colgante —dijo la mujer, abstraída, ignorando la pregunta de Alex. Sacudió la cabeza y pareció despertar de una breve ensoñación. Volvió a hablar con tono seco y determinado—: No tengo más que decirte, muchacho. Ahora es mejor que te vayas. ¿Me oyes? Alex se había quedado quieto inclinado hacia delante, el colgante en la mano derecha, la izquierda apoyada en el sofá, la mirada perdida en el vacío, ausente.

—Alex, ¿me oyes? —dijo la mujer levantando la voz, mientras agitaba una mano frente al rostro del muchacho.

En aquel preciso instante, Jennifer Graver, la niña de seis años fallecida en 2004, estaba ante los ojos de Alex, en el salón.

Los contornos esfumados de la silueta de la pequeña se confundían con el fondo de la sala. Una bata larga hasta el suelo le cubría los pies y hacía que Jenny pareciera suspendida en el aire. Los dos se observaron durante un interminable momento. De pronto, en torno a ellos ya no existían muebles, paredes, personas, ciudades... como si fluctuaran en un limbo más allá de los confines espacio-temporales, el uno delante de la otra en medio de la nada. Los ojos de ella estaban desmesuradamente abiertos, fijados en Alex, capaces de penetrar en los rincones más recónditos de su ánimo.

—Nuestra mente es la clave —dijo la niña con la mirada clavada en los ojos de Alex.

La suya era una expresión neutra que no traslucía ninguna emoción. La silueta dibujada por el contorno de su cuerpo aparecía cada vez más transparente a los ojos de Alex, como si pudiera ver a través de ella.

—¿Te acuerdas, Alex? Para viajar mirábamos el cinturón.

La visión se desvaneció de golpe. El muchacho dejó caer el colgante al suelo, se levantó bruscamente y corrió hacia la puerta.

Mientras el temporal arreciaba sobre Melbourne y la lluvia repiqueteaba incesante sobre el pavimento, Alex Loria salió a la calle y echó a correr por el medio de la calle, alejándose del cofre de los recuerdos de Jenny, que se había abierto para liberar los fantasmas del pasado.

**C**UANDO Jenny volvió a abrir los ojos estaba en el suelo, junto a los lavamanos, en el lavabo

de mujeres. Las paredes eran blancas, frías, silenciosas y anónimas: un marco propicio para extraviar la propia identidad sin distinguir ya el delirio de lo real. Jenny se llevó una mano a la frente, segura de que tenía fiebre. Luego levantó la mirada y se encontró con una compañera de clase, Olivia Stamford. Estaba inclinada sobre ella, con una diadema deportiva sobre la cabeza encima de su espeso pelo rizado y la montura de las gafas torcida.

—La profe se está preguntando si te has arrojado por la ventana por culpa de tu desastrosa prueba —bromeó la amiga.

Jenny se sentía exhausta y le costaba encontrar una respuesta. La idea de sonreír por el sarcasmo de Olivia no le pasó por la cabeza. Bajó la mirada.

—Pero bueno, ¿qué te pasa? —La amiga la ayudó a levantarse y le apoyó las manos en los hombros—. ¿Te encuentras bien? Estás pálida.

—Sí... sí, no te preocupes. Vamos a clase.

Cuando volvió al aula, sus compañeros estaban en su sitio. Las habituales caras de siempre. Detrás del escritorio, la profesora le lanzó una mirada interrogativa.

Jenny se sentó en su pupitre, aturdida. Continuó durante toda la clase pensando en aquel torbellino de emociones, formas y sonidos. Le parecía haber pasado a través de él.

En aquellos pocos minutos antes del timbre, Jenny recordó aquel extraño retrato del salón. Su padre, fallecido. El aula con compañeros desconocidos. Y la incongruente fuente en el patio.

«¿Qué me está sucediendo?».

En cuanto estuvo en casa, Jenny dejó caer la mochila en la entrada y se arrojó en el sofá, sin fuerzas. Permaneció allí un momento, casi temiendo dormirse de nuevo. Luego subió al piso de arriba y fue al baño, demorándose un momento delante del espejo.

—Un baño caliente —dijo a su imagen reflejada—. Eso es lo que necesito. Caliente y perfumado.

Abrió el grifo del agua caliente de la bañera y empezó a desvestirse lentamente, dejando las prendas sobre la cesta al lado de la lavadora. Luego cogió unas bolitas de un frasco de vidrio que había sobre una repisa. Se las llevó a la nariz para sentir el olor de la lavanda y las dejó caer en el agua. Después encendió dos velas y apagó la luz; un estremecimiento la hizo temblar.

Poco más tarde, sumergida hasta el cuello, finalmente cerró los ojos. El delicado perfume la envolvió y la mimó como un abrazo materno. Una de las terapias antiestrés más eficaces que conocía.

El baño caliente le devolvió la serenidad. Cuando salió del agua respiró profundamente y le pareció que el peso que le oprimía el pecho se había disuelto, al menos en parte.

Envuelta en un albornoz blanco, se dirigió hacia su dormitorio. Las fotografías de las primeras victorias como nadadora de competición colgaban de la pared a lo largo de todo el pasillo del primer piso. «Un buen botín de oros», solía decir en broma. Su padre, Roger, estaba orgulloso de ella y esta era sin duda su mayor satisfacción. Una vez en su habitación, acomodó dos cojines contra la cabecera de la cama, se recostó y apoyó la cabeza. Aún la sentía un poco pesada.

Cogió el mando del cajón de la mesilla y encendió el estéreo. La música se difundió por la habitación. Era un tema de Sarah McLachlan que adoraba: *In the Arms of the Angel*. La lluvia repiqueteaba sobre la ventana mientras la delicada voz de la cantante canadiense hacía de banda sonora a aquella lúgubre tarde.

Jenny se levantó y dejó caer lentamente el albornoz. Se quedó desnuda frente al espejo del

armario, observando su cuerpo atlético de piel dorada. Luego empezó a mirar alrededor. La puerta estaba entornada y se hallaba sola en casa. Pero, por una razón que no sabía explicar, se sentía observada.

El torbellino.

Una serie de lamentos, palabras, formas indistintas y gigantescas. Millones de voces se concatenaban, mezcladas con imágenes inasibles que giran en la cabeza como en una terrible centrifugadora de sentimientos y visiones.

Pocos instantes.

Luego, el silencio.

Los ojos de Alex enfocaron la realidad circundante. Las casas de Blyth Street, enfiladas, todas similares entre sí, tan tradicionalmente previsibles. La lluvia incesante tamborileaba sobre los tejados y anegaba las plantas de los jardines interiores. Cuando miró adelante, Alex no distinguió nada. Solo la borrosa carretera. Un letrero en las proximidades del cruce a cincuenta metros ponía BLYTH STREET. Pero al final de la calle no estaba la rotonda con los árboles sacudidos por el viento que había notado antes. Solo había un semáforo que regulaba un cruce normal.

«¿Qué significa esto?».

Se acercó a la cancela de la casa de Mary Thompson. Leyó la plaquita del buzón: GRAVER.

Alex sintió el miedo como una navaja rozándole el cuello, pero al mismo tiempo estaba sorprendido y excitado. Avanzó, si bien no tenía ninguna percepción física del desplazamiento. Cuando se encontró frente a la cancela, la cruzó. No había necesidad de abrirla. Otro tanto hizo con la puerta de entrada. En pocos instantes estuvo dentro de la casa.

«He pasado a través de la puerta...».

El mobiliario era diferente del que recordaba. Ya no estaba el cuadro de la tierra vista desde la luna: la pared se veía desnuda. Alex subió un tramo de escaleras. En el piso de arriba entrevió una puerta entornada. Las paredes del pasillo estaban llenas de fotos de, por este orden, una muchacha de pelo castaño con un trofeo en la mano; una muchacha en traje de baño en el peldaño más alto de un podio; una muchacha con gorra y un hombre chocando esos cinco, los rostros radiantes, con las manos libres sosteniendo los extremos de una cinta de colores de la que pendía una medalla de oro.

Alex prosiguió hacia la puerta entornada. La tensión estaba por las estrellas, pero no sentía que el pecho le estallara de emoción. No tenía ninguna sensación corporal. La ansiedad era solo una idea a la cual no correspondía ningún síntoma físico.

Cuando llegó a la puerta, en un instante atravesó el umbral con la mirada.

Jenny estaba frente al armario, desnuda. Miraba alrededor, parecía espantada. Era ella. Él lo sabía. El albornoz blanco estaba en el suelo, a sus pies. El cuerpo de la muchacha era una visión al mismo tiempo sorprendente y hechizante. La figura esbelta, las piernas atléticas, la piel dorada y el pecho firme subyugaron la mirada de Alex. El pelo castaño, aun mojado, caía sobre su ancha espalda de nadadora. Sus ojos no podían engañarlo. Ya lo había visto. Ya la había soñado.

—Estoy aquí...

No tuvo tiempo de pensar nada más. El torbellino lo atrajo hacia sí.

Cuando volvió a abrir los ojos se hallaba en el suelo, al borde de una calzada. Seguía lloviendo y sus ropas estaban empapadas. El cielo estaba negro, como si ya fuera de noche. Algunos coches pasaban veloces por su lado. Alex se arrastró por la acera hasta el muro de un edificio y se levantó. El agua le empañaba la visión, le resultaba difícil distinguir a su alrededor. En la boca sentía el sabor de la sangre.

Achicando los ojos logró distinguir su mochila. La recogió y abrió el bolsillo exterior en busca del móvil. Lo encontró e intentó encenderlo. Debía hablar sin dilación con Marco, pero la pantalla



se negaba a activarse.

—¡Muévete, joder! —gritó. No había nada que hacer. Quizá se había descargado la batería, pero era más probable que el agua hubiera entrado en los circuitos dañándolos irremediablemente.

Miró alrededor, desconsolado, y atisbó un letrero de neón azul y rosa, al final de la calle. Se veía borroso a causa de la incesante lluvia, pero Alex consiguió leer INTERNET POINT.

Pocos instantes después estaba hablando con su amigo a través de unos auriculares gastados y un chafado micrófono que tenía que sostener en la mano. El encargado del locutorio, un muchacho indio, lo miraba con recelo.

—Alex, ¿entiendes qué quiero decir? —Marco siempre quería que a Alex le quedara claro por dónde iban sus hipótesis—. Esto solo puede significar una cosa —continuó.

Su voz sonaba fuerte y clara. Con el móvil averiado, quedaba una sola manera de comunicarse con Marco: contactar con él por Skype. Alex estaba sentado en un rincón de la sala, junto a un muchacho bastante gordo y una mujer de rasgos orientales.

En Italia eran cerca de las diez de la mañana cuando el software se había abierto en el portátil. Marco estaba leyendo los periódicos. Por la ventana se filtraba una pálida luz que iba a reflejarse en la taza de té humeante que había sobre la mesa de trabajo.

Desde el PC del locutorio no era posible activar la videollamada, pero el audio era bastante decente. El muchacho notó las miradas de las personas sentadas a su lado. Quizá lo observaban porque estaba empapado de la cabeza a los pies. El mechón rubio caía sobre la frente y seguía goteando, mientras las ropas se habían vuelto pesadas y frías.

—Has estado en su mundo, has ido más allá de tu dimensión, con la mente.

Alex reflexionó un momento en las palabras de su amigo.

—Es la sensación que he tenido —asintió—. La de desprenderme del cuerpo; solo existía con mi mente.

—Así pues, posees la capacidad de atravesar el umbral entre dos mundos —meditó Marco casi para sí. Hasta poco tiempo antes, aquello no era más que una suposición bastante descabellada—. No sé cómo lo has conseguido, lo único claro es que tu cuerpo no estaba del otro lado.

—Y no tuvo nada que ver con cuanto sucedía en este mundo, en la casa de Mary Thompson. Marco... he visto a Jenny, la niña de seis años, y ella me ha hablado.

—¿Cómo?

Alex contó a Marco la visión que había tenido en el salón de la casa de la antigua chacha y de cómo él había corrido fuera para luego encontrarse en plena tormenta, antes de perder el conocimiento. Le refirió la frase de Jenny: «¿Te acuerdas, Alex? Para viajar mirábamos el cinturón».

Marco guardó silencio unos segundos, mientras la comunicación era perturbada por un zumbido intermitente.

—No te oigo bien —fueron las últimas palabras que Alex consiguió captar antes de que la comunicación se interrumpiera. Trató de restablecerla, pero vio que el ordenador se había apagado y, mirando a las otras personas presentes en el local, comprendió que no era solo un problema suyo.

Se levantó, pagó y se marchó. Llamaría a Marco más tarde. En la calle lo embistió una ráfaga de viento frío. Sacó el lector MP3 y se puso los auriculares. El arpegio introductorio de *Getting Better* de los Tesla empezó a sonar en sus oídos. Las primeras palabras de Jeff Keith, dedicadas a la lluvia, parecían describir algo muy similar a su situación: en efecto, el agua caía sin pausa y él estaba empapado y hambriento.

Jenny se vistió deprisa. Luego descendió a la planta baja. Presa de la agitación, entró en la cocina y se sentó a reflexionar sobre lo que había ocurrido. Había alguien en la habitación con

ella. Estaba segura. No era una alucinación. Era una persona.

«Estoy aquí...». Las palabras retumbaban en su cabeza. Las había oído de manera nítida. Era la voz de Alex.

Jenny se levantó de nuevo, se acercó a los hornillos y abrió una hoja del mueble de cocina. Cogió una bolsita de manzanilla y activó el hervidor.

«Debo calmarme —se dijo—. Nada de esto existe. Está solo en mi cabeza».

**T**RAS cerrar la ventana de Skype, Marco cogió un bolígrafo de un bote —una lata de Sprite— y un montón de papel impreso de su mesa de trabajo. Eran los resultados obtenidos en el software de su invención. Prefería compulsarlos uno a uno sobre papel antes que agotarse la vista en el monitor.

Comenzó a descartar los que le parecían menos interesantes: intervenciones en blogs, frases en Facebook, mensajes de Twitter de todas partes del mundo. El software había enumerado, catalogado y traducido las correspondencias extranjeras relacionadas con las dimensiones paralelas y la teoría que Marco había explicado a Alex.

«Basura digna de Google, veamos los SMS», pensó mientras con el capuchón apretado entre los labios punteaba con el boli las distintas intervenciones. El examen de aquellos resultados podía hacerle perder todo el día, pero Marco había inventado aquel programa para encontrar contenidos privados, que una simple búsqueda online no habría podido descubrir.

No eran muchos los SMS que hablaban de Multiverso. La mayoría de estos concernía a teorías científicas aparecidas en alguna revista del sector. Nada interesante.

De pronto, un mensaje lo impresionó:

SÍ, LO CONOZCO. EL PROBLEMA ES QUE ESTE EBOOK ES INENCONTRABLE. YO LO DESCARGUÉ EL AÑO PASADO, LO LEÍ, PERO DESPUÉS DE UNA SEMANA YA NO CONSEGUÍ ABRIRLO. EL ARCHIVO ESTABA CORRUPTO Y YA NO HE VUELTO A ENCONTRARLO EN LA RED.

La mirada de Marco se iluminó.

«Veamos el SMS que precede a esta respuesta». Apoyó la pila de folios sobre la mesa y volvió al software con un rápido clic en el ratón.

Localizado el mensaje, abrió con el botón derecho una ventana y seleccionó «detalles». Los datos del destinatario estaban allí. Marco los copió y los pegó en el campo de búsqueda de su programa para ver si había alguna correspondencia, si el software conseguía descubrir también el mensaje anterior de la conversación.

—¡Sí! ¡Es este! —exclamó mientras lo leía.

El remitente coincidía. Y también el tema de la discusión.

SE LLAMA: THOMAS BECKER'S MULTIVERSUM (DIE REALITÄT, DIE UNS UMGIBT, IST NUR EINE DER UNENDLICHEN PARALLELEN DIMENSIONEN).

La traducción del subtítulo rezaba: «**La realidad que nos rodea es solo una de las infinitas dimensiones paralelas**».

—Bien, bien... —susurró mientras anotaba en un folio los dos números de móvil.

Escribió el primero en el teclado de Skype. No existía. Tachó el número y pasó al siguiente. El mismo resultado. Luego fue al portátil y abrió tres ventanas con sus correspondientes páginas de libros online.

—Joder, nada. Estará descatalogado —masculló mientras reabría su software.

Tecleó título y subtítulo del libro en un campo de búsqueda que indagaría a partir de los resultados obtenidos. Y luego no solo los SMS interceptados, sino también blogs, *post* en las redes sociales y sitios de internet.

Apareció una coincidencia: un blog titulado *The\_great\_web\_robbery*. «El gran robo de la web, interesante...», pensó levantando las cejas. Al parecer, el blog citaba el libro de Thomas Becker. Pero apenas escribió la dirección en internet recibió un mensaje: «Este blog ha sido eliminado a causa de una violación del derecho de autor».

—¡Maldición! —exclamó llevándose las manos a la cabeza. Se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa de trabajo y se masajeó la frente. Cerró los ojos para hacerlos descansar.

«El SMS hablaba de un ebook desaparecido de la red. Debo encontrar ese libro».

Cuando volvió a abrir los ojos, la pantalla del monitor estaba negra. Un par de toques sobre el ratón. La pantalla continuó negra. Pulsó la barra espaciadora en el teclado, en vano. Comprobó que todas las conexiones funcionaban. El piloto anaranjado estaba encendido y, por tanto, no podía ser un problema eléctrico.

De golpe en el monitor se abrió una ventana, abajo a la derecha. Un recuadro azul con un pequeño rectángulo blanco que relampagueaba en un ángulo.

«Pero ¿qué demonios...? ¿Por qué ha pasado a la modalidad DOS?».

Marco se quedó observando, estupefacto. Luego cogió el ratón y constató que estaba inutilizable. Iba a escribir algo en el teclado cuando el rectángulo empezó a moverse en la pantalla.

Se detuvo en el centro. Las letras comenzaron a tomar forma ante los ojos asombrados y, al mismo tiempo, espantados de Marco.

YO NO EXISTO.

La frase cambió de posición en la ventana y luego se multiplicó invadiendo cada ángulo del recuadro hasta que el procesador debajo de la mesa se apagó.

El PC se paró con un breve silbido.

—¡Hostia, un virus! —imprecó Marco.

«Alguien se ha metido en mi ordenador», pensó. Nunca le había ocurrido algo semejante. ¿Había entrado verdaderamente un virus en el sistema? Era difícil, dada la gama de antivirus actualizados de que disponía. Pero era posible, desde el momento en que los *hacker* de todo el mundo crean nuevos cada día y ni siquiera él podía estar a cubierto de un ataque imprevisto. Intentó reiniciar el procesador, sin suerte. Desconectó y conectó la toma de corriente: sí, el PC estaba completamente averiado.

El Mac estaba aún encendido y al máximo de su luminosidad, como le gustaba a él. Sobre la izquierda, el Dell portátil estaba fijo en la página de Amazon donde minutos antes había buscado en el catálogo el texto de Thomas Becker.

Marco accionó el mando de la silla de ruedas y dio marcha atrás hasta el pasillo. Luego giró ciento ochenta grados y avanzó hacia la cocina.

Una vez allí, dio una palmada y las luces se encendieron. La mesa estaba desordenada. Un par de platos sucios, una botella de agua sin tapón, cubiertos dispersos, un vaso, servilletas usadas y migas por doquier.

Abrió una puerta del mueble y sacó un bote de café. Se acercó a los hornillos y cogió la cafetera para prepararla. Mientras lo hacía, se dijo: «Debe de ser un *hacker*. Uno mejor que yo. Será una broma. O un desafío».

Cuando volvió a la sala de monitores con la taza en una mano, fue derecho hacia el teclado del Mac. Abrió una página nueva y escribió «Thomas Becker» en el campo de búsqueda.

«Un músico... un campeón de piragüismo... no está», comprobó mientras sacudía la cabeza.

Un estrépito de bocinas rompió el silencio. Provenían de la calle a la que daba la sala. Marco levantó la mirada hacia el sonido. Por la ventana solo podía vislumbrar la fachada del edificio de enfrente, con las persianas de los apartamentos bajadas, algunas prendas tendidas en los balcones y numerosas antenas parabólicas.

Cogió la taza y se acabó el café. Luego volvió a la pantalla del Mac para continuar con la búsqueda.

—¡No! ¡Este no! —exclamó ante el monitor Apple de 24 pulgadas completamente negro.

Se quedó inmóvil, presa de la impotencia. Él, que habría podido escribir un manual de instrucciones para los ordenadores que tenía enfrente. Casi tenía miedo de que de un momento a otro apareciera nuevamente aquel recuadro azul.

No se equivocaba.

Cuando el pequeño rectángulo blanco empezó a relampaguear, Marco fue rápidamente al teclado. «Esta vez jugaré con ventaja, no dejaré que me den morcilla».

«¿Quién eres?», tecléo. El rectángulo volvió al principio y continuó relampagueando unos momentos. «¿Te has divertido lo suficiente con el DOS?», añadió.

La respuesta de su interlocutor virtual llegó seca y directa como una bofetada.

IMBÉCIL, HE ENTRADO EN TU MACINTOSH. NO ES POSIBLE ABRIR UNA VENTANA DE DOS EN EL MACINTOSH.

Marco se quedó en silencio. Con las manos paralizadas y los ojos clavados en la pantalla. Había cometido una ligereza digna de un principiante. Solo ahora lo entendía: la ventana abierta por el *hacker* era algo más inexplicable que una simple modalidad DOS.

—Este cabrón está controlando mis ordenadores desde el interior... —murmuró Marco mientras se mordisqueaba las uñas nerviosamente. Otra frase se compuso delante de sus ojos: DIME POR QUÉ ESTÁS BUSCANDO INFORMACIONES SOBRE MÍ EN LA RED. ¿PARA QUIÉN TRABAJAS?

Marco respondió al instante:

PERO ¿TÚ QUIÉN ERES? ¿QUÉ DEMONIOS QUIERES DE MÍ?

Al igual que su misterioso interlocutor:

YO NO EXISTO. ESTÁS HABLANDO SOLO.

Marco no supo qué responder. Verdaderamente no conseguía entender en qué clase de absurda situación se había metido.

YO SOLO ESTABA BUSCANDO UN TEXTO. HE ESCRITO EL NOMBRE DEL AUTOR EN EL CAMPO DE BÚSQUEDA Y...

Marco sacudió la cabeza, a la espera de la respuesta, que llegó en el acto:

EL AUTOR QUE BUSCAS NO EXISTE.

Entonces preguntó:

¿ERES THOMAS BECKER?

El rectángulo blanco relampagueó unos segundos. Y también el Mac se detuvo del todo.

—iM

IERDA, joder! —aulló Marco. «Tendré que desmontarlos», pensó mientras observaba el PC y el Mac, tan desoladamente inertes. «Pero ¿este Becker quién diablos es? ¿Cómo es posible que pueda provocar un desaguisado así?».

El móvil que descansaba sobre el mueblecito del pasillo sonó anunciando la llegada de nuevos mensajes. Era el arranque del coro «O Fortuna» de *Carmina Burana* de Carl Orff. Marco condujo la silla hasta el pasillo. «Será Alex. Habrá recargado el teléfono», pensó antes de mirar el visor.

1 MENSAJE NUEVO.

REMITENTE DESCONOCIDO.

Marco soltó un suspiro nervioso. Una llamada podía llegar de un número oculto, pero para los mensajes no era tan sencillo. Seleccionó SMS y leyó el contenido: «He echado un vistazo a tus archivos. Interesante software el que estás creando».

Marco se quedó de piedra. Entonces un ruido proveniente de la sala de monitores reclamó su atención.

De pronto, la pantalla del Mac se encendió nuevamente y se oyó a un volumen ensordecedor un tema de rock en alemán. Marco se tapó las orejas mientras en la pantalla aparecían una tras otra las carpetas del sistema. Los archivos se desplazaban solos a la papelera y eran eliminados. —¡Cabrón! —gritó Marco mientras accionaba la silla hacia la mesa de trabajo.

No tardó en comprender que estaba en jaque. El ratón no respondía y tampoco el teclado.

Una ventana de Word se abrió de pronto. Marco leyó:

HAY ALGUIEN QUE ES MEJOR QUE TÚ.

«¡Lo está eliminando todo! ¡Maldito cabrón!». Marco pensó una fracción de segundo, luego se inclinó hacia el tomacorriente al que estaban conectadas los tres ordenadores y arrancó el enchufe del Mac. Acto seguido apagó el PC portátil, de momento único ordenador disponible. «Becker piensa que soy peligroso —reflexionó mientras conducía la silla de ruedas hacia el baño—. O es un mitómano o sabe de veras algo y el asunto es más gordo de lo esperado». —Tengo que descubrirlo —masculló.

En ese instante, el PC portátil se reinició solo.

En ese mismo momento, en Melbourne, Alex había salido del locutorio, aún empapado de la cabeza a los pies, y había cogido una calle paralela a Esplanade. En cada cruce conseguía vislumbrar el océano más allá de la hilera de palmeras, mientras su fiel lector MP3 lo distraía con una *playlist* de temas que había seguido a la de los Tesla. Entornó los párpados para tratar de ver más allá de una veintena de metros. A lo lejos brillaba el letrero luminoso de un McDonald's. Se dirigió hacia allí. Por la calle no había un alma. El temporal había hecho regresar a todos a casa. Solo algún coche pasaba de vez en cuando levantando el agua de los charcos.

Alex entró en el *fast food* y se aproximó a la caja. Un punki larguirucho, con pantalones negros ajustados, botas, un collar con puntas metálicas y el pelo en cresta, pagó y se llevó su bandeja, dejándole el sitio. Alex echó un vistazo al menú, pidió una hamburguesa con beicon y un refresco, siempre con los auriculares puestos. Luego se sentó a una mesa. El local estaba casi vacío. Además del punki, había un cincuentón que tomaba una copa de helado, con un viejo labrador echado a su lado, y una pareja de treintañeros que se miraban a los ojos y se daban de comer patatas fritas, con una sonrisa de enamorados en el rostro.

Alex sacó de la mochila el libro de Klavan, pero en realidad no tenía ganas de leer. Del bolsillo de la chaqueta cogió el MP3 y lo puso junto a la bandeja. Ahora el visor reproducía «*Wildhearts* — *I Wanna Go Where the People Go*».

Dio un bocado a la hamburguesa mientras el punki pasaba por delante de él hacia la salida. Observó su camiseta. Tenía la leyenda ORION'S BELT en caracteres góticos encima de un símbolo tribal y puntitos luminosos que formaban una constelación. Tres de estos eran particularmente grandes y cercanos entre sí.

«Será la camiseta de una banda musical», pensó Alex. Pero aquella inscripción acababa de desbloquearle un recuerdo, inesperado como un *déjà vu* y nítido como si hubiera ocurrido el día anterior. Cerró los ojos mientras la escena volvía a su mente.

—Mi padre me cuenta siempre muchas historias sobre las estrellas.

—¿Qué son las historias sobre las estrellas?

—Ayer me contó la de un héroe. Era el más guapo de todos los hombres. Y en el cielo su constelación es la más resplandeciente.

—¿Cómo se llamaba?

—Orión.

De repente, Alex abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Claro! —exclamó dando un repentino puñetazo sobre la mesa. La cajera lo miró con ceño. El labrador del anciano levantó la cabeza de golpe y ladró.

*Orion's belt!* ¡El cinturón de Orión! Se llamaban así aquellas tres estrellas cercanas que acababa de ver en la camiseta del punki.

Alex sacó un boli del bolsillo de la mochila y escribió detrás del envase de cartón de la hamburguesa: «¿Te acuerdas, Alex? Para viajar mirábamos el cinturón».

Siguió releendo la frase mientras tomaba conciencia de lo que le esperaba.

Se levantó de un brinco, recogió la mochila y salió del McDonald's.

Fuera aún arreciaba la tormenta, los charcos en la acera eran cada vez más grandes y las débiles luces de los letreros de las tiendas se difuminaban mientras Alex caminaba veloz con la mirada fija al frente. La calle que conducía al hotel no tenía pórticos o aleros bajo los cuales guarecerse, pero a él no le importaba.

Su expresión era radiante.

«He examinado tus ordenadores y he comprobado que eres un tipo demasiado curioso. ¿Qué quieres de mí, chaval?».

Era la voz del lector automático que usaba en el PC. Se volvió hacia el portátil y vio una ventana del programa abierta en el centro de la pantalla. Se acercó con la silla de ruedas e intentó desplazar el ratón. No respondió.

El timbre femenino que Marco había elegido para aquel software era cordial pero monocorde, a pesar del apreciable esfuerzo por parte de los programadores de imitar inflexiones y cadencias en incisos y frases interrogativas.

«Es inútil que uses el ratón y el teclado. Están bajo mi control. Me he permitido activar tu webcam integrada, si no te molesta. Te veo. Y te oigo».

Una pausa, acompañada por un rumor de fondo. Un chisporroteo similar al ruido de un vinilo cuando la aguja se apoya en el surco del disco.

«¿Qué quieres de mí?», continuó.

Marco se quedó atónito. ¿Era Becker? Aquella voz femenina robótica traducía en palabras lo que el profesor tecleaba quién sabe dónde.

—Yo... —empezó, temeroso, sin entender si tenía sentido mirar o no al objetivo—. Bueno, solo busco información sobre el Multiverso.

Silencio.

«No hables de cosas que no conoces, chaval».

—Hablar de ello es el único modo de entender algo.

«Pero debes estar seguro de que lo haces con personas apropiadas».

Marco sacudió la cabeza. Advertía la dificultad de aquel diálogo tan absurdo. El hombre lo veía, acaso a toda pantalla, mientras él solo podía oír aquella anónima traducción vocal.

—Usted ha escrito ese libro, quizá me pueda ayudar... Creo que mi amigo Alex se encuentra en el Multiverso.

—¡Qué tonterías dices! Todos estamos en el Multiverso.

—Sí, perdone, lo sé, es que él, Alex, se comunica con una muchacha de otra dimensión... se hablan. Pero no viven en la misma realidad. No me tome por loco, se lo ruego.

Una pausa solo rota por el zumbido del monitor. Marco enarcó las cejas, a la espera de una respuesta.

«Memoria», dijo la voz monocorde.

—¿Cómo?

«Memoria, es así como la llamamos. Deben encontrar Memoria».

—Perdone, pero no ent...

«Si tus amigos pueden de veras *viajar*, la encontrarán. Es la vía».

—¿La vía para qué?

«Memoria es el único camino para la salvación. Lo que ya ha ocurrido está a punto de ocurrir otra vez».

—¡No entiendo! ¿Quiere explicármelo, por favor?

La comunicación sufría interferencias. Un zumbido cada vez más fuerte distorsionaba las palabras del hombre.

«Dile a tu amigo que encuentre Memoria. Si es verdad lo que aseguras, él y la muchacha podrán hacerlo. Cuando haya cruzado los confines de las dimensiones, descubrirá el poder que pertenece desde siempre solo a quienes han vivido esa experiencia. Pueden salvarse, pero la muerte los alcanzará igualmente. No tengo nada más que decirte».

—¿De qué está hablando? ¡Explíquese!

Silencio.

La ventana se cerró y el zumbido de fondo se desvaneció.

Marco se quitó las gafas, cogió un boli y escribió «Memoria» en un póst-it. Por último, apoyó los codos sobre la mesa y se llevó las manos a la cabeza mientras las últimas palabras de Becker resonaban en su mente.

«Pueden salvarse, pero la muerte los alcanzará igualmente».



CUANDO Alex llegó al hotel, ya tenía la ropa pesada y pegajosa. El recepcionista torció el gesto cuando miró cómo dejaba las huellas de los zapatos mojados en las alfombras rojas de la entrada.

Subió al ascensor y empezó a toser. El espejo le devolvió la imagen de su rostro morado.

«Enfermaré, joder».

Entró en su habitación. Dejó caer la mochila junto a la cama, se quitó los vaqueros y la camiseta empapados y los tiró al suelo, quedándose en calzoncillos. Luego sacó el móvil de la mochila y trató de encenderlo. No había nada que hacer, ni siquiera el cargador logró que arrancara. No era un problema de batería. El agua había penetrado en los circuitos. Alex palpó con la mano el interior del bolsillo de la mochila y constató que estaba empapado.

—¡Mierda! —exclamó mientras se dirigía al teléfono fijo sobre la mesilla—. Esto me costará caro, paciencia... —murmuró mientras levantaba el auricular y pulsaba 0. Había línea. Ahora solo quedaba acordarse del número de Marco.

«Marco me enseñó un truquito para recordar de memoria su número. Veamos... El prefijo de Italia es 348... y luego... ¡ah, sí! El año de la victoria en el Mundial de España al revés: 2-8-9-1. ¿Y después?».

Alex miró alrededor. El mobiliario refinado y elegante del hotel distaba mucho de sus gustos. Una *Virgen con niño* descollaba en el centro de la pared, sobre el televisor de pantalla plana. Las cortinas eran blancas, bordadas. La manta de la cama, beige, estaba adornada con escenas de caza estilizadas, semejantes a algunas pinturas rupestres que había visto en un aburrido documental proyectado en el anfiteatro del instituto.

«¡Eso es! ¡El número de la policía norteamericana: 911! ¡Vamos allá!».

Marcó el número y permaneció a la espera, con la mirada clavada en el menú para los pedidos en la habitación, nada económicos.

—¿Sí? —atendió Marco con un tono de desconfianza.

—¡Soy yo! ¡Alex! ¡Gracias a Dios que te encuentro!

—¡Alex! ¿Dónde creías que iba a estar? Dime, ¿cómo va todo? ¿Dónde estás? ¡No te imaginas lo que me ha ocurrido!

—Estoy en un hotel. Mi móvil se ha jodido. Así que de ahora en adelante no estaré localizable. Escucha: he desentrañado la frase de Jenny, sé qué es el cinturón... Pero ¿qué ha sucedido?

—Esto es un follón de padre y señor mío. Creo que estás en peligro, pero no sé mucho más.

—¿A qué te refieres?

—Escúchame. He hablado con una persona, una persona que tiene respuestas para nosotros.

—¿Respuestas para qué preguntas?

—Escúchame, me temo que el asunto es chungo. Esta persona me ha dicho que debes encontrar algo llamado Memoria antes de que sea demasiado tarde. No me preguntes qué es, no tengo ni idea. Quizá sea un lugar. Ha dicho que lo encontrarás, ha dado a entender que es un sitio accesible a los que son como Jenny y tú.

Marco contó cómo había entrado en contacto con Thomas Becker y las explicaciones que este le había proporcionado. Al parecer, el viaje entre las dimensiones generaba un poder especial, un poder reservado solo a quienes estaban en condiciones de acometer esa experiencia.

—¿Qué ridiculez es esa? ¿Por qué deberíamos encontrar una vía de salvación, y de qué? ¿Te ha dicho algo más? —preguntó Alex, desconcertado.

Marco vaciló un instante antes de responder. Becker le había dicho que morirían: «Pueden salvarse, pero la muerte los alcanzará igualmente». Marco no quería revelarles eso a su amigo. O

quizá no estaba dispuesto a creerlo.

—No me ha dicho nada más... pero cuéntame qué has descubierto.

—Se trata del cinturón de Orión, esas tres estrellas cercanas que se ven a simple vista... Creo que quería decir que debo esperar a la noche. Y a que el cielo esté sereno. Ahora está dejando de llover. Quizá mañana... Claro que no tengo ni idea de qué deberé hacer.

—«Nuestra mente es la clave», dijo la niña en tu visión. Quizá debas encontrar la concentración para... «viajar», ¿no?

—Es probable. Por tanto, el viaje...

—¡... te conducirá a ella!

—Pero ¿por qué me preguntó si me acordaba? ¿Qué debo recordar?

—Pues Jenny y tú estáis ligados desde hace mucho, muchísimo tiempo, así que...

Alex se despidió de su amigo y se volvió sobre la mullida manta. Semidesnudo, con los músculos doloridos y el cuello adormecido, alargó un brazo para apagar la luz. Cerró los ojos, abandonándose a la oscuridad.

Sin embargo, no consiguió descansar.

Una imagen le volvía una y otra vez a la mente: el colgante de Jenny. El Triskell. Su colgante mágico.

Apretó los párpados como esforzándose, con el símbolo celta bien nítido en la mente.

—¡Escúchame, te lo ruego! —pensó intensamente, y lo repitió varias veces.

Jenny estaba sentada en el escritorio, con el libro de ciencias abierto delante y el lápiz entre los labios. La voz de Alex le llegó con la furia de un tren, la embistió de lleno y le hizo dilatar las pupilas. Se sujetó al borde de la mesa con ambas manos.

—¡Otra vez no! ¡Basta! Déjame en paz, te conjuro. ¡No existes!

—¡Sí existo, Jenny!

—¡No! Vete, ya no quiero hacerme ilusiones. No estoy enferma.

—¡Ninguno de los dos lo está! Escúchame, escúchame esta vez. He visto tu colgante. No sé si aún lo llevas... pero ¡lo he visto! Es un Triskell, un símbolo celta.

Jenny se quedó aturdida. Delante de ella, la pantalla del ordenador apagado parecía un espejo oscuro que le devolvía su imagen alterada. En el cuello, como siempre, la cadenita de la que pendía el colgante. Su amuleto de la suerte.

—¿Cómo lo sabes?

—Deja de creer que estás loca. No es así. Te pido que confíes en mí, y que hagas una búsqueda. Yo me llamo Alessandro Loria y vivo en Milán, Italia. Debo de estar, en alguna parte de tu mundo. Búscame, Jenny...

La voz de Alex se debilitó. Sus últimas palabras se perdieron en un eco lejano.

Jenny siguió pensando una pregunta, sin saber si Alex la había oído o no.

—¿Qué quieres decir con «en alguna parte de tu mundo»?

Se levantó, salió de la habitación y se apresuró hacia el baño. Cuando estuvo frente al espejo, apoyó las manos sobre el borde del lavabo y se miró intensamente.

—¡No estoy loca! —se gritó a sí misma.

Luego volvió al cuarto y encendió el MacBook. Comenzó a buscar el nombre de Alex en internet. «Es italiano, como mi madre», pensaba mientras clicaba con frenesí. Encontró decenas de contactos en Facebook, algunas respuestas en blogs deportivos, varios enlaces que no se abrían. La mayoría de las imágenes no se correspondía en absoluto con las visiones que había tenido en el pasado, durante los desvanecimientos. Otros avatares representaban a futbolistas, personajes del cine o los tebeos. Las correspondencias en los blogs no estaban conectadas a ninguna cuenta de correo electrónico.

Después de una hora y media de vanos intentos, la mirada de la muchacha se encendió de repente. Entre los distintos enlaces en la decimoquinta página de la búsqueda de Google, uno conducía al sitio de un equipo juvenil de baloncesto. Jenny lo abrió. El corazón empezó a latirle

con fuerza: en el grupo de jugadores, una de las fichas ponía «Alex Loria, quinta de 1998». También había una foto de baja resolución del muchacho con atuendo de entrenamiento y aquel mechón rubio que Jenny, en algunos confusos momentos durante los primeros ataques, había logrado identificar.

—Jolín, este parece de veras él...

Su mirada estaba como hipnotizada por aquella imagen. La edad y el aspecto correspondían. Jenny clicó sobre el recuadro «Contáctanos» y cogió el teléfono, nerviosa y agitada. Acto seguido marcó el número de la sede del club.

—Polideportivo Senna, buenos días... —Una voz graznante salió de sopetón del auricular.

—Buenos días, señora... —empezó Jenny con su italiano de fuerte acento extranjero—. Necesitaría una información.

—Dígame.

—Buscaba el número o la dirección de un muchacho que juega en vuestro equipo de baloncesto. Alex Loria.

—¿Alex Loria? ¿El capitán? Lo siento, no podemos dar ningún dato personal por teléfono.

Jenny arrugó el entrecejo.

—¿Puede decirme al menos en qué ciudad vive?

—Chica, el código que has marcado es el cero dos. Los jugadores son todos de Milán, aparte de alguno que vive en los alrededores. ¿Algo más?

Jenny cerró los ojos, segura de que aquella información era suficiente.

—Muchas gracias —dijo antes de colgar.

No había necesidad de mayores indagaciones. Alex era el capitán de un equipo de baloncesto que formaba parte de un polideportivo milanés. Tenía su misma edad. Los datos que le había proporcionado coincidían perfectamente. No estaba loca, no sufría trastornos psíquicos, no se lo había inventado todo.

Alex existía. Y a ella le correspondía encontrarlo.

**D**ESPUÉS de la conversación con Jenny, Alex se metió bajo la ducha. Mientras el agua

caliente caía finalmente sobre su cuerpo delgado y atlético, el pensamiento fue a su yo paralelo hacia el cual había empujado a Jenny.

«¿Cómo será su vida? —se preguntó mientras se vertía champú en la palma de la mano—. ¿Será muy distinta de la mía? ¿Será capitán del equipo? ¿Habrá ganado el título de atleta del año en la última temporada?».

Mientras la fantasía de Alex se perdía en imaginar el mundo alternativo de la muchacha, en su realidad Jenny ya estaba en un taxi en dirección al aeropuerto. Sin perder un instante había echado algunos vestidos en la bolsa de natación, se había apoderado de la tarjeta de crédito de su madre, había hecho una rápida búsqueda en internet y había reservado un vuelo en una línea aérea australiana que la conduciría hasta su alma gemela.

Era una locura. Debía hacerla de inmediato, o nunca volvería a reunir el valor necesario. Solo después de hecha tomaría conciencia del alcance de aquella decisión intempestiva.

«Existe, existe, existe...», continuaba repitiéndose mientras el taxi recorría las calles de Melbourne.

Llegó al aeropuerto mucho antes del horario de embarque. Pasó todo el tiempo paseando nerviosamente por el Tullamarine Airport. Era la primera vez que tomaba un vuelo sola. El tiempo parecía no avanzar. El rostro de Alex seguía presente en sus pensamientos.

Cuando llegó el momento del embarque, Jenny respiró hondo y se puso en la fila entre los primeros pasajeros.

El avión estaba repleto. Su asiento estaba a la altura del ala, cerca de la ventanilla.

Mientras se ponía el cinturón antes de despegar, sacó del respaldo de delante la revista de la compañía aérea. Se mordisqueó las uñas y se dio cuenta de que estaba temblando. Necesitaba distraerse.

«¿Qué estoy haciendo?», pensó mientras observaba la cubierta del magazine: representaba una vista de Barcelona desde el parque del Montjuïc. «Barcelona...», pensó, y una dulce sonrisa se dibujó en sus labios. Seis meses antes había ido con su clase de excursión a España. Su primer viaje a Europa. Habían sido diez días inolvidables.

Una serie de flashes se sucedieron en su mente: las extrañas formas de la arquitectura de Gaudí, que recordaba la sinuosidad de las olas del mar; la visita al Pueblo Español, una aldea con construcciones típicas de las principales ciudades españolas, donde había comprado un brazalete de cuero que aún llevaba en la muñeca; las carreras por la orilla del mar, cuando los profesores los habían dejado libres durante una tarde; las tres paradas de metro desde el Paseo de Gracia, donde se encontraba el hotel, hasta la Barceloneta; y el Hard Rock Café de Plaza Cataluña, donde la clase había tomado posesión de varias mesas y montado *tal jaleo*, así decía la profe de Matemáticas en español, que habían hecho enloquecer a los camareros.

El funcionario del Cuerpo Forestal norteamericano que iba sentado al lado de Jenny la miró con curiosidad mientras ella sonreía con los ojos cerrados. Recordó también la tarde en que un compañero de clase, Marty, surfista y jugador de hockey sobre hielo, lo había intentado con ella. Sentado junto a Jenny en la terraza del hotel, se había acercado más de lo habitual y había empezado a hacerle cumplidos. Luego había tratado de besarla en el cuello. Ella se había apartado y lo había rechazado. Marty era guapo. Moreno, de ojos verdes, un físico esculpido y cierta habilidad para seducir a sus compañeras. Pero quizás el problema era que Jenny, en lo más profundo de su corazón, siempre había tenido sitio solo para aquella voz lejana, aquel muchacho misterioso que vivía en su cabeza.

«Si no hubiera ido de excursión a Europa, nunca habría tenido el pasaporte válido para emprender este viaje», se alegró mientras las azafatas mostraban los protocolos de emergencia.

Después de veinte largos minutos tras el embarque, el avión despegó finalmente de suelo australiano.

«Lo estoy haciendo de verdad —pensó Jenny. Más allá de la ventanilla, las casas y calles se hacían cada vez más pequeñas—. Estoy yendo a Italia. Qué locura».

Poco después del despegue dejó la revista en su sitio, apoyó la cabeza en la ventanilla y trató de adormilarse.

Cuando volvió a abrir los ojos, a duras penas consiguió enfocar la vista. Las luces le molestaban. No sabía cuánto tiempo había pasado. Pero el problema era otro: en cuanto encuadró su entorno, Jenny se sobresaltó.

No se encontraba en un avión.

Delante de ella apareció el mueble de madera antiguo que contenía las fotos de familia. Estaba su madre, Clara, de pequeña. Estaban Roger y ella, el día de su primer certamen de natación.

Sobre la derecha, un cuadro que recordaba perfectamente: una barca de vela que resistía las olas de una tempestad.

—Aún lo llevas... —decía la voz de su abuela Linda, frágil y delicada.

—¿Yo... qué? ¿Estoy soñando? —Jenny se agitó.

—El Triskell, Jenny —intervino el abuelo—. Siempre llevas el Triskell al cuello.

—No, espera... Tú le regalaste el colgante a la abuela, ella me lo dio a mí cuando... Pero esto no tiene sentido.

—Mi niña, ¿qué no tiene sentido? —preguntó Linda.

Jenny miró alrededor, confusa.

«Ese aparador...», pensó observando de nuevo el mueble antiguo. Lo conocía perfectamente. Había terminado en su casa, en el primer piso, donde dormían sus padres. Como otros objetos de la casa de campo, habían sido trasladados a la casa de Blyth Street cuando también la abuela había faltado, al año siguiente de la muerte del abuelo.

Pero en aquel momento estaban ambos frente a ella, con sendas tazas de té en la mano.

—No me siento bien... Creo que sufro una laguna de memoria —mintió Jenny—. ¿Qué hacéis aquí?

—¿Qué te pasa, princesa?

La voz de su abuelo era aquella dulce y pastosa que le había contado centenares de fábulas cuando ella era pequeña.

Jenny no pudo contenerse y prorrumpió en lágrimas. Se levantó del sillón para arrojarse en brazos de sus abuelos.

—Os echo tanto en falta...

—Cariño, pero si estamos aquí. ¡Puedes venir a vernos cuando quieras!

—Pero vosotros... ¡estáis muertos!

Linda la miró con perplejidad. Jenny parecía realmente trastornada...

El abuelo bajó la mirada, titubeante.

—Perdonad, debo salir un momento. —La muchacha se levantó de repente y se encaminó a la puerta de la calle.

Cerró la pesada puerta de madera a sus espaldas. Dio unos pasos tímidos por la hierba que rodeaba la casa. La fragancia de la tierra mojada por la lluvia era embriagadora. Pocos metros más y se detuvo ante un árbol en el cual, en su realidad, a la muerte de los abuelos, había grabado «Hay dos estrellas nuevas en el cielo».

—No está —musitó para sí con un nudo en la garganta—. Mi dedicatoria ha desaparecido.

Con los ojos cerrados y cogiendo el Triskell con ambas manos, la muchacha empezó a temblar.

Luego, en un instante el torbellino se la llevó. Fue catapultada de nuevo en aquel remolino de emociones e imágenes, como arrancada de una realidad para despertarse en otra.

—Señorita, ¿té o café? —La azafata la miró sosteniendo una bandeja entre las manos—. ¿Le apetece té o café? —repitió, luciendo el uniforme azul de la compañía.

—Nada, gracias —susurró Jenny, aturdida. Estaba de nuevo en el avión, en viaje hacia Alex.

**M**ARCO estaba calentando pan en el microondas y reflexionaba sobre las palabras de

Alex. Imaginaba a su amigo tumbado en la playa, boca arriba y los ojos fijos en el cinturón de Orión.

El rumor procedía de la sala y llamó su atención, haciéndole abrir los ojos. Un zumbido de fondo, continuo y fastidioso, como la señal de una línea perturbada por interferencias.

Marco condujo la silla de ruedas hacia la sala.

—¿Qué demonios...? —exclamó en cuanto vio una imagen a toda pantalla en el portátil.

La transmisión estaba distorsionada por líneas horizontales blancas y negras que pasaban de arriba abajo. El encuadre estaba fijo en un sillón de piel negra. Más allá, una tabla de madera sostenida por dos caballetes y llena de papeles y libros.

Un viejo apareció en escena y fue a sentarse. La débil luz de la habitación se reflejó sobre su nuca calva mientras se abotonaba un jersey hasta el cuello.

Mirando a cámara, comenzó a hablar.

«El Multiverso está a punto de ser destruido».

«¡Es él!», pensó Marco sobresaltado.

«Memoria existe».

Becker hizo una pausa, mirando alrededor. La transmisión empeoraba. La imagen aparecía a saltos y se oscurecía.

«En el momento en que se anulen las conciencias, Memoria será la única y última alternativa».

«Pero ¿qué significa?», se preguntó Marco.

«El día final está cerca».

Un escalofrío recorrió al muchacho mientras la pantalla volvía a ponerse negra. El breve y lapidario mensaje de Becker había terminado. La ventana del lector multimedia se cerró y dejó sitio al fondo de escritorio, una foto de la bandera americana plantada sobre el suelo lunar.

—El día final... —repitió Marco sin inflexiones, la mirada abstraída.

Luego movió el ratón y volvió a abrir el programa, buscando en la cronología el archivo recién reproducido.

No había ni rastro del vídeo.

Una rápida mirada al cuaderno de notas junto al teclado del Mac le devolvió a la mente aquel nombre: «Memoria». Cogió el bolígrafo y escribió: «En el momento en que se anulen las conciencias, Memoria será la única y última alternativa».

Marco se quitó las gafas, las apoyó sobre la mesa y levantó la mirada hacia el techo, espantado y confuso. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba mucho más ansioso por el destino de su amigo que por la revelación apocalíptica del hombre.

«¿Cómo demonios puedo hacer para advertirle?», pensó antes de accionar la silla hacia la cocina. El pan se había carbonizado. Marco renunció al tentempié y arrojó las rebanadas en la bolsa de la basura. Luego apagó la luz y condujo la silla hacia el dormitorio.

«El día final...», las palabras de Becker continuaron resonando en su cabeza mientras hacía fuerza con los brazos para levantarse y arrastrarse hasta la cama. Se sentía cansado, flojo y asustado. La de Thomas Becker sonaba como una verdadera profecía.

Sentado con las piernas cruzadas en la playa de Altona, Alex estaba ensimismado. Estaba oscureciendo, el sol era un gran disco anaranjado en la línea del horizonte. El mar estaba en calma, el cielo límpido. «Esta noche veré otra vez el cinturón de Orión», pensó.

En el mismo momento Jenny tenía la cabeza apoyada contra la ventanilla del avión y de vez en cuando lanzaba un vistazo hacia la pantalla de vídeo. Daban *El show de Truman*, pero la

conocía de memoria. Tenía sueño. Continuaba bostezando, pero no conseguía dormirse. Le dolían las piernas y no veía la hora de aterrizar.

Marco, en cambio, acababa de despertar. Un par de horas de sueño era lo máximo que lograba concederse. Cuando volvió a la silla, el primer pensamiento fue al videomensaje de Becker. Era preciso advertir a Alex. Pero ¿cómo?

Entró en la sala con el mando a distancia verde en la mano. Apretó un botón y las ventanas empezaron a subir. El cielo estaba gris, la típica jornada invernal milanesa. Acercó la silla a los ordenadores y apretó la tecla de encendido de cada uno.

Cuando los sistemas se iniciaron, notó que el indicador del *wifi* daba cero marcas sobre cuatro de recepción de la señal.

«¿Qué sucede?». Se desplazó con la silla al lado opuesto de la mesa, donde estaba el nudo gordiano telefónico. Se inclinó hacia delante para echar un vistazo. Los pilotos de la señal *wifi* estaban apagados.

Bufando, sacó el móvil del bolsillo de la sudadera y marcó el número verde de la asistencia. Una voz automática le respondió: «En este momento todos nuestros técnicos están ocupados. Por favor, inténtelo de nuevo más tarde».

—¡Joder! —exclamó Marco y apretó con fuerza el *stop* rojo del móvil.

Una ráfaga de viento cálido envolvió a Alex. Permanecía sentado con las piernas cruzadas en la playa de Altona desde hacía dos días.

Un aislamiento interrumpido por poquísimas pausas. El día anterior se había hecho preparar unos bocadillos en un bar, había comprado varias botellas de agua y llenado su mochila para no tener que moverse de la playa. Necesitaba anular todo estímulo externo, sumirse en un estado contemplativo que, según él, le daría la solución al problema. Estaba decidido, pues, a dedicarle todo el tiempo necesario, aunque no era en absoluto fácil y, además, tampoco tenía muy claro qué debía hacer y cuál era su objetivo real. Pero una nueva seguridad parecía guiar sus acciones: la idea de que cualquier acontecimiento, cualquier gesto suyo, no era casual.

Cuando también la luna comenzó a surgir sobre el mar dejando una estela de luz sobre el agua que llegaba hasta él, Alex empezó a escrutar el cielo con más atención.

En el manto negro que dominaba el océano, la constelación que esperaba ver empezó a brillar. Con una forma similar a una clepsidra, Orión comenzó a resplandecer en el firmamento. El cinturón constituido por las tres estrellas cercanas estaba delante de él.

Mientras Jenny aterrizaba en el aeropuerto de Malpensa, el muchacho finalmente consiguió encontrar la clave. El torbellino arrastró su pensamiento lejos de aquella visión. Desprendió con violencia la mente del cuerpo, que cayó hacia atrás en la arena. Fue como un viaje a través de una rapidísima secuencia de rostros y paisajes. Sintió retumbar un coro de gritos, lamentos, llantos y risas... y tuvo la sensación de precipitarse como un bólido dentro de un túnel hasta que todo desapareció. El estruendo terminó de golpe. El silencio lo envolvió.

En torno a él, todo estaba negro.

«¿Dónde estoy?».

Transcurrieron unos minutos. Ninguna percepción de la realidad circundante.

De pronto, un resplandor caliente, cada vez más cercano e insoportable. Le parecía hacer todo el esfuerzo posible para enfocar lo que tenía enfrente, pero ningún color, ninguna forma, nada de nada era nítido a los ojos de su mente. En realidad, aún no estaba mirando.

Su primera percepción real fue el lejano tañido de una campana. Repiques, uno tras otro. Su mente empezaba a habituarse a la sensación de calor, mientras los primeros rumores del exterior comenzaban a sucederse.

Alex abrió desorbitadamente los ojos. Una luz cegadora le impidió ver dónde se encontraba. Trató de enfocar, pero las sensaciones corporales llegaron todas juntas. Alex empezó a sentir las articulaciones y el movimiento de los brazos mientras el ambiente tomaba forma a su



alrededor. Ante sus ojos comenzaron a hacerse nítidos unos azulejos blancos. También el olfato percibía los primeros olores y el oído captaba voces a lo lejos.

Una de estas se hizo cada vez más cercana.

—¿Te mueves o no? —le dijo.

Consciente de que desplazaba la cabeza hacia su izquierda, Alex se volvió y vio a un muchacho pelirrojo, en chándal. Lo miraba con aire interrogativo.

—Tenemos Filosofía. ¿Quieres mover el culo?

Alex abrió los ojos y echó un vistazo alrededor. «¡Estoy en un vestuario!». Acto seguido se levantó y siguió a su compañero.

A medida que avanzaba por los pasillos de la escuela, su mente recibía una miríada de informaciones, como si hubiera despertado después de un coma o recuperado la memoria tras un grave accidente.

Recorrió el trayecto hasta su aula. Le parecía conocer aquellos pasillos de toda la vida. Con la misma desenvoltura se sentó en el pupitre al fondo de la clase. Lo hacía todo con naturalidad y, al mismo tiempo, con asombro.

Mientras la profesora cerraba la puerta y saludaba a los muchachos, Alex bajó la mirada a su ropa. Llevaba un chándal gris, zapatillas de gimnasia y una camiseta negra con la inscripción PARENTAL ADVISORY.

Su mente le informó de que acababa de terminar la hora de gimnasia. Habían jugado un partido de voleibol en el gimnasio. El equipo de Alex había perdido, pero él recordaba perfectamente un par de taponos con que había evitado sendos mates de un compañero de clase llamado Stefano, que no le caía demasiado simpático.

Su mirada fue precisamente hacia ese rival, mientras la profesora de Filosofía pedía a una compañera que leyese un pasaje del libro de texto. Stefano se volvió para devolverle una mirada desafiante.

«¡Me acuerdo de este chico! Nos dimos de puñetazos en el pasillo, tuvo que intervenir el bedel para separarnos...».

Alex mantuvo los ojos clavados en los del muchacho mientras su memoria repescaba elementos de un mundo aparentemente desconocido. Intentó explorar en busca de otros detalles de una vida que evidentemente le correspondía solo en parte.

No había ni rastro de Marco.

Quizá no había tomado parte en el torneo de videojuegos y no se habían conocido. O acaso no había habido ningún torneo. En cambio, sus padres estaban presentes en los recuerdos y parecían llevar una existencia bastante similar. Él vivía en Viale Lombardia, practicaba los mismos deportes —baloncesto y tenis— y con un rápido examen de sus gustos musicales se dio cuenta de que no había demasiada diferencia entre la vida de su *alter ego* y la suya.

Aparte de Marco, pues, muchos aspectos de aquella dimensión paralela eran del todo similares a la de partida, si no idénticos. Pero había una diferencia fundamental, Alex lo sabía bien: si el viaje lo había llevado al sitio justo, en aquella realidad Jenny estaba sana y salva.

Por su parte, mientras Alex se familiarizaba con su mundo alternativo, Jenny pasaba por el control de aduanas del aeropuerto de Malpensa.

— **A**LEX...

La voz le penetró en la cabeza de repente, mientras el reloj colgado en la pared del aula marcaba la una menos cuatro minutos. La última hora de clase casi había terminado. La voz de Jenny le resultó tan clara y nítida, tan cercana...

—Te siento. Existo, Jenny. ¡Estoy aquí!

—Estoy temblando...

—¿Dónde estás?

—En Milán. Acabo de salir del aeropuerto, he cogido un tren que me llevará al centro de la ciudad.

—Bien. Llegarás a la parada de Cadorna. Baja allí y te estaré esperando. Dentro de unos minutos saldré de la escuela e iré a buscarte.

—¿Nos reconoceremos?

—Estoy seguro.

Mientras se comunicaba con el pensamiento, Alex continuaba mirando el reloj. La profesora lo miraba cada tanto, frunciendo el entrecejo. Pero el Alex de aquella dimensión tenía un promedio de ocho en Filosofía. Se le podía conceder incluso una clase despistado.

«Estará enamorado», pensó la profesora, no tan alejada de la realidad.

Una vez fuera del edificio, Alex echó a correr hasta la parada del metro de Loreto. Subió al primer tren de la línea verde. En el vagón, los pensamientos se le amontonaron de manera confusa. Estaba a punto de encontrar a la muchacha que había vivido en sus pensamientos desde que tenía memoria.

Entonces ocurrió algo singular. Un muchacho de pelo rizado que llevaba un libro de Isaac Asimov e iba apoyado contra las puertas, levantó los ojos y dirigió una mirada torva a Alex sin motivo aparente. «También en este mundo las costumbres son las mismas, la gente se mira mal sin razón», pensó él, y repentinamente se imaginó que el libro caía de las manos del joven. Un par de segundos después, el muchacho dejó caer la novela al suelo. Sacudió la cabeza, asombrado de su despiste, se inclinó para recogerla y, enarcando las cejas, continuó con su lectura.

Tras bajar del tren en Cadorna, Alex cogió la escalera mecánica para subir al vestíbulo de la estación. Delante de él, dos muchachas iban hablando animadamente sobre un tema, bastante fútil: la elección del local para el sábado por la noche. Alex cerró los ojos e imaginó que las dos muchachas se abrazaban. Un instante después una abrazó a la otra súbitamente:

—¿Por qué has hecho eso? —se asombró esta.

La primera se encogió de hombros dándole a entender que no tenía idea de lo que había sucedido.

«¿Ha ocurrido de verdad o solamente lo he pensado?», se preguntó Alex. No conseguía comprender si lo que estaba ocurriendo en torno a él era real o, en cambio, algo reconstruido por su mente, como el recuerdo de algo que nunca ha ocurrido.

Cuando se encontró frente a los indicadores luminosos de Llegadas, el corazón se le aceleró. El tren procedente de Malpensa estaba previsto para las 13.30. Faltaban diez minutos.

Alex se dirigió hacia el andén; todo a su alrededor parecía muy similar a la realidad de la cual provenía. La estación estaba bastante abarrotada. Docenas y docenas de personas eran presa de los ritmos frenéticos de la metrópolis.

De pronto, un cincuentón, abriéndose paso entre el gentío, tropezó y empujó a Alex, pero prosiguió sin pedir disculpas. Pocos instantes después, el muchacho cerró los ojos y vio al

mismo hombre haciendo subir a una prostituta a su coche, para darle unos billetes y luego hacer que le desabrochara los pantalones. Se sacudió esa visión.

—¿Qué está sucediendo aquí? —exclamó mientras seguía al hombre con la mirada. Su mente le estaba jugando malas pasadas y ya no conseguía distinguir entre imaginación y realidad.

Un rápido vistazo al reloj de la estación le indicó que faltaban pocos minutos para la llegada del tren.

Sentada cerca de la ventanilla, Jenny miró el móvil, que por precaución había apagado, y pensó en su madre. Debía de estar preocupadísima. Recordó sus teorías a propósito del plano espiritual de la vida y los designios del destino, que no dejaban lugar a la casualidad. Según decía, había una razón superior detrás de cada encuentro, en especial detrás de aquellos que podían parecer simples golpes de suerte. Sin embargo, Jenny estaba segura de que las convicciones de su madre no le habrían servido para tranquilizarse cuando descubrió que su hija se había escapado a Italia.

Se volvió hacia los asientos de la izquierda y vio a una mujer dando una bofetada a un niño. Parecía furiosa.

—¡No te atrevas a llorar! —le chilló al pequeño.

Jenny cruzó su mirada con la del niño, que había vuelto la cabeza hacia la derecha.

—Mamá, ¿quién era esa mujer que estaba ayer con papá?

—¿De qué hablas?

—Cuando estabas en el trabajo papá me acompañó al campo de fútbol y luego se marchó con una mujer rubia. Los vi darse un beso. ¿Quién es?

—¿Qué dices? ¡No te inventes historias! Y ahora cállate, y termina la cena.

Jenny sacudió la cabeza y se restregó los ojos mientras un estremecimiento la paralizaba.

—¿Qué...? —balbuceó, pero se quedó bloqueada.

No había sido una fantasía o un pensamiento extraño. Acababa de ver, estaba segura. Como si aquel niño hubiera querido hacerle ver algo.

«¿Qué demonios me está sucediendo?».

La megafonía del tren anunció primero en italiano y luego en inglés la llegada a la estación de Cadorna.

La emoción que experimentaba iba en aumento. No era comparable a la sensación experimentada en el muelle de Altona, cuando aún las dudas le colapsaban la mente. Ahora estaba más cerca que nunca el encuentro que esperaba desde hacía cuatro años.

O que quizás había esperado siempre.

—**E**STOY aquí, Jenny —pensó Alex mientras el tren hacía su entrada en la estación.

—Estoy llegando... Tengo miedo de sentirme indispuesta, de no aguantar la emoción. ¿Puedes mirar a tu alrededor?

—Sí... Veo a la gente que baja del tren. Mi corazón está desbocado.

—También el mío. Acabo de bajar. Me encuentro a mitad del tren. ¡Ven a mi encuentro! Alex avanzó unos metros, titubeante. Luego apretó el paso mientras sus ojos examinaban uno a uno todos los rostros que iban poblando el andén. Jenny hizo lo mismo. Se esforzó por borrar cualquier pensamiento y se concentró en la búsqueda de aquel rostro. La foto del equipo de baloncesto estaba impresa en su mente. Lo habría reconocido entre un millón de personas.

La imaginación de Alex voló por unos instantes al cuerpo desnudo de Jenny, tal como lo había sorprendido en su primer viaje mental desde el otro lado del Multiverso. Era una visión maravillosa, pero intentó desecharla.

De pronto, Jenny vislumbró aquel mechón rubio de Alex entre la multitud. Era el suyo, lo había soñado y visto muchas veces.

Estaba allí.

Los ojos del muchacho se encontraron con los suyos por primera vez. Se reconocieron a una decena de metros de distancia. Permanecieron unos instantes inmóviles, mirándose, sintiendo las ansiedades, los miedos y las dudas que los habían atormentado durante cuatro años, la emoción y la alegría de vivir el epílogo de una búsqueda aparentemente infinita.

Echaron a correr el uno hacia la otra, como si en el andén estuvieran solo ellos, como si no existiera nada más por lo que valiera la pena vivir. Ninguno de los dos quería ver desvanecerse la imagen de la persona a la que había buscado desde siempre, la persona por la cual había dudado de su propia salud mental, la causa o el efecto de algo desconocido.

—¡Alex! —gritó Jenny mientras estallaba en lágrimas y se arrojaba en brazos del muchacho. Un temblor la recorrió por entero en el momento del contacto entre ambos cuerpos.

—Jenny... —susurró Alex.

La apretó contra sí, las palabras se le atascaron en la garganta por la emoción. Sintió una especie de sacudida. Una llamarada de calor lo envolvió al acariciar el pelo de ella, lacio y suave, mientras la cabeza de Jenny se apoyaba en su hombro.

A continuación, todo pareció detenerse en torno a ellos.

El vaivén frenético de la estación se interrumpió repentinamente como si toda la gente hubiera olvidado su destino. Una muchacha dejó caer el bolso en el suelo y los miró como presa de un hechizo. Su abrazo parecía liberar una energía indefinible que envolvía a todas las personas que se encontraban en el andén. Una niña se acercó sonriente y tiró de la chaqueta de Alex.

—¿Quién eres? —le preguntó antes de que su madre alcanzara a reprenderla.

Nadie sabía qué estaba sucediendo, pero para todos estaba claro que algo había alterado el normal equilibrio de la realidad, justo en aquel lugar y momento.

Al estrecharse, Alex y Jenny liberaron una luz deslumbrante que se reflejó en el Triskell e irradió, iluminando y haciendo vibrar la realidad circundante. Abrazados en el núcleo de aquel estallido de luz, ambos jóvenes solo pudieron sentir la vibración que emanaban y que contagiaba a todos los presentes en el andén.

Muchos se llevaron las manos a la cara, como para protegerse los ojos. Otros permanecieron inmóviles, los ojos cerrados y los dientes apretados con cara de estupor. Todos olvidaron en un instante adonde se dirigían, por qué motivo se encontraban allí.

Alex y Jenny habían cruzado las fronteras espaciotemporales y estaban finalmente juntos. Parecía un punto de llegada, pero era solo el principio.

—Dime que te funciona internet, por favor.

La voz de Marco traslucía preocupación. Estaba sentado en la silla de ruedas, con una lata de Coca-Cola en la mano, el móvil en la mesa de trabajo y el auricular *bluetooth* en el oído derecho. En el visor del móvil aparecía el nombre de su interlocutor: Ricky Horses. Dos años mayor que él, era también un *hacker* experto con el cual Marco había compartido gran parte de su experiencia informática. Se fiaban el uno del otro, desde los tiempos en que habían conseguido introducirse juntos en la red de datos de un importante administrador de telefonía móvil. Entre ellos tenían una especie de pacto tácito: yo no te hago jugarretas, tú no me las haces.

—No —respondió Ricky—. Desde esta mañana que lo intento. Y parece que no es un problema aislado.

—El número de la asistencia...

—... está colapsado, lo sé.

—Ricky, ¿por qué dices que no es un problema aislado?

—He estado en el banco y los terminales no estaban operativos. Y la filial está al otro lado de la ciudad respecto de mi casa, que es donde estoy ahora.

—Maldición... ¿qué demonios está sucediendo? —Marco permaneció con la mirada fija en el vacío mientras las palabras del profesor Becker le volvían a la cabeza: «El Multiverso está a punto de desaparecer. El día del final está cercano»—. Llámame en cuanto tengas noticias, ¿vale?

—Está bien, Marco. ¿Necesitas algo? En tu estado...

—... no necesito nada, gracias. Solo que funcione esta maldita red.

Alex y Jenny salieron de la estación y echaron a caminar a paso rápido, de la mano, como si fuera lo más natural del mundo. Para ambos aquel contacto significaba la certeza de que lo que estaban viviendo era real y no fruto de su imaginación. Más que cualquier palabra, más que cualquier posible explicación, eran sus dedos entrelazados los que se comunicaban entre sí.

De pronto, Alex se volvió hacia Jenny y la miró intensamente.

—He esperado mucho tiempo para poder mirarte a los ojos sin que tu imagen se me escapara, sin despertarme a continuación en mi mundo.

Jenny sonrió con los ojos relucientes. Le tocó la cara con la mano y siguió sus rasgos.

—Creía que estaba loca —dijo—. Ahora ni siquiera me importa. Si esto es lo que se siente al estar loco, me parece muy bien.

Ambos guardaron silencio unos segundos, mirándose intensamente. La ciudad en torno a ellos había recuperado su ritmo habitual, pero algo de aquel instante mágico de su primer contacto permanecía. Una atmósfera, una vibración que los mantenía unidos como si fueran una sola cosa, como si fueran el corazón de una dimensión que les pertenecía solo a ellos.

—No sé cómo será nuestra vida ahora... —reflexionó Alex—. No sé qué debemos esperar.

—No esperemos nada. Estamos juntos. Era todo lo que quería. El resto no me importa.

Alex sonrió, como para suscribir las palabras de Jenny. Le cogió la mano y, juntos, reanudaron su camino por un mismo mundo.

La sensación de atravesar una Milán alternativa era muy extraña. La mayoría de las calles parecían idénticas, mientras que frente a algunos edificios Alex se preguntaba si los había visto alguna vez en su mundo o si eran el resultado de un diverso curso de los acontecimientos.

—Pero tú hablas italiano. ¿Cómo es eso? —preguntó Alex mientras atravesaban un cruce.

—Mi madre nació y creció en Roma. Me habla en italiano desde que soy muy pequeña.

—¿Habías estado aquí antes de hoy?

—Pues no lo sé. No me acuerdo. Pero me parece que hablo contigo desde siempre.

—Es increíble, las calles son las mismas, pero ese edificio nunca lo había visto —dijo Alex observando un rascacielos a lo lejos. Tenía la forma de una C oblonga y ofrecía una atractiva extensión de vidrieras que reflejaban como un gigantesco espejo la escena circundante. Era mucho más alto que los edificios que Alex estaba habituado a ver en su Milán.

—¿Qué quieres decir? Es tu ciudad.

—No exactamente. Ahora debo explicarte todo. Te sonará absurdo, al principio tampoco yo quería creerlo.

—Para mí ya todo es bastante absurdo. He atravesado medio mundo para...

—Yo vivo en una dimensión paralela a esta.

Alex contó a Jenny lo que sabía del Multiverso gracias a las teorías de su amigo Marco y el profesor Becker. Se daba cuenta de que la muchacha podía tomarlo por loco, pero no tenía alternativa. Además, en las últimas veinticuatro horas había comenzado a no prestar atención a lo que hasta poco antes había sido la frontera entre normalidad y locura.

—Alex, ya me resulta difícil de aceptar... todo esto —Jenny extendió los brazos para abarcar la calle, los edificios, la realidad entera—. Pero lo que me dices no tiene ningún sentido para mí...

—Sé que parece absurdo, también para mí lo es. El punto es que este absurdo comienza a tener sentido, sobre todo dado que me ha traído hasta ti. Jenny. Creo que podemos viajar a través de las dimensiones del Multiverso. Creo que somos especiales y que en nuestra vida está escrito un destino diferente. Nuestra mente es la clave.

—Un momento. Repite la última frase.

—He dicho que nuestra mente es la clave.

Jenny ya había oído esas palabras. No recordaba dónde ni cuándo, pero formaban parte de su pasado. De golpe se acordó de cuando había despertado en lo que parecía el salón de su casa y una mujer que parecía su madre le había dicho que su padre había muerto. Luego recordó su clase con una profesora y compañeros desconocidos. Por último, volvió a ver las imágenes del sueño tenido en el avión, cuando se había encontrado en casa de sus abuelos, aún vivos. Habían sido experiencias tan vívidas como para no distinguir el sueño de la realidad. ¿Era de eso de lo que estaba hablando Alex?

—Sí —respondió él, que había captado la pregunta mental de Jenny.

Ella pareció asombrarse, pero al instante la claridad de los pensamientos de Alex, la certidumbre y la convicción del muchacho comenzaron a difundirse en su mente como una luz que se filtra a través de una ventana. Él se dio cuenta y prosiguió sin rodeos:

—Creo que queda poco tiempo. —Caminaban hacia Corso Venezia—. No sé decirte por qué, y tampoco es fácil explicar cómo he obtenido esta información, pero estamos en peligro.

Jenny lo miró preocupada.

—Entonces ¿quiénes somos? ¿Por qué nos está ocurriendo todo esto?

—No lo sé. Solo sé que debemos encontrar Memoria antes de que sea demasiado tarde... pero no tengo ni idea de qué es. Ni de dónde está.

—¿Memoria?

—Nunca has oído hablar de ese lugar, ¿verdad? —preguntó Alex.

Jenny se detuvo de pronto, soltando la mano del muchacho. Él se volvió y se miraron con ansiedad.

—Alex, esta situación empieza a intranquilizarme. Tengo miedo. Y no sé de qué demonios estás hablando. ¿Demasiado tarde para qué?

Él se acercó y le acarició el pelo, luego tendió los brazos para que ella le cogiera las manos.

—Jenny, tampoco yo lo sé, pero no podemos fingir que no pasa nada. ¿Has visto lo que ha sucedido en la estación?

—Sí —respondió ella, con los ojos brillantes, mientras observaba la expresión del muchacho con que siempre había soñado. Había dudado de su existencia, había creído que estaba loca. Él

había seguido buscándola, y ahora le pedía un nuevo acto de confianza incondicional—. El tiempo parecía haberse detenido. Se creó algo... una energía.

—No estamos locos, aunque cualquiera podría tomarnos por tales si escuchase esta conversación. Es todo real.

—Pero si es verdad que vives en una dimensión alternativa... ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Con la mente. No es el cuerpo lo que se desplaza. No puedo explicarlo... Es como cerrar los ojos en una dimensión para atravesar un paso entre dos mundos, una especie de torbellino, y despertarse en otra realidad. Cuando abres los ojos estás en tu *alter ego*. Eso es lo que he sentido. Me he despertado en un vestuario de mi instituto, aquí, en tu realidad. Quizá también tú puedas hacerlo...

Jenny volvió a ver el retrato de Connor, la clase con los compañeros desconocidos y la casa de sus abuelos, en una rápida secuencia.

—Quizá ya lo haya hecho —dijo.

Los jardines públicos de Porta Venezia estaban abiertos al público. Decidieron entrar. Una mujer con un abrigo de piel que sujetaba la correa de un caniche los miró. Los ojos de Jenny se fijaron en el paseo arbolado que se atisbaba en el corazón del parque. A la izquierda había una hilera de bancos, de los cuales un par libres. De la mano, se acercaron al primero y se sentaron. Ambos percibían los pensamientos del otro, tal como había ocurrido en todos aquellos años de comunicación telepática. No era necesario pronunciar ninguna palabra, aunque para Alex era maravilloso oír finalmente en directo el sonido de la voz de Jenny, tan delicada y dulce.

—No tengo idea de qué significa, pero hoy me ha ocurrido algo extraño, como si leyera dentro de las personas... —dijo Alex dando voz a un pensamiento que remolineaba en medio del puente telepático que los unía.

—También a mí me ha sucedido. En el tren. Un niño me miró y fue como si me contara un recuerdo suyo.

—Te han aparecido imágenes en la cabeza, ¿verdad?

—Exacto. Como si fuera una escena de mi pasado, no del suyo.

—Es increíble, Marco me lo había dicho. Becker tenía razón... estamos desarrollando un poder.

—Pero esta Memoria de la que has hablado, admitiendo que exista... ni siquiera sabemos dónde empezar a buscarla, ¿correcto? Ni por qué ese hombre la llama así.

«Lo descubriremos», pensó Alex mientras cogía las manos de la muchacha. Jenny bajó la mirada y sonrió antes de llevar los brazos en torno al cuello de él. El muchacho se acercó más, buscando su mirada. Jenny levantó el rostro y lo miró fijamente. Fue un instante interminable, en el que Alex se sintió perdido.

En torno a ellos de pronto no existían calles, casas y ciudades. Solo estaba el vacío, y ellos en el centro. Los labios se acercaron, se rozaron, los dedos se entrelazaron. Alex y Jenny empezaron a besarse, mientras el aire gélido enrojecía las mejillas de ella y punzaba el rostro de él.

Sin interrumpir el beso, el muchacho rozó con la mano el cuello de Jenny y tocó la cadenita del Triskell. Alex abrió los ojos, miró el colgante mágico y recordó que el mismo símbolo pertenecía a la pequeña Jenny de su dimensión, muerta a la edad de seis años.

—Este colgante... —dijo al tiempo que recordaba la visión tenida en el salón de la casa de la anciana niñera— siempre lo has llevado, ¿verdad? Desde pequeña.

—Pertenecía a mi abuela, fue un regalo del abuelo. Cuando el otro día me dijiste que sabías del Triskell, entendí que no eras una alucinación.

—No lo soy... —Alex sonrió.

Jenny quedó encantada con aquel gesto de complicidad.

—Es tan bonito besarte... —dijo—. No sabes cuántas veces lo he soñado. No puedo creer que todo esto esté ocurriendo de verdad.

Alex sonrió, sacudió la cabeza y levantó la mirada.

—Nos estamos buscando desde siempre, Jenny —dijo antes de besarla otra vez. Cuando ella abrió los ojos, con la cabeza apoyada en su hombro, entrevió una cola de personas que estaban entrando en una estructura en forma de cúpula cerca de allí.

—¿Adónde van? —preguntó.

Alex se volvió.

—Al Planetario.

Jenny sonrió.

—Las estrellas, ellas siempre me han guiado.

—Y a mí me han traído hasta ti —respondió Alex y se levantó.

—¿Qué haces? ¿Adónde vamos? —preguntó Jenny.

—A ver las estrellas, ¿no? —respondió él sonriendo y encaminándose hacia el Planetario.

En el vestíbulo, un letrero delante de la taquilla ponía:

DESTINO ESTRELLAS — PROYECTO ESCUELAS 2014

ENTRADA GRATUITA.

Debajo de la inscripción, una ampliación representaba la Vía Láctea cortando en diagonal la bóveda celeste.

Mientras las personas se repartían por el interior de la sala, Alex notó aquella habitual sensación de desconcierto, sin entender qué la había provocado. Jenny echó un vistazo a las filas de sillas rojas dispuestas en círculo para que cada espectador quedara de cara al palco del conferenciante, situado en el centro. Luego localizó dos que parecían más apartadas y cogió a Alex de la mano. La sala tenía capacidad para trescientas personas, pero aquel día había unas cuarenta. Jenny se sentó y miró al muchacho con ojos radiantes.

En la mezcla de emociones que aquella aventura les generaba, a Alex le pareció casi cómico comportarse como una persona normal. Con un brazo rodeó los hombros de Jenny cuando las luces se apagaron y dejaron al público contemplando la bóveda celeste encima de ellos.

El conferenciante se acomodó en su sitio y se colocó un diminuto micrófono en una solapa de la chaqueta.

Fue en aquel momento cuando Alex lo recordó todo.

—Ya hemos estado aquí... —dijo de repente. Cerró los ojos y rescató de un pasado lejano la escena que desde hacía unos minutos estaba produciéndole una secuencia de *déjà vu*. En aquel recuerdo estaban tanto él como Jenny, pero los contornos estaban difuminados, las personas parecían muy grandes y los miraban desde arriba. Las estrellas eran una miríada de destellos, mientras algunos niños hacían ruido en el lado opuesto de la sala y perturbaban las palabras del conferenciante. Las explicaciones del hombre eran difíciles de entender y los temas, aburridos.

Alex trató de orientarse en aquel recuerdo. Repentinamente era tan vívido y definido que podía analizarlo como una fotografía en un viejo álbum. Jenny le estrechaba la mano. Alex se volvió hacia ella y la vio mirando hacia arriba mientras decía:

—A esa la conozco, es Andrómeda. Mi padre me cuenta siempre la historia de las estrellas...

Alex trataba de vislumbrar sus rasgos, pero la oscuridad se lo impedía. Solo la bóveda celeste ofrecía un débil resplandor que caía sobre sus cabezas, pero bastaba para entender que tanto ella como Alex, aquel día, no tenían más de cuatro años: eran dos niños, de la mano, sentados en aquel mismo Planetario.

«Pero en otro rincón del Multiverso... —pensó Alex—. Estábamos en mi dimensión original. Y aquella era la Jenny que a los seis años...».

Se detuvo. Trató de borrarlo todo. La muchacha estaba junto a él y podía captar cada uno de sus pensamientos. No tenía ninguna intención de hacerle saber que, en la realidad de la que él provenía, ella había muerto diez años antes. «Piensa en otra cosa, vamos, piensa en otra cosa», se ordenó.



Afortunadamente, Jenny estaba observando las estrellas reproducidas en la cúpula y no se percató de nada, pero aquel esfuerzo provocó en Alex una repentina vibración que lo recorrió como un escalofrío. Su cabeza se ladeó mientras el cuerpo se mantenía rígido, como si se hubiera dormido repentinamente para eliminar sus recuerdos, para evitar compartirlos con Jenny.

La mente del muchacho fue absorbida de improviso en el remolino y atravesó un túnel de emociones, imágenes y sonidos indistintos. Lejos de Jenny, lejos de aquel mundo. Cuando salió del confuso calidoscopio, volvió a abrir los ojos y trató de enfocar de nuevo la realidad circundante. No necesitó más de un minuto. En su realidad originaria, había abandonado el cuerpo en aquella playa de Melbourne.

Pero ahora en torno a él no había arena ni océano.

«¿Dónde diablos he venido a parar?».

**A**LEX miró en derredor. Se encontraba en una explanada semidesierta similar a la que, en su realidad, era desde hacía años una cancha de baloncesto municipal. Cada tanto se reunía allí con algunos alumnos de otras clases, a pesar de la advertencia del entrenador, que había prohibido los partidos extraescolares pues temía que sus jugadores se lesionaran, perjudicando así la temporada.

Agachó la cabeza y observó su cuerpo.

Llevaba unos vaqueros y una camisa hecha jirones. Se pasó una mano por la cabeza y notó que estaba rasurada al cero. Del bolsillo posterior extrajo una cartera. Contenía unos billetes que no reconoció y algunos documentos. Vio su foto en un documento de identidad correspondiente a Karl Weser.

Confuso y alterado, buscó instintivamente alguna pista sobre su vida alternativa, tal como había hecho en aquel vestuario. Echó a andar y tomó por una calle más adelante cruzada por un puente peatonal. Alrededor, montones de escombros la hacían parecer el escenario tras la explosión de una bomba. También había algunos cráteres humeantes, como si el asfalto se hubiera partido después de un terremoto. Más allá, los coches aparcados estaban envueltos en llamas.

«Parece mi ciudad... pero ¿cómo ha terminado así?».

Alex comenzó a recordar algo sobre su identidad alternativa, datos confusos sobre una guerra civil, enfrentamientos en las calles, atentados y matanzas. De pronto visualizó una Milán sacudida por una especie de revolución popular que había conmocionado la ciudad y subvertido el poder mediante el asesinato de los más notorios representantes de la clase política. Mientras caminaba hacia el puente supo que, en Roma, Ciudad del Vaticano había sido pasto de las llamas. Aquello de lo que estaba enterándose de aquel mundo en pocos minutos era estremecedor. Habría querido escapar, pero no sabía dónde. De improviso empezó a oír voces a lo lejos, a su espalda.

Eran gritos. Alex se volvió, pero no vio a nadie. Un manto de humo obstaculizaba la visual. Apenas podía vislumbrar el puente, que le parecía muy similar al de la estación de Lambrate.

Cuando empezó a reconocer algunas figuras humanas, se detuvo en seco y se le heló la sangre. Una horda de personas marchaba hacia él, todos vestidos de negro y encapuchados, esgrimiendo todo tipo de armas: fusiles, palos, pistolas, cuchillos...

Y coreaban a voz en cuello cánticos indistinguibles.

No titubeó ni un segundo: echó a correr como alma que lleva el diablo. Tenía unos cien metros de ventaja. Cada poco se volvía para comprobar que aquella especie de ejército irregular no le ganase terreno, pero la distancia se mantenía estable. En cierto momento avistó un tramo de escaleras que descendía a un nivel inferior. Parecía una entrada al metro, aunque no estaba señalada. Alex recordó que un paso subterráneo atravesaba la explanada y desembocaba delante de la estación de Lambrate. En cuanto bajó las escaleras, se dio cuenta de cómo estaban verdaderamente las cosas en aquel universo paralelo: el túnel subterráneo estaba lleno de cadáveres.

Allá donde mirase, vislumbraba cuerpos mutilados, con el rostro desfigurado, masacrados. Estaba así hasta el final del paso subterráneo. Pero las voces se iban acercando. La horda casi lo había alcanzado, los más veloces ya estaban en la escalera. Alex comenzó a temblar y sudar frío. Sentía las piernas paralizadas, como si ya no le respondieran. Estaba aterrorizado. Se arrodilló, dispuesto a lo peor.

Cerró los ojos y trató de aislarse pensando en Jenny, en su esplendor. Imaginó sus ojos, intentó

revivir su primer beso. Acto seguido volvió a ver las imágenes de aquel increíble viaje que lo había llevado al otro lado del mundo, luego a una dimensión desconocida, para encontrar a Jenny. De pronto, sintió una mano en el hombro.

—Despierta, Alex —susurró Jenny.

El muchacho tenía la cabeza ladeada. El conferenciante estaba explicando el origen de las manchas solares cuando Alex abrió con esfuerzo los ojos, encontrándose con la oscuridad de la sala. La mano de Jenny estaba sobre la suya.

—Bueno... ¿qué te ha sucedido? —susurró la muchacha.

—¿Quién... quién eres? ¿Qué quieres? —respondió él mientras erguía el busto y giraba el cuello como en un ejercicio de *stretching*.

Jenny se apartó, asombrada.

—¿Qué te pasa?

—¿Dónde me encuentro?

—Alex... soy yo, Jenny. Estamos en el Planetario. Debes de haberte dormido.

—Pero... un momento. Era la hora de educación física, hemos jugado, luego hemos ido a cambiarnos...

—Pero ¿de qué hablas? ¿Bromeas?

Alex se levantó de pronto, agitado. El conferenciante interrumpió un instante su exposición mientras el muchacho se escabullía entre las sillas y salía de la sala. Jenny corrió tras él. Lo alcanzó en el exterior de la cúpula del observatorio.

—Explícame quién y qué quieres de mí —espetó Alex, volviéndose. Jenny tenía una expresión despavorida.

—¿Es posible que no...? Estábamos aquí juntos, ¿no te acuerdas? En aquel banco. —Lo señaló con un gesto de la cabeza—. Incluso nos hemos...

—No te conozco. Y lo único que recuerdo es que me estaba cambiando en el vestuario para volver a clase para la última hora. Ahora me despierto en la sala del Planetario y con una desconocida que asegura que me conoce. ¿Qué me has hecho? ¿Alguien me ha drogado? ¿Qué ha sucedido?

Alex se volvió y se alejó a paso rápido. Salió por la verja de entrada a los jardines públicos de Porta Venezia.

—¡Alex, te lo ruego... no puedes hacerme esto! —gritó Jenny.

Él ni siquiera se dio la vuelta.

En aquel momento se oyó la primera sirena.

Llegaba de la plaza San Babila y era como un aullido que se propagaba por toda la zona, atrayendo la mirada de los curiosos que desde los jardines afluían a las aceras de la avenida. Después de tres ecos de sirena, se oyó una voz metálica proveniente de un megáfono:

«Se ruega a los ciudadanos que regresen inmediatamente a sus casas, en cumplimiento de la pertinente orden gubernamental. Mantened la calma y volved a vuestras viviendas. A partir de las cinco de esta tarde quedará impuesto el toque de queda... Repito...».

Las personas se miraron, asombradas. Algunos esperaron a oír dos o tres veces más el aviso, luego se encaminaron a paso rápido hacia las escaleras del metro de Palestro. Por las calles se formaron corros que se preguntaban qué había sucedido.

Jenny permaneció inmóvil observando la escena.

Nadie entendía la razón de semejante medida, y la angustia se reflejaba en los rostros de muchas personas. En aquellos pocos minutos que sirvieron para despejar la calle y dejarla desierta, Jenny oyó hablar de guerra, de atentado terrorista, de un virus pandémico y de otras hipótesis catastróficas barajadas por los ciudadanos. Nadie tenía respuestas y cada cual se lanzaba a fantasiosas conjeturas.

Cuando la zona estuvo vacía, Jenny se dirigió hacia el Corso Buenos Aires casi desierto. Toda la

gente había obedecido la inexplicable orden.

Jenny no tenía idea de qué hacer o dónde ir. Solo sabía que debía encontrar un sitio donde refugiarse. Prosiguió en aquel silencio irreal, solo interrumpido por la sirena que se oía entre aviso y aviso, hasta que en las proximidades de la plaza Lima vio a un grupo de militares al otro lado de la calle y se detuvo.

Uno de ellos la vio y agitó su metralleta en el aire.

—Chica, ¿has oído la orden? ¡Vuelve inmediatamente a casa!

«Pero yo aquí no tengo casa», pensó Jenny, sin saber qué responder.

—¿He sido claro? Vamos, vuelve donde tus padres, que dentro de poco se producirá un desastre.

Jenny asintió con la cabeza, pero las piernas le temblaban.

—Está bien, está bien... —respondió y echó a andar hacia una calle lateral—. Ya vuelvo a casa. Vivo aquí cerca.

Los militares volvieron a hablar entre ellos y la ignoraron.

«¿Y ahora dónde demonios voy?», se preguntó al enfilar una calleja estrecha al final de la cual se entreveía el letrero luminoso de un bar.

—Eh, tío, ¿quieres que te masacren? ¡Anda, larguémonos de aquí!

Alex vio a un muchacho negro, rapado al cero como él, que llevaba unos vaqueros y una sudadera negra. Le tendió la mano, él la aceptó y se levantó.

Cruzaron corriendo el túnel, pasando por encima de los cadáveres como en un horripilante videojuego *splatter*. Había sangre por doquier, mientras detrás de ellos la muchedumbre que parecía perseguirlos ganaba terrero. Cada pocos segundos, los hombres entonaban un lúgubre coro que acompañaba su marcha. Alex intentó averiguar qué decían, pero no hablaban en italiano, sino en una lengua dura y nórdica, seguramente alemán.

Cuando Alex y el negro subieron la escalera de tres en tres y estuvieron de nuevo al aire libre, este le indicó el camino señalando con la mano. El letrero amarillo-rojo de una estación de servicio ponía KRAFT-GAS. Entraron a la carrera en la pequeña tienda, donde los estantes de accesorios para móviles y ambientadores para coches habían sido destruidos, como también los ordenadores. La caja estaba abierta y vacía, y lo que quedaba de los productos estaba por el suelo.

—¿Qué diablos está sucediendo? —exclamó Alex, mientras el otro se arrodillaba bajo el mostrador en busca de algo.

—Yo me llamo Jamil. Tú eres de los nuestros, ¿verdad?

—¿Qué nuestros? Yo...

Jamil sacó fuera la cabeza del pequeño mueble en que estaba hurgando y miró a Alex con aire inquisidor.

—Eres italiano..., ¿no?

Alex casi tuvo miedo de responder.

—Pero ¿qué coño de preguntas me haces? ¿Te parezco chino?

—¿Vas de listillo, tío? ¿Eres italiano o no? ¿Finges que no entiendes?

La horda de encapuchados se detuvo enfrente de los surtidores de gasolina y un hombre que parecía el líder se apartó para volverse hacia los demás y gritar instrucciones. Ante cada parrafada en alemán seguía una respuesta que recordaba el énfasis de un coro militar.

Alex buscó en sus recuerdos algún asidero para responder a aquella pregunta, pero no había manera. Jamil, entretanto, había vuelto a meter la cabeza dentro del mueble y farfullaba: «Joder, si estaba aquí, tiene que estar aquí...».

—Oye... yo... creo que he perdido la memoria. ¿Quieres decirme dónde demonios estoy y qué está sucediendo?

—Es esta mierda de crisis. No me importa tu memoria. Solo quiero salvar mi culo. Están

matando a todos, se dice que incluso han asesinado al Papa, y ahora quieren echar a todos los italianos.

—Pero ¿por qué a los italianos?

—¡Los italianos, tío! Los neutrales, como nos llaman. Pero ¿por qué coño te explico nada? Ve a hacerte matar, total, solo es cuestión de tiempo. —Y continuó buscando en el armario—. ¡Jo, aquí está! ¡Sabía que lo encontraría!

Alex se quedó tieso frente al mostrador viendo cómo Jamil sacaba una granada y la apoyaba junto al monitor del ordenador destrozado.

—¿Por qué todos hablan en alemán?

—¿Y qué lengua deberían hablar? Estamos en Milán, pringado, ¿lo sabes o no?

—¿Y en Milán se habla el alemán?

—El alemán y el italiano. Desde hace más de sesenta años.

Jamil sacudió la cabeza, se levantó y echó un vistazo por el escaparate a los encapuchados. Parecían listos para el asalto.

Alex miró alrededor, pero no había ni siquiera un baño donde refugiarse. No había ninguna escapatoria y, encima, todo lo dicho por aquel negro le sonaba absurdo. Claro que no lo sería si en aquella dimensión paralela del Multiverso la Segunda Guerra Mundial hubiera tenido un resultado distinto. Jamil hizo una mueca y le guiñó el ojo, luego cogió la granada y salió de la tiendecilla.

Alex lo miró a través de los cristales, mientras rogaba que no fuera a hacer aquello que precisamente parecía dispuesto a hacer.

—¡Comeos esta, asquerosos hijos de puta! —gritó a voz en cuello mientras arrancaba la espoleta y lanzaba la granada hacia los encapuchados.

Alex se quedó petrificado.

En cuanto el explosivo detonó y se elevó un coro de gritos de dolor y rabia, él salió del local y giró a la derecha, por detrás de la figura altiva de Jamil, que disfrutaba del espectáculo. Puso los pies en polvorosa, pero no pasó inadvertido a pesar de la capa de humo que envolvía el lugar.

Algunos supervivientes lo vieron y se lanzaron a perseguirlo. Alex saltó una hilera de matas como si fueran un obstáculo en una pista de atletismo y se lanzó a una huida desesperada. Solo se volvió cuando oyó una descarga de metralleta a sus espaldas y vio a lo lejos a Jamil cayendo abatido.

Corrió con más fuerza aún. Lo seguía media docena de encapuchados, más gordos, más viejos que él y quizá menos veloces, pero armados. Algunos disparos retumbaron mientras una voz aullaba:

—*Wir werden dich toten*, italiano! —Sonaba como una expresión amenazante.

No pasaron más que unos segundos. El disparo que le dio en pleno muslo le arrancó un atroz grito de dolor. El proyectil le quemaba la carne como un tizón incandescente metido entre sus haces de nervios.

Sus perseguidores lo alcanzaron enseguida, mientras él se retorció en el suelo con las manos ensangrentadas sobre la herida.

—¡Malditos cabrones! ¡Dejadme en paz, yo no he hecho nada! —gritó entre lágrimas, aterrorizado.

Seis encapuchados lo miraron en silencio. Después uno de ellos habló con otro, susurrando algo incomprensible.

Luego extrajo un largo cuchillo de la funda que llevaba al cinturón.

La hoja que atravesó el pecho de Alex entró lentamente. Se hundió en la carne mientras a él, tendido en el suelo, se le desorbitaban los ojos. Se quedó sin aliento y vio que el mundo se volvía plano y gris. El dolor de la pierna desapareció. En pocos segundos toda sensación corporal fue envuelta en un abrazo gélido.

El rostro de Jenny estaba sobre él, como una visión que cubría el cielo. La sangre brotaba de su pecho y se derramaba sobre el asfalto mientras los seis agresores se alejaban. El estallido de una bomba, atenuado y sordo, fue el último sonido que Alex consiguió distinguir. El reflejo del sol sobre las olas del océano fue la última imagen que lo acompañó.

Luego la nada.

De repente se abrió una puerta a espaldas de Jenny, sobresaltándola.

—Eh, tú, ¿no has oído el aviso? —preguntó un sesentón, con el delantal aún puesto. Debía de ser el encargado del bar.

—Sí... señor. Estoy yendo a casa.

—Entonces apártate de mi escaparate. Tengo que cerrar. Todos tenemos que cerrar.

Jenny se alejó sin responder. Empezó a correr, sin saber adónde ir ni cómo ponerse en contacto con Alex. Intentó concentrarse, pero ya no percibía su pensamiento.

Atajó por un par de callejas desiertas en el corazón del barrio. Las avenidas principales sin duda estaban más vigiladas por los militares, se habría arriesgado mucho dejándose ver aún por ahí. Miró alrededor mientras caminaba. De vez en cuando vislumbraba gente que llegaba a la carrera a un portal y desaparecía en el interior. Varios encargados de locales estaban cerrando, mientras también en las fachadas de los palacetes las ventanas estaban todas cerradas y las persianas bajadas.

Cuando pasó junto al escaparate de una tienda de electrodomésticos, vio un televisor de pantalla plana que encima tenía un cartelito de FULL HD - SUPER OCASIÓN sintonizado en un telediario. El audio estaba desactivado, pero la inscripción EDICIÓN ESPECIAL y el encuadre de un tanque bastaron para que Jenny entendiera que había sucedido algo grave.

Echó a correr, preguntándose qué habría sido de Alex. ¿Por qué no la había reconocido y la había tratado con aquella brusquedad?

Ahora estaba sola.

**L**A arena, dorada por el último sol de la tarde, tomó forma poco a poco. El fragor de las olas que rompían bajo el muelle y el soplo de viento fresco que silbaba en sus orejas acompañaron su despertar. Los párpados le temblaron unos segundos antes de abrirse con esfuerzo. El sol se ponía, detrás de la línea del horizonte, su disco anaranjado se dejaba engullir por el agua mientras alrededor pinceladas violáceas, rojas y amarillas se mezclaban en la sugestiva paleta del ocaso australiano. Un perro saltó delante de él levantando arena mientras Alex se incorporaba lentamente.

—Estoy vivo... —musitó mientras miraba en torno—. Vivo.

Marco le había planteado la hipótesis del escenario de universos alternativos en los cuales las cosas escapaban al control de la sociedad, pero nunca habría imaginado su ciudad reducida a aquel estado. Trató de recordar la sensación experimentada cuando el cuchillo había entrado en su carne. Le resultaba difícil y casi le daba miedo definir demasiado los contornos de una fotografía que era mejor quemar para siempre y enterrar las cenizas en lo más recóndito de la memoria.

Estaba muerto, de esto no tenía duda. Los encapuchados lo habían dejado en el suelo exhalando el último suspiro, con una bala en el muslo y un cuchillo clavado en el pecho. Estaba muerto, pero había sobrevivido. Y esto no tenía sentido.

Su primer pensamiento, después de haber constatado que estaba vivo, fue para Jenny. La imaginó sola en una ciudad que no conocía, aunque en su dimensión. ¿Habría logrado regresar a Melbourne? ¿Y cómo harían ahora para reencontrarse nuevamente? Necesitaba hablar con Marco.

Miró alrededor en busca de la mochila. Estaba aún allí, junto a él. Del bolsillo sacó el móvil.

—¡Sigue apagado, joder!

Remontó la escalerita que conducía a la primera parte del muelle y echó a andar por Esplanade. Llegado a las proximidades de un semáforo esperó unos minutos en la acera, apoyado en una palmera. Luego vio un taxi al final de la calle y agitó los brazos para llamarlo.

El coche se acercó y Alex subió.

—*To the Airport* —dijo con decisión.

El avión para Abu Dabi despegó a las 23.15 del aeropuerto Tullamarine de Melbourne y aterrizó a la mañana siguiente, a las 6.25. Para Alex fueron siete horas de sueño casi ininterrumpido. En el aeropuerto de los Emiratos Árabes, cogió un autobús para llegar a la terminal de la que partía su conexión para Heathrow al cabo de una hora y cuarenta minutos.

Alex pasó la espera en un bar cerca de la zona de embarque, tomando un refresco y una pizza. A las 8.15 despegó con puntualidad británica hacia el Reino Unido.

Durante el vuelo tuvo casi siempre puestos los auriculares del iPod y consiguió relajarse. Solo despertó cuando la azafata de la Etihad Airways sirvió la comida: una gomosa pechuga de pollo acompañada por una guarnición de guisantes fríos, un café aguado y un pastelito de chocolate que resultó el único elemento comestible.

A las 12.20 el avión aterrizó en suelo inglés.

La conexión para Milán estaba prevista para las 17.55. Alex se paseó por la galería de tiendas, con la mochila al hombro y el rostro cansado. Necesitaba recostarse y estirar las piernas, puestas a dura prueba durante el largo viaje.

«Quién sabe si Marco habrá descubierto algo más», pensó cuando se sentó en un sofá de una zona *wifi*. Estiró las piernas y apoyó los pies en la mesita de enfrente. Un hombre uniformado lo miró ceñudo. Debía de ser un guardia de seguridad al que no le agradaba la postura

adoptada por el muchacho, pero Alex no se movió. Estaba exhausto. Vio a lo lejos el escaparate iluminado de una compañía de viajes. La foto de una familia feliz colgaba bajo una enorme leyenda: GO TO EUROPE! NOW!

Parecía un mensaje dirigido a él.

Finalmente llegó al portal de su edificio y respiró hondo.

No sabía cómo reaccionarían sus padres al encontrárselo allí como de vuelta de una simple jornada escolar.

Era la hora de cenar, Valeria y Giorgio estarían seguro en casa. Una muchacha salió por el portal dejándolo abierto para él. Alex se lo agradeció y subió la escalera.

Rogó que sus padres no estuvieran demasiado enfadados y tocó el timbre.

En ese momento llegó al rellano el ascensor. Bajó un anciano que sacó del bolsillo del impermeable unas llaves y abrió la puerta del apartamento, no sin antes lanzarle una mirada recelosa. Mientras el hombre entraba en casa y *dejaba* a Alex solo en el rellano, la puerta de enfrente se abrió.

—¿Eres amigo de Paolo? —preguntó una mujer morena con delantal.

Alex la miró con aire perplejo, luego desvió la mirada hasta la plaquita del timbre.

—Mancini... —dijo antes de mirar nuevamente a la mujer—. Disculpe, debo de haberme equivocado de piso.

—¿Tú dónde vives?

—En el segundo.

—Este es el segundo. ¿Acaso te has equivocado de puerta?

Alex bajó la mirada, tratando de mantener la compostura.

—Perdone, señora... debo de haberme confundido.

Se volvió y bajó deprisa las escaleras.

Fuera del edificio, el muchacho comprobó el número: 22, Viale Lombardia. Era su casa desde hacía dieciséis años. «No, otra vez no...», rogó y miró alrededor.

Todo aparecía tal cual lo había dejado. El barrio de siempre y la calle de siempre, la cual había recorrido miles de veces. Pero en su casa vivía otra familia.

«Volví a mi cuerpo en aquella playa. Luego cogí tres aviones y llegué aquí, al lugar del que partí. ¿Qué demonios significa todo esto?».

Se dirigió hacia la plaza Piola, presa de la agitación. La casa de Marco estaba a unos centenares de metros, al inicio de Viale Gran Sasso.

En un par de minutos estuvo ante el interfono.

—¿Sí?

—¡Marco, soy yo!

—¡Hola, Alex! Qué sorpresa... ¡Sube!

El portal se abrió y Alex entró, intranquilo. Parecía que su amigo no esperaba su regreso. En el primer piso la puerta de los Draghi estaba entreabierta. Alex entró. En cuanto atravesó el recibidor tuvo una sensación de desconcierto. Allí donde habitualmente estaba la mesa con los tres ordenadores, vio un diván en forma de ele.

La parrilla de neón azul colgada de la pared había desaparecido, sustituida por una repisa llena de fotos enmarcadas. El amigo llegó desde el pasillo detrás de él.

—¡Alex!

La visión que se encontró en cuanto se volvió conmocionó a Alex.

Con el rostro sonriente, los brazos tendidos hacia él como para buscar un abrazo, Marco estaba de pie sobre sus propias piernas.

—¡Finalmente has decidido pasarte por aquí! —dijo mientras estrechaba a su amigo, que respondió torpemente al abrazo—. Ya no te vemos casi nunca por aquí.

Alex no dijo nada, con los ojos fijos en las piernas del otro.



—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, yo...

—¡Parece que hayas visto un fantasma!

—Tú... caminas. Por tanto...

—¿Qué debo hacer, ponerme de rodillas? Me alegro de verte, pero ¡no exageremos! —Marco soltó una sonora carcajada y fue a la cocina. Pocos instantes después reapareció portando dos latas de Coca-Cola.

—¿Te apetece? —le ofreció una.

—Marco, estoy en dificultades.

—¿De verdad?

—No sé cómo explicártelo —dijo Alex, confuso, mientras miraba alrededor. Se detuvo en uno de los cuadritos apoyados en la repisa.

—Perdona... ¿esa es tu madre?

—Claro, ¿qué preguntas haces? Estabas también tú cuando sacamos esa foto, el año pasado... La casa de la Toscana, ¿recuerdas? Deberías ver cómo ha quedado, han terminado de amueblarla.

Alex cerró los ojos y sintió que se desvanecía. El muchacho que tenía delante parecía vivir la vida que a su amigo Marco le había sido negada.

—¿Qué te pasa?

—No, nada. Oye una cosa... ¿sabes cómo están mis padres? ¿Ya no viven en Viale Lombardia?

Marco frunció el entrecejo y escrutó el rostro de Alex.

—Amigo, me preocupas... ¿Has perdido la memoria?

—Buena pregunta. Ni siquiera sé qué responderte.

—Alex, ¿hablas en serio?

—Muy en serio.

—Los tuyos viven en Suiza desde hace cinco años. ¿Cómo es posible que me hagas semejantes preguntas? ¿Quieres decir que no lo recuerdas?

Marco dejó la lata sobre la mesa.

—¿Has tenido un accidente? ¿Te has golpeado la cabeza?

—Nada de eso. Es demasiado complicado de explicar. Me parece que debo marcharme.

—En cambio, yo pienso que necesitas ayuda. Debe de haberte sucedido algo...

—Déjalo correr. Olvida las preguntas estúpidas que te he hecho.

Alex se levantó y fue hacia la puerta.

—Pero cómo... —Marco permaneció inmóvil con la lata en la mano.

—Perdona, una última cosa —dijo Alex volviéndose hacia su desconocido amigo—. ¿Conoces a una tal Jenny?

Marco lo miró perplejo.

—¿Quién?

Alex no respondió. Salió de casa de los Draghi, cerró enérgicamente la puerta y escapó de allí.

Una vez en la calle, miró alrededor. Echó a caminar entre la gente, mientras tomaba conciencia de que estaba de viaje entre las infinitas calles, las miríadas de posibilidades del Multiverso. En medio de todas aquellas personas normales se sentía un extraterrestre: podía viajar, ir a todas partes, escrutar cualquier escenario y cualquier destino.

Pero ahora necesitaba encontrar el camino a casa.

«¡N O puedo controlar este jodido poder!». Alex repasó mentalmente todo lo que

había hecho desde que se había aislado en aquella playa, desde que había atravesado el torbellino para despertarse en el vestuario de la escuela, en la realidad de Jenny.

Volvió a ver las etapas de su increíble viaje. Las imágenes de los cadáveres en el metro de la Milán alternativa estaban aún muy presentes en su mente y contrastaban con el recuerdo del primer beso con Jenny, que a su vez se concatenaba con la experiencia vivida en el Planetario, cuando había recordado que, en su pasado, ya había visto a la muchacha precisamente en aquel sitio, siendo niños, a saber en qué ocasión.

Alex evocó cuando había cogido el taxi para llegar al aeropuerto de Tullamarine, el vuelo a los Emiratos Árabes y el siguiente despegue para Inglaterra.

«Milán es la misma, pero la vida de mis familiares y de Marco es completamente distinta. Tampoco sé dónde habito. ¡En mi casa vive otra familia, los míos están en Suiza y Marco camina normalmente! Debo retroceder... pero ¿cómo?».

Se levantó del suelo. Un reloj colgado de un poste marcaba las diez de la noche. Pocos metros más adelante, algunos extracomunitarios hablaban en voz alta frente a un puesto de kebab.

«Debe de haber sucedido durante el viaje. Probablemente mientras dormía».

Miró alrededor y se percató de un detalle importante: la mochila no estaba. «Es lógico. Mi *alter ego* en esta dimensión no tiene ninguna mochila, no está volviendo de un viaje. La cogí cuando iba a coger el metro. La mochila... ¿dónde la vi por última vez?».

—¡Claro! —exclamó, llamando la atención de los extracomunitarios—. ¡Sucedió en Heathrow!

Echó a andar con un único pensamiento: regresar de inmediato a Heathrow.

Recorrió el camino hacia la plaza Piola y bajó las escaleras del metro. No tenía dinero para el billete, pero la taquilla estaba desierta. Por allí solo había un uniformado, de espaldas y bastante lejos. Así que saltó el torniquete y se dirigió hacia el andén.

Pocas personas esperaban el convoy. Alguien miraba insistentemente el letrero luminoso con los tiempos de espera, alguien leía un libro, alguien se paseaba impaciente.

Alex recorrió el andén hasta el final, se sentó en un banco y se ensimismó. «Sé dónde debo ir, en qué sitio debo despertarme. Solo debo controlar el viaje».

Trató de recordar algún detalle que pudiera devolverlo con la mente a Heathrow. Se concentró en la mochila, que había visto por última vez junto a los asientos cerca de la puerta de embarque. Intentó recordar algunos rostros, las inscripciones, los letreros luminosos del aeropuerto.

Pasaron un par de trenes, y él aún estaba allí.

Luego, de improviso, la mirada de un hombre emergió de los meandros de su mente. Bigote espeso, ojos minúsculos y mentón pronunciado. Llevaba un uniforme.

«Claro, el guardia del aeropuerto. Me miró mal cuando apoyé los pies sobre la mesita, en la sala de espera».

Su mente enganchó aquel recuerdo y no lo dejó escapar. Un instinto parecía guiarlo. Se concentró en algunos detalles, los zapatos del guardia, la porra colgando del cinturón. Detrás del hombre, el letrero de una zapatería. Y la foto de la familia feliz con la inscripción GO TO EUROPE! NOW!

En un instante, todo el cuerpo de Alex se entumeció y cayó de lado, haciendo que se golpeará la cabeza contra el banco.

Los rostros, colores, olores y voces de un universo se mezclaron con los de otra realidad. El torbellino absorbió su pensamiento arrastrándolo fuera de allí, de aquella Milán tan similar y, al

mismo tiempo, extraña. Fue como recorrer a la velocidad de la luz un túnel de recuerdos, sin tiempo para distinguir ninguno. No solo sus recuerdos, sino los de cualquiera.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba reclinado en un sofá.

Se levantó, con los músculos doloridos y la vista aún nublada. Algunas luces confusas tomaron forma poco a poco. Venían del *display* luminoso que tenía enfrente. Las inscripciones estaban en inglés. Alex miró alrededor y sonrió, soltando un suspiro de alivio: estaba en el aeropuerto de Heathrow. Exactamente donde se había dormido aquella tarde, a la espera del vuelo para Milán. Exactamente adonde quería regresar.

«Quizá por fin he entendido cómo funciona...».

Se volvió, preso de la urgencia por comprobar lo que quería. Miró debajo del asiento y la vio: ¡la mochila!

Con la mano hurgó en el macuto y encontró uno de los bocadillos que se había hecho preparar en Melbourne. Estaba allí desde hacía un par de días y debía de ser incomedible, pero el hambre se impuso. Lo desenvolvió y comenzó a comerlo.

El reloj digital de la pared de enfrente marcaba las dos de la madrugada. Una mujer de la limpieza arrastraba un carro amarillo-azul rumbo a los servicios. Los colores recordaban a Alex la camiseta de su equipo de baloncesto.

«Esta vez es mejor que esté alerta», pensó mientras empezaba a vagabundear por el aeropuerto inglés, ya desierto. Tenía el poder de atravesar la frontera entre distintas dimensiones, ya no tenía dudas al respecto, pero era un poder que controlaba solo en parte y que en general se manifestaba con independencia de su voluntad.

Miró la pantalla luminosa que señalaba las partidas de la mañana siguiente. Había un vuelo a Milán a las 6.50. En el bolsillo de la mochila aún tenía la tarjeta de prepago que le había proporcionado Marco. Esta vez, ese dinero lo devolvería a casa.

Después de haber repasado todos los escaparates de las tiendas, volvió a la zona de embarque y se sentó. Su pensamiento fue de inmediato a Jenny.

Probablemente aún se encontraba en el Planetario junto a un Alex idéntico a él pero que no era él. Se preguntó qué habría sucedido cuando había despertado el Alex alternativo, que con toda probabilidad no sabía nada de Jenny ni del Multiverso.

Hacia las seis de la mañana acudió a una taquilla y pagó el billete, rogando que esta vez el viaje no le deparara sorpresas.

—¡Por fin *mi* Milán! —exclamó al dejar la terminal de Linate, pero de inmediato sintió un renovado temor. No podía estar seguro de hallarse en el Milán correcto. Para confirmarlo debía hablar con sus padres. Y con Marco.

Bastante cansado y aturdido, usó el poco dinero que le quedaba para coger un taxi hasta su casa.

—Ojalá esté en el Milán que quiero... —susurró para sí mientras el taxista cogía la carretera de circunvalación y daba manotazos a la radio, que parecía no querer sintonizarse en ninguna estación, ofreciendo en todas las frecuencias un fastidioso zumbido.

Cuando se encontró frente al portal del número 22 de Viale Lombardia, Alex suspiró con alivio al leer el apellido «Loria» en el interfono. Llamó, a pesar de que tenía las llaves en la mochila.

—¿Sí? —respondió la voz de su madre. No esperaba encontrar a sus padres en casa, puesto que eran casi las diez de la mañana.

—Mamá, soy yo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Alex!

Los padres lo recibieron como si acabaran de liberarlo de un secuestro. En cuanto atravesó el umbral de casa, Valeria se abalanzó y lo estrechó en una especie de abrazo de oso. Mientras sollozaba y farfullaba palabras incomprensibles, con una mano apretó la nuca de su hijo aferrándole el pelo, en un gesto que mezclaba el afecto y el alivio por verlo sano y salvo con la

ira acumulada en aquellos días de espera.

Giorgio asistió a la escena con los brazos cruzados y un cigarrillo en los labios. Su postura era el resultado de las sensaciones que experimentada: la frente arrugada, la expresión de quien ahora exigiría explicaciones. Cuando Valeria liberó a Alex de su abrazo, el padre expulsó el humo por los labios apretados con una expresión severa.

—Bien, jovencito, ahora te explicarás. ¿Dónde demonios has estado? Y no te inventes historias.

—Sí... está bien —respondió el muchacho, aturdido.

Mientras dejaba la mochila en el suelo, Alex entrevió un ejemplar del *Corriere della Sera* sobre la mesa de la cocina. Era del día anterior y un titular destacaba en mayúsculas: TERROR A LO DESCONOCIDO. Una foto de una riña en el Parlamento descollaba a toda página. La precedían dos líneas en cursiva: «*Después del colapso de internet, sube la tensión. “El gobierno debe responder a los ciudadanos”, pide el pueblo. Tensiones y enfrentamientos en todo el mundo*».

Alex se sentó en la mesa de la cocina, mientras Giorgio cogía el periódico y lo agitaba con vehemencia:

—¿Has visto lo que está sucediendo? ¿Cómo piensas que nos hemos sentido?

—Os pido perdón.

—Eso no basta —replicó el hombre—. ¡Dinos dónde has estado de una maldita vez!

Alex eludió la mirada acusadora de su padre, de pronto consciente de que no había preparado una historia mínimamente convincente.

—He tenido que... —Alex miró sus manos, juntas sobre las rodillas, los dedos entrelazados nerviosamente—. He tenido que hacer un viaje... Era algo necesario.

Valeria se sentó frente a su hijo, mientras Giorgio permanecía de pie, con las manos aferrando el respaldo de la silla de la cabecera.

—¿Un viaje? ¿Adónde? ¿Acaso te has vuelto loco?

Alex se aclaró la garganta para ganar unos segundos.

—No sé qué decir. No, no creo que haya enloquecido.

—¡Habla de una vez! —Giorgio pegó un puñetazo sobre la mesa y sus mejillas se tiñeron de rojo. Se aflojó la corbata y añadió—: ¿O debemos interrogar a tu amigo Marco? Porque sabemos que te ha encubierto. Estábamos a punto de llamar a la policía. ¡Sabemos perfectamente que detrás de todo esto estaba ese chiflado!

—¡Basta! —soltó Alex y levantó la mirada para desafiar la de su padre—. Marco no es un chiflado sino un genio. Vosotros no podéis entender, no sabéis nada.

—Un momento. Trata de entender también tú. —Valeria se puso de pie.

—He terminado de hablar con vosotros. Ya no tengo nada que decir.

—¡Debes darnos una explicación! —bufó Giorgio—. Si no lo haces, como que hay Dios, te encierro en tu cuarto hasta el fin del curso escolar.

Alex permaneció con la mirada fija en el vacío, como ignorando el ataque por parte de sus padres.

Quieres hacerte el duro, ¿eh? —prosiguió Giorgio—. Sal inmediatamente de mi vista si no quieres que te dé una tunda ahora mismo.

Alex se irguió lentamente, sin responder. Cogió la mochila y abandonó la cocina. Se dirigió al baño, mientras intentaba decidir cuál sería su siguiente movimiento.

Frente al espejo, apoyó las manos en el borde del lavamanos y bajó la cabeza. Con los ojos cerrados, advirtió el peso de una situación que se le estaba yendo de las manos. Pero no era momento para deprimirse, ni para temblar o llorar. Era el momento de largarse de allí.

Alzó la cabeza y encontró su mirada en el espejo.

«Volveré contigo, Jenny», pensó mientras hacía correr el agua en el lavamanos para mojar la cara. «Volveré...», continuó repitiéndose mentalmente, como una cantinela.

—Espérame, Jenny... —musitó a su reflejo.

En aquel momento, detrás de la puerta entornada del baño, los ojos de Valeria Loria brillaron en el pasillo.

Había oído aquel nombre. Giorgio y ella sabían perfectamente quién era, pero Alex no podía recordarlo.

Sin embargo, desde los recovecos más profundos de la memoria, por aquella puerta inaccesible al rincón más oscuro de los recuerdos de Alex, Jenny había vuelto.

Cuando Alex salió del baño, no había nadie en el pasillo. Con la mochila a la espalda, se dirigió hacia la puerta de la calle mientras oía las voces atenuadas de sus padres, que estaban en la cocina discutiendo.

Cogió el pomo de la puerta y la abrió con un gesto decidido. Salió al rellano y soltó un largo suspiro. Luego bajó presuroso las escaleras y se encaminó hacia la casa de Marco.

— **N**O es posible —la voz de Valeria Loria traslucía incredulidad y preocupación.

—¿Crees que aún está sucediendo? —preguntó Giorgio mientras se dejaba caer en el sillón de piel de la sala.

—El doctor nos había dicho que no se podía excluir esta posibilidad, ¿recuerdas?

—Como si fuera ayer. Tal como recuerdo las paredes de esta casa antes de que las pintaran para borrar aquel maldito nombre escrito una y mil veces: ¡Jenny! Y aquel condenado símbolo que estaba por todas partes.

—Dios mío, Giorgio. ¿Cuántos años han pasado?

—Diez. Diez años.

—Espérame aquí, he de hacer algo. Vuelvo enseguida. —Valeria fue al recibidor y cogió un pequeño llavero de una cajita de madera colgada cerca de la puerta. En la etiqueta ponía SÓTANO.

Mientras bajaba las escaleras el aire gélido penetraba con fuerza en sus pulmones. Los recuerdos afloraban uno tras otro sacando a flote una historia que habían sepultado con mucho esfuerzo.

Valeria recordaba perfectamente aquella época.

Alex estaba en primero de primaria. Los demás niños dibujaban paisajes verdes, casas, árboles y transformaban el sol en una carita sonriente. Alex dibujaba solo, en su habitación, escenarios apocalípticos, ciudades en llamas, edificios que se desmoronaban. Cuando le preguntaban el porqué de aquellos dibujos, respondía sencillamente: «Yo lo he visto».

Valeria giró la llave del candado que cerraba la puerta del sótano comunitario y entró. Su espacio estaba al fondo a la derecha. Cuando llegó, le volvió a la mente el rostro cándido de Alex, con aquella melena rubia de ángel, que seguía repitiendo como en un sonsonete: «Jenny existe, Jenny existe, Jenny existe...».

Cada episodio del período más negro de su vida familiar estaba anotado en el diario de Valeria. Había empezado a escribirlo el día después del parto y lo había cerrado y escondido cuando había terminado aquella historia espantosa. Cuando Giorgio y ella habían actuado, porque había que hacerlo. Porque era preciso enterrar vivo a un monstruo que estaba devorando la infancia de su hijo.

Mientras Valeria sacaba una caja del sótano, Giorgio seguía en la sala. Había cogido una vieja agenda y la había abierto por la letra C. Recorrió los nombres hasta encontrar el que buscaba: «Clínica Privada Enricé Paoli». En la línea de abajo estaba escrito también el número privado del doctor Siniscalco, y entre paréntesis ponía «neurólogo».

Giorgio se sentó en el sofá, cogió el inalámbrico y marcó el número de la consulta del doctor.

Una secretaria respondió al segundo tono. Unos segundos de espera y el doctor atendió desde su interno.

—¿Sí?

—Doctor Siniscalco, buenos días. Soy Giorgio Loria.

Al otro lado de la línea hubo un silencio roto apenas por la respiración del doctor.

—Hace diez años usted trató a mi hijo Alessandro —añadió Giorgio.

—¿Qué clase de tratamiento? —La voz del neurólogo era la de una persona que fumaba desde su primera juventud.

—Usted nos remitió a un psiquiatra, el doctor Moriggia.

—Ah.

Giorgio dedujo del monosílabo que el neurólogo había recordado no una parte, sino todas las

dolorosas circunstancias de sus encuentros. Hablar nuevamente con el doctor Siniscalco, recordar aquel período oscuro de su vida, era como encender una linterna en una habitación olvidada de la memoria.

Los flashes del pasado arrollaron a Giorgio, embistiéndolo con la furia de un ciclón.

Las paredes de su casa embadurnadas con *spray*. El suelo del cuarto de Alex, donde el niño había grabado: con un cuchillo tres medialunas en espiral de las que Giorgio y Valeria ignoraban el significado. La carpeta de dibujos, llena de ilustraciones dignas de un catálogo del horror.

—¿Señor Loria...?

—Sí, perdone... Acudimos a su consulta por...

—... la terapia electroconvulsiva —terminó el doctor.

—Sí. Por tanto, ¿se acuerda de Alex?

—Rubio y de rostro angelical.

—Sí, angelical... pero atormentado.

—Si la memoria no me engaña, la terapia obtuvo los resultados esperados.

Era verdad, Alex había vuelto a dibujar árboles, niños y casas, como todos sus amigos. Después del tratamiento parecía haber recuperado la vida de un niño normal de seis años.

—Sí, también dejó de nombrar a aquella amiga imaginaria.

—¿Finalmente no lo llevaron al doctor Moriggia? Todo volvió a la normalidad, ¿no?

—Exactamente, doctor.

—Deduzco, por su tono de voz, que el problema ha reaparecido. ¿Cómo está Alex?

—Doctor Siniscalco, nuestro hijo desapareció varios días... Fue a buscarla.

—¿Se lo dijo él?

—Él no ha dicho nada, ha vuelto hoy y se ha negado a hablar, pero mi mujer lo ha sorprendido mientras hablaba solo ante el espejo. Y se dirigía a esa muchacha. El problema es que no es consciente de lo que dice. No recuerda nada, no entiende que está solo en su mente.

—Explíquese mejor... —El doctor encendió un cigarrillo y se levantó de su butaca para acercarse a la ventana y observar la ciudad.

En las calles que veía desde el sexto piso del edificio en Via Melchiorre Gioia había una gran confusión. Los semáforos parecían apagados, pero no había ningún guardia dirigiendo el tráfico. Observó una cola de personas impacientes ante un cajero automático. Algunos agitaban los brazos, otros vociferaban y algunos ya llegaban a las manos.

Giorgio le contó todo lo que había sucedido y preguntó:

—¿Cómo es posible que no relacione el nombre de Jenny con su infancia?

—Tiene sentido, señor Loria. En la mayoría de los casos, la terapia electroconvulsiva no produce resultados a largo plazo, al menos según los estudios realizados. También es verdad que la recuperación de las funciones mnemónicas varía de individuo en individuo. Su hijo, como consecuencia de la TEC que recibió de niño, ha perdido los recuerdos relativos a los dos años anteriores a ese período de su vida, en especial los referidos a los aspectos delirantes de la enfermedad. Por tanto, ha olvidado las pesadillas y visiones y ha borrado de su memoria también a esta amiga imaginaria de la que hablaba.

—No solo hablaba... su nombre estaba en toda la casa. Lo grababa sobre los muebles, lo escribía en las paredes... no se imagina usted lo que hemos pasado.

—Le aseguro que trato casos semejantes con bastante frecuencia, dada mi profesión...

—Claro, perdone. Por tanto, según me decía, depende de cada caso.

—Así es. Evidentemente, en esta circunstancia este problema ha reaparecido a partir del regreso de esta amiga imaginaria.

Las arrugas surcaron la frente de Giorgio, que se ensombreció y esperó unos instantes antes de responder con timbre seco y profundo:

—Doctor, no quiero pasar de nuevo por este calvario. ¿Qué debemos hacer?

La respuesta del neurólogo llegó despiadada como una sentencia definitiva, justo cuando Valeria entraba en la casa empujando la caja por el pasillo con el pie.

—Debemos repetir la terapia —dijo el doctor, y los ojos de Giorgio se cerraron como para impedirle el paso a esa posibilidad.

—Ya, otro electroshock —admitió resignado tras unos instantes de tenso silencio, mientras su mujer lo miraba apoyada en la jamba que separaba la sala del pasillo, con los ojos desencajados.

Giorgio colgó y dejó el inalámbrico sobre el mueble del que había sacado la agenda. Se levantó, se acercó a su mujer y trató de reconfortarla.

Mientras la abrazaba, con la mirada abstraída, le pareció que en las paredes reaparecían aquellas inscripciones y dibujos horripilantes.

Giorgio continuó mirando, incapaz de distinguir la realidad del velo transparente de los recuerdos que se había superpuesto a ella. Vio a su pequeño dirigiéndole una mirada despiadada y fría, repitiéndole como en una alucinación: «Jenny existe... Jenny existe... Jenny existe...».



— **A**l diablo, quiero ver qué está sucediendo en la ciudad —exclamó Marco asomado

a la ventana de la cocina antes de dar marcha atrás, conducir la silla de ruedas hacia la entrada y coger el abrigo del perchero junto al interfono.

Se lo puso y salió al rellano.

Accionó la silla hacia una rampa paralela a los peldaños que descendía hasta el portal de entrada. Al salir a la calle, fue abofeteado por una ráfaga de viento gélido que le hizo lagrimear los ojos detrás de las gruesas gafas.

El griterío de la gente en la calle fue la primera señal alarmante que recibió. Aquí y allá, corros de personas discutían a viva voz. Se respiraba ira y tensión por doquier. Algunos maldecían porque no conseguían acceder a internet con el móvil, otros despotricaban frente a un banco que había cerrado antes de hora. Un anciano desdentado blandía su bastón hacia los transeúntes, mientras chillaba: «¡Es la Tercera Guerra Mundial, ya lo decía yo!».

Marco recorrió la acera de Viale Gran Sasso hasta el cruce con la plaza Piola. Tenía los brazos rígidos, como atrofiados. «Me he quedado en casa demasiado tiempo, maldita sea...».

De las voces de la gente que cruzó durante el trayecto se enteró de algunas cosas. Para empezar, los periódicos no habían salido ese día. En efecto, los puestos de prensa estaban cerrados sin siquiera una nota que explicara el motivo. De un cesto verde de basura despuntaba un ejemplar del *Corriere della Sera* del día anterior. Marco lo cogió y miró la primera plana. El titular de apertura era «Terror a lo desconocido». Después de un rápido vistazo al editorial y otros artículos que proseguían en las páginas interiores, dobló el diario y se lo metió en el abrigo.

Según parecía, internet, como ya le había confirmado Ricky, había sido cortado en toda la ciudad. O mejor, en todas las ciudades. Y esto era el aspecto más siniestro de aquella caótica situación.

Por lo demás, parecía que varias tiendas y entidades importantes para la vida diaria, como bancos y correos, habían cerrado e incluso desactivado los cajeros automáticos. De ahí las protestas y juramentos delante de los cajeros.

El elemento que estaba desencadenando el pánico entre la gente era la ausencia de respuestas. Mientras conducía la silla hacia la plaza Piola, Marco oyó hablar de guerra, de terrorismo, incluso de una invasión de extraterrestres. Ante la imposibilidad de acceder a la Red para indagar, los ciudadanos se estaban volcando en las calles para manifestar sus peores miedos, en busca de unas explicaciones que nadie les proporcionaba.

En el semáforo del cruce entre Viale Gran Sasso y la plaza, Marco esperó el verde y luego accionó la silla. Algunos coches estaban llegando por su izquierda, del lateral y el carril preferente para taxis y autobuses. En medio del cruce, Marco levantó la mirada y vio que el semáforo estaba apagado. Miró deprisa a derecha e izquierda para comprobar su situación: los coches que venían por Viale Gran Sasso no parecían estar frenando. Algunos empezaron a tocar el claxon con apremio.

—¡Paraos! ¡Joder! —gritó Marco mientras veía una furgoneta de correos que desde la plaza estaba a punto de tomar Viale Gran Sasso sin mirar, dando por descontado que el semáforo funcionaba. Podía atropellarlo de lleno.

Podía seguir adelante, esperando que la furgoneta lo evitase, para llegar al semáforo antes que los coches de Viale Gran Sasso lo alcanzaran. O bien recular, dejando espacio al furgón pero arriesgándose a ser arrollado por otros coches.

—¡Tu puta madre! —aulló mientras en una fracción de segundo optaba por la segunda opción.

Lo importante no era hacia dónde ir, sino hacerlo deprisa. Los frenos empezaron a chirriar: el primero se detuvo en seco y los demás iniciaron un choque en cadena. Era un caos.

La furgoneta dobló por Viale Gran Sasso mientras Marco retrocedía, seguro de que le atropellarían.

Fue en ese instante cuando, a cámara lenta, el muchacho lo vio todo en una secuencia, antes de saltar de la silla y aterrizar sobre el pavimento: el furgón de correos que se alejaba, la colisión de automóviles a la izquierda, detrás del BMW que había frenado de golpe, y luego el taxi que, para evitar la colisión frontal con otro coche, había efectuado una maniobra temeraria adelantando la fila y dirigiéndose recto hacia el cruce.

Lo último que vio Marco antes del impacto del taxi contra su silla fue la silueta de Alex al otro lado de la calle, con la mochila a la espalda y gritándole algo.

Todo se puso negro en un instante, aquel en que aterrizó de bruces en el pavimento.

Alex atravesó a la carrera el cruce mientras alrededor todo era una pesadilla. Varios conductores se apearon para enzarzarse con aquellos que habían parado a la cabeza de la fila. Otros coches llegaban y frenaban. El taxista salió de su Opel blanco para acercarse, temeroso, al cuerpo de Marco.

—Virgen santa, no sé cómo ha sucedido. Yo... —balbuceó.

Alex se arrodilló junto al cuerpo de su amigo, lanzado a varios metros de distancia de la silla.

—¡Marco! ¡Marco! ¡Responde, te lo ruego! —suplicó mientras intentaba reanimarlo con bofetadas en las mejillas. La sangre le manchaba el rostro y tenía los ojos cerrados.

—¡Por Dios, no! ¡No se te ocurra morirte! ¡Despierta, maldición!

Los dedos de la mano derecha de Marco se movieron. Despacio, también los párpados dieron señales de vida, hasta que el muchacho abrió los ojos y lo vio.

—Estoy aquí, Marco. ¿Estás loco o qué? ¿Qué coño hacías en medio de la calle como un pasmado? ¿Dónde te duele? No sé si conviene que te ayude a levantarte.

—Yo... tampoco lo sé.

Alex pasó los brazos por las axilas de Marco y trató de arrastrarlo hasta la silla.

—Se ha escacharrado —dijo el inválido con esfuerzo—. Mira la rueda.

—Hay que llamar una ambulancia, Marco. Debes ir a un hospital. Pero mi teléfono está averiado.

—Coge el mío, lo tengo aquí, en el bolsillo interior. Alex hurgó y sacó el Nokia de su amigo.

—No hay cobertura— dijo sacudiendo la cabeza. —Llévame a casa. Llamaremos desde allí.

Alex lo sentó como pudo en la silla e intentó accionarla, pero el mecanismo eléctrico estaba averiado. Comenzó a empujarla a mano, encontrando la resistencia de la rueda trasera izquierda, doblada por el choque con el taxi.

El taxista se había largado, dejando su vehículo en medio de la calle. Entretanto, las discusiones de los conductores implicados en la colisión múltiple habían acabado a puñetazo limpio. El tráfico se había congestionado en torno a aquel punto y el concierto de cláxones había alcanzado un nivel ensordecedor.

Una vez en casa, Alex dejó la silla en el pasillo y corrió a coger el inalámbrico.

—¡Coño! ¡Mierda! —estalló—. No hay línea.

—Joder, también eso... —comentó Marco, resignado, como si se lo esperara—. El profesor tenía razón.

—¿Qué hacemos? Deben reconocerte en un hospital.

—Alex, ven aquí. No estoy tan mal. Me he golpeado la cabeza, vale. Sangro un poco, pero puedo apañármelas. Podría haber sido peor.

Se hizo llevar hasta el baño e indicó a su amigo el botiquín. Alex sacó agua oxigenada, alcohol, algodón, gasas y tiritas, y empezó a curarlo.

—La silla está averiada, y eso sí es chungo.

—Después enderezaré la rueda, para que al menos pueda rodar.

—Pero ¿cómo has aparecido justo en ese momento?

—Ahora te lo cuento todo. Me han sucedido muchas cosas que debes saber.

Alex le relató todo lo ocurrido en sus viajes, mientras ejercía de enfermero improvisado. Todo, salvo su encuentro con un Marco con las piernas en perfecto estado y feliz con sus padres, para no deprimirlo. Su amigo escuchaba con estupor y entusiasmo crecientes. La historia de Alex parecía una confirmación de todas las hipótesis que habían cobrado forma en la mente de Marco desde el día del accidente.

Aquel relato no daba lugar a malentendidos: el Multiverso era una realidad.

Luego, Alex arregló lo mejor que pudo la rueda de la silla, haciéndola utilizable.

Al final, su amigo le pidió que sacara un viejo televisor de tubo catódico que había guardado en un arcón años antes y que casi no recordaba que tenía. Pensaba que serviría para obtener alguna información más.

Alex buscó la toma de la antena en la pared de la sala, cerca del minibar, y conectó el cable del aparato. Luego cogió el mando a distancia y se lo pasó a Marco.

—Qué va —resopló Alex mientras su amigo hacía *zapping* por los canales, todos con un fondo azul sobre el que destacaba la frase:

PERDONEN LA INTERRUPCIÓN

REANUDAREMOS LA EMISIÓN LO ANTES POSIBLE

—Lo saben, pero nunca nos dirán qué está sucediendo. —Marco chasqueó la lengua, furioso. Con las manos temblorosas, soltó una carcajada sarcástica, mirando la pared delante de sí. Luego cogió el mando del televisor y lo estrelló contra la pared—. ¡Cabrones!

—¿Becker te lo había dicho?

Marco se volvió hacia su amigo, luego condujo manualmente la silla hacia delante y frenó a pocos centímetros de él.

—Tal cual. El fin está cerca. Debes regresar con Jenny. Quizá vosotros tengáis una posibilidad.

—Pero ¿cómo encuentro esa Memoria? No tengo idea de qué es. ¿Y qué tiene que ver con todo lo que está sucediendo?

—Debemos descubrirlo —respondió Marco antes de señalar con la cabeza la ventana de la sala—. Aunque sea la última cosa que haga antes de morir junto a toda esa gente.

Alex sacudió la cabeza, pero no supo qué contestar. Abrazó a Marco durante un momento. Con los ojos cerrados, pensó cuál podía ser la causa de aquel pánico global, sin encontrar respuesta. «Gracias, amigo», pensó, pero no tuvo fuerzas para decírselo.

El silencio que acompañó aquel momento de tristeza y resignación estaba cargado de significado. No era necesario añadir palabras. Marco se apartó del abrazo e hizo ademán de secarse las lágrimas que le anegaban los ojos, y fue entonces cuando Alex vio dentro de él.

El recuerdo surgió abruptamente, poniéndolo frente a aquella escena sin que pudiera resistirse a la fuerza de las imágenes.

Vio el Jeep del padre de Marco derrapando en la curva antes de derribar el guardarraíl y precipitarse al vacío, mientras la tormenta de nieve arreciaba y cubría la carretera, los árboles y las rocas. Vio todo esto por los ojos de su mejor amigo, atrapado en el asiento posterior mientras sus queridos padres estaban a punto de morir. La inestable sensación de caída al vacío por la ladera hizo vacilar el equilibrio de Alex. Las piernas empezaron a temblarle mientras su cuerpo era sacudido por los escalofríos. Era como estar allí, en aquel asiento posterior. Era como ver el fin.

Un sonido banal y estúpido, pero al mismo tiempo inesperado y siniestro, rompió la visión de Marco que había tomado posesión de la pantalla mental de Alex: el sonido del interfono, a pocos metros de ambos muchachos.

Se miraron atónitos, como si Marco hubiera sufrido la misma desorientación mientras Alex

excavaba involuntariamente en su memoria.

Marco se acercó al interfono.

—¿Sí? —dijo con recelo, escuchó un instante y dirigió la mirada hacia Alex—. Es tu padre.

**G**IORGIO Loria subió al piso con paso rápido.

—Sabía que te encontraría aquí.

Su tono sonó peculiar. No era de acusación ni amenazante, sino más compasivo que airado. Alex retrocedió sin pensar, como si temiera que esa extraña manera de actuar de su padre ocultase intenciones nefastas.

—Yo... he ayudado a Marco y...

—Ahora debes venir conmigo. Es importante. Luego llamaremos a alguien que ayude a tu amigo.

—Sí, pero...

—Vamos.

Giorgio cogió por el brazo a su hijo y lo arrastró fuera.

No abrieron la boca durante el breve trayecto a pie que separaba las dos casas. Se limitaron a intercambiar una mirada cargada de preocupación cuando superaron la barahúnda de coches accidentados o atascados entre el Viale Gran Sasso y la plaza Piola.

Cuando entraron en casa encontraron a Valeria sentada en el sofá, con los ojos brillantes, cogiéndose la cara entre las manos, los codos apoyados en los muslos.

—Lo has encontrado... —La mirada de la madre pareció revivir por un instante.

—Así es. Siéntate, Alex. Por favor.

El chico fue hacia el sillón enfrente del sofá y se sentó. Giorgio hizo lo propio al lado de su mujer, frente a una caja que tenía en ambos lados la inscripción MARCOS.

—Sabemos la razón de tu comportamiento insensato. Ahora escúchanos con atención. Probablemente lo que voy a decirte ha sido confinado en lo más profundo de tu conciencia. Quizá resurjan recuerdos que habías borrado.

Alex no tenía idea de a qué se refería su padre, aunque veía en su rostro y en el de su madre una profunda angustia.

—No entiendo...

Giorgio lo miró.

—No recuerdas nada de cuando tenías cinco y seis años, ¿verdad?

Alex sacudió la cabeza e hizo una mueca, dando a entender «muy poco».

—Mira, cuando eras muy pequeño —intervino Valeria—, sufriste una horrible enfermedad. Es muy probable que no conserves ningún recuerdo de aquella época, de lo que te turbaba. Digamos que esos desagradables episodios fueron...

—... eliminados —la ayudó Giorgio.

—¿Qué decís?

—Sí —continuó la madre—, estuviste muy mal. Una depresión aguda, acompañada por episodios de esquizofrenia y psicosis.

—¿Bromeáis? —Alex arrugó la frente.

—En absoluto —respondió el padre. Luego sacó unas tijeras del cajón del mueble contiguo al sofá.

—Creíamos que ciertos episodios nunca se repetirían. Lo creímos hasta hoy.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido hoy?

—Te he oído cuando estabas en el baño. La has nombrado.

Alex permaneció perplejo y confuso.

—Era tu idea fija —continuó Valeria—. Una especie de amiga imaginaria. Escribías su nombre por todas partes, solo hablabas de ella. Habitualmente los niños viven estas cosas como un

juego. Para ti fue una verdadera obsesión.

Alex se quedó desconcertado. Estaban hablando de Jenny.

—Mi amiga imaginaria... —susurró en voz baja.

—Decías que te hablaba. Una vez incluso garabateaste toda la casa con un rotulador rojo, escribiendo el nombre de Jenny en las paredes y dibujando un extraño símbolo.

Alex se estremeció. Su madre estaba hablando del Triskell, el amuleto del que Jenny nunca se separaba.

Giorgio cortó las cintas adhesivas y abrió la caja, de donde sacó carpetas, dibujos, fotos y un diario. El diario que Valeria escribía sobre la enfermedad de su hijo.

—Puedes verlo tú mismo. —Giorgio tendió unos dibujos a su hijo—. Esto era lo que tenías en la cabeza en aquella época.

Alex los cogió y comenzó a revisarlos.

Un muelle.

Una playa.

Una mujer pelirroja mirando por un telescopio. Un túnel subterráneo lleno de cadáveres.

Una serie de escenarios de destrucción y muerte, sangre y dolor.

«No es posible», pensó Alex, petrificado. Un escalofrío le recorrió la espalda, todo el cuerpo se le envaró repentinamente.

No tenía palabras. Algunos de aquellos dibujos representaban las situaciones con que se había tropezado en los últimos días. Estaban la playa de Altona y el muelle en el cual iba a encontrarse con Jenny. Estaba la señora Thompson, la niñera-astróloga, con su fiel telescopio. Y estaba el túnel con los cadáveres que había atravesado en la realidad paralela en que Milán era teatro de una sangrienta revuelta.

Todo esto ya estaba en su cerebro años antes de aquel momento. ¿Cómo era posible?

«Ya he estado en esos sitios... Ya lo he visto todo».

—Yo hablaba con Jenny... —dijo Alex mientras su madre hojeaba el diario.

—Cariño, tenemos miedo de que te esté volviendo a ocurrir. —El tono de Valeria era pesaroso—. Y no queremos que suceda.

—¡Yo hablaba con Jenny ya entonces! ¡Joder, yo me comunicaba con ella!

Valeria se volvió hacia su marido.

—Oh, Dios mío, otra vez... Cree que existe de verdad.

—¡Mamá, Jenny existe! ¡Ya lo creo que existe! —gritó Alex, agitando los dibujos que tenía entre las manos.

«La misma frase que decía de niño, con aquella mirada de hielo», pensó el padre.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Nunca creeréis en mis palabras. Está sucediendo algo que va más allá de la imaginación, por tanto, sé que lo que os diré sonará absurdo. Pero mirad a vuestro alrededor. ¿No es absurdo que internet esté cortado? ¿No es absurdo que ahora los televisores y los móviles no funcionen?

Valeria se volvió hacia su marido con aire preocupado.

—¿Y eso qué tiene que ver con Jenny? —espetó Giorgio—. El neurólogo me ha dicho que...

Alex enarcó las cejas.

—¿Neurólogo?

—El doctor que se ocupó de tu caso cuando eras pequeño.

—¿Qué coño me hicisteis a los seis años? ¿Cómo habéis sacado a Jenny de mi mente por tanto tiempo? —preguntó Alex, levantándose de un brinco.

—Alex —empezó su madre—, tomaste medicinas durante meses. Pero la situación empeoró. Cada noche te despertabas presa de terribles pesadillas. Nos hablabas de realidades catastróficas. Nos describías ciudades en llamas, decías que veías la tierra reducida a un

desierto de cenizas humeantes...

—La terapia farmacológica no funcionó —prosiguió Giorgio—. Tu psiquiatra nos derivó a un colega suyo, neurólogo, el doctor Siniscalco. Él trató tu problema de manera muy eficaz, y te curó.

—¿Cómo?

—Con una terapia electroconvulsiva.

Alex arrugó la frente y advirtió un temblor en las manos.

—¿Qué es...?

El padre lo miró a los ojos. Ya no podía esconder la verdad.

—Un electrochoque.

Alex se quedó en silencio un momento. Posó la mirada sobre los dibujos que asomaban de la caja. Eran muchos. Eran negros. Visiones terribles de escenarios futuros, colmados de sufrimiento y dolor.

—Bromeáis, ¿verdad?

—Solo fueron unas pocas sesiones de electrochoque. Fue necesario. Después de esa terapia fue como si hubieras renacido. Ya no hablaste de Jenny, volviste a ser un niño normal, comenzaste a relacionarte con tus compañeros...

—¡No me lo puedo creer! No estáis hablando en serio... Yo tenía un don, yo...

—¿Don? —lo interrumpió Valeria—. Sufrías una depresión terrible y una esquizofrenia incipiente. Parecía una situación sin salida, pero sin embargo gracias a...

—¡No sabéis lo que me habéis hecho!

Alex se dirigió a la caja y se arrodilló para rebuscar en su interior.

Valeria y Giorgio no supieron cómo responder a la acusación de su hijo. Quizá, pensaban, era la enfermedad la que lo hacía hablar así.

—Debo marcharme —dijo y alzó la caja con ambos brazos.

—¡Alex, quieto ahí!

Giorgio se levantó de un brinco, las manos tendidas y las facciones desencajadas por la desesperación.

—¡Dejadme! ¡Ya no sois mis padres!

—¡Te lo ruego, Alex! —exclamó Valeria desde el sofá, cogiéndose el pelo con las manos, presa de la histeria.

Giorgio alargó un brazo hacia su hijo intentando detenerlo. Intercambiaron una mirada llena de angustia e ira, hasta que el padre desistió.

Y Alex vio.

Vio la camita blanca.

Vio sus muñecas y tobillos sujetos a los lados de la cama. Vio un ancho esparadrapo pegado sobre su boca. Vio las batas blancas y las luces de neón.

Desechó ese recuerdo y miró a sus padres con horror. Ellos permanecieron impotentes frente a esa mirada.

—Adiós —dijo antes de volverse y marcharse con la caja. Solo Marco habría podido ayudarlo a entender algo de todo aquello.

— **N**O tengo palabras —comentó Marco después de la revelación de su amigo—. ¡Tú

siempre has tenido este don! Ahora se explica el porqué de ese vídeo que grabaste de pequeño...

—Debemos estudiar los dibujos. Encontrar más información.

—Claro. Déjame echar un vistazo. —Marco sacó de la caja unos folios y un bloc de notas. Entretanto, Alex sostenía el dibujo que representaba a Mary Thompson, con aquel pelo rizado tan tupido y el trazo del rotulador que se salía de los contornos del cuerpo regordete. Junto a la mujer, un sofá y un cuadro con el suelo lunar en primer plano. El mismo que había visto en la casa de la niñera de Jenny.

—Lo que no consigo entender es por qué yo. ¿Qué soy? ¿Qué somos Jenny y yo?

—Alex, quizá no seas tú, quizá no seáis vosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no está claro que estéis solos. Quizás haya otras personas así. Es razonable suponer que no estáis solos. Becker es uno de vosotros.

Alex miró con ansiedad a su amigo mientras en la calle se oía un ruido creciente: bocinas, alaridos y sirenas, como una ola que estaba cubriendo la ciudad.

—Seguiré husmeando en estos papeles —dijo cogiendo más folios de la caja.

Alex extrajo una agenda con cubierta de piel lila. La abrió y reconoció de inmediato la caligrafía de su madre. Era su diario. Comenzó a hojearlo. Aparte de algunos apuntes sobre su nacimiento como el peso, las medidas y los momentos más importantes de sus primeros meses de vida, el diario estaba centrado en su enfermedad.

Su mirada se elevó hacia la ventana. La ciudad se había teñido de gris, una niebla densa cubría las calles como un espeso manto. Alex entrevió la silueta de una mujer en el edificio de enfrente, inclinada hacia delante mientras recogía la ropa tendida. Un acto cotidiano que le hizo pensar en el trastorno sufrido por su vida en la última semana, y en cómo las vidas de todos, quizá muy pronto, ya no serían las mismas.

—Esto parece interesante —comentó Marco, que ya estaba examinando otro material—. «He soñado que Jenny se marchará —empezó a leer de una hoja—, que me abandonará. Pero no es culpa suya. Algún día volveremos a encontrarnos...».

Alex no pudo creer lo que estaba escuchando. «Entonces ya ha ocurrido todo», pensó.

—Marco, ¿quién demonios era yo de pequeño?

—Eras una persona especial —respondió su amigo y volvió a hurgar entre los papeles. De pronto se detuvo, como alcanzado por una iluminación—. Quizá las infinitas dimensiones sean simultáneas —dijo entornando los ojos reflexivamente—. Como un CD.

—¿Qué tienen que ver ahora los CD?

—Existen teorías sobre el tema. Al principio, cuando empecé a interrogarme sobre el Multiverso, encontré una de ellas. Un CD tiene un principio y un fin, y si lo reproduces tiene una duración. Pero si lo quitas del lector, tienes todo su arco temporal entre las manos en un determinado momento. Quizá también los universos sean simult... —Se detuvo, con los ojos como platos.

—¿Qué pasa ahora?

—Mira aquí —dijo alargándole un folio a Alex.

Representaba a dos muchachos estilizados en una habitación. Uno estaba sentado en un sillón y debajo de él estaba escrito «Alex». El otro estaba en una silla con una gran rueda en primer plano, y «Marco» escrito al lado. La figura del sillón tenía en la mano un folio que en pequeño



reproducía el mismo dibujo. En la esquina inferior derecha había una fecha: diciembre de 2014. Alex se quedó petrificado, sin saber qué decir. Su mente se colapsó con la idea de que cualquier cosa que dijera ahora, con toda probabilidad ya la había dicho.

—¿Lo comprendes? —preguntó Marco, mientras el estruendo proveniente de la calle era sustituido por el fragor de una lluvia repentina sobre la ciudad.

—Claro. Estos somos nosotros. Nosotros... ¡ahora! ¡Yo dibujé esta escena hace diez años!

Alex se quedó con los ojos fijos en el dibujo profético y acto seguido sacudió la cabeza mirando el suelo. Marco comenzó a hojear rápidamente los demás dibujos. Entre aquellos papeles podía estar escrito su destino, y quizá no solo el suyo. Pocos instantes después se detuvo en un folio arrugado.

—No... esto no.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Alex.

Marco se limitó a tenderle el dibujo para que lo viera por sí mismo. Cuando lo tuvo ante los ojos, palideció.

Sobre la derecha del folio, un círculo con siluetas marrones en el interior, rodeadas por vastas zonas azules. El trazo de pastel de punta gruesa se salía en varios puntos del contorno bien calcado. Parecía un planeta, posiblemente la Tierra.

Alex se fijó en la parte izquierda del folio.

Otro disco, este rojo encendido, con una estela para indicar la dirección hacia la cual apuntaba: derecho hacia la gran esfera azul.

Debajo, a la derecha, una fecha.

—Es la fecha de mañana —dijo Marco—. Y es la Tierra. Ya ha ocurrido y ocurrirá de nuevo.

—No puede ser, no lo creo. Es un error.

—Alex, ¡no es un error! —Marco volvió a coger los folios y se los enseñó uno a uno a su amigo—. Mira. Has dibujado las realidades paralelas en que te has encontrado en estos últimos días. Y luego el muelle, Mary Thompson...

—¿Estamos a punto de morir? —preguntó con un hilo de voz.

Marco lo miró a los ojos con una expresión repentinamente melancólica.

—Sí, creo que sí —admitió.

En ese instante, Alex fue asaltado por una imagen proyectada ante sus ojos. Lo vio como si el hombre estuviera allí, a pocos pasos de él, en la habitación, junto a Marco: el vidente malayo, sentado en aquel banquito y barajando las cartas indolentemente. Sus palabras le resonaron en el cráneo como campanas que tocaran a fiesta, mientras la penetrante mirada del malayo lo hipnotizaba.

«Todos nosotros en gran peligro... Tú importante».

—No puede ser —repitió Alex observando el dibujo caído en el suelo—. ¿Cómo es posible que alguien lo haya avistado? ¿Tú sabías algo?

—Un meteorito de pequeñas dimensiones puede ser avistado días antes del impacto, pero no causaría el fin del mundo que ha predicho Becker. Este es sin duda un gran asteroide.

—¿Y entonces? Entonces hay un error, este dibujo no es...

—Alex, un asteroide de grandes dimensiones puede ser avistado con mucha antelación. Pero... podría ser mantenido en secreto.

—¿Qué dices? ¿Todos vamos a morir y no nos dicen nada?

—Si han preparado una ciudad búnker, o algo por el estilo, no pueden permitirse que todo el planeta sea presa del pánico.

—Pero ¡en el mundo ya hay pánico, y cómo! Incluso sin saber nada respecto a este probable impacto...

—Claro. Saben que en nuestra época es difícil que una noticia de esta naturaleza no trascienda. Por eso, en los días anteriores a la catástrofe, nos han privado de todo medio de comunicación.

—Pero ¿quiénes? ¿De quién hablas?

—¡No sé quiénes son, Alex! Solo sé que internet no desaparece de un plumazo por casualidad. Está ocurriendo algo. Algunos podrán salvarse, seguro. Tú... Jenny y tú quizás estéis entre ellos.

—Mientras lo decía, recordó las palabras del profesor: «Podrán salvarse, pero la muerte los alcanzará igualmente».

Alex abstraigo la mirada. Todo lo que había visto y vivido hasta aquel día estaba a punto de desaparecer. Marco dio un puñetazo sobre la mesa y añadió:

—Becker no es un chiflado. Todo cuadra. Y si llegando a Memoria podéis salvaros, hacedlo. Debes encontrar ese sitio.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Vuelve con Jenny. Lo que es seguro es que debéis encontrarlo juntos. No sé si alguien más podrá salvarse. Yo menos que nadie.

Alex siguió abstraído, pero finalmente no pudo contener las lágrimas. Se levantó, se inclinó y abrazó a su amigo.

—No pierdas las esperanzas.

—Alex, ¿no ves que soy una piltrafa? Soy incapaz de pasar a otra dimensión y tampoco veo el futuro. Soy un tío normal y moriré como todos.

Alex no supo qué decir. Su amigo tenía razón. Tal vez su propio destino no sería distinto, pero de momento tenía una posibilidad: volver junto a Jenny y encontrar Memoria, fuera lo que fuese.

—Te quiero, Marco, amigo. Quizá podrías...

El tullido sacudió la cabeza para hacerlo callar.

—Hazlo y no pierdas más tiempo. Es tu camino. Ve en busca de Jenny. Puedes atravesar las dimensiones. Quizás en su realidad no suceda nada de esto. Quizás este es el verdadero valor de tu don: poder escapar de aquí. En cualquier caso, yo estoy condenado. Vete, Alex. No hay tiempo que perder.

—No te dejaré solo. No puedo hacerlo.

—¡Vete ya, joder! No me hagas cabrear. ¡No quiero que nadie me compadezca!

Alex lo miró con lágrimas en los ojos.

—Adiós, amigo. Cualquier cosa que suceda mañana, tú nunca te irás de aquí —le dijo llevándose una mano al corazón.

Luego se volvió y se dirigió hacia la puerta del piso.

Marco lo vio alejarse. Los largos años de su amistad le pasaron rápidamente delante de los ojos, sacudiéndolo con la fuerza de un ciclón. Volvió a ver las risas frente a los videojuegos. Volvió a ver las noches pasadas leyendo historias de terror, iluminados solo por velas. Volvió a ver los abrazos y las lágrimas en el funeral de su abuela, con Alex a su lado, su único amigo. Siempre había sido así. Y ahora, aquel que era más que un hermano estaba marchándose para no regresar nunca.

—¡Espera! —gritó Marco justo cuando Alex cerraba la puerta a sus espaldas. En aquella palabra había un inesperado entusiasmo.

Alex se volvió sorprendido y entró de nuevo en el piso.

—¿Se te ha ocurrido algo?

Marco lo observaba con aire decidido y ojos radiantes.

—Me parece que por fin he entendido qué es Memoria.

—¿L O has entendido así sin más, en un arrebató? —Alex estaba de pie frente a su amigo.

Marco lo miró intensamente.

—Alguien sabía muy bien que eras una persona especial. Siempre lo ha sabido.

—¿Te refieres a los míos? Ellos pensaban que sufría una depresión aguda.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo puede una madre permitir que le den electrochoques a su hijo de seis años?

Alex miró alrededor sin responder, incómodo.

—Tus padres te han quemado el cerebro a través de una terapia aparentemente correcta y eficaz, justificando esta drástica intervención con una supuesta depresión. ¿Te parece normal?

Alex bajó la mirada, dolido, y reflexionó sobre las palabras de su amigo.

—¿Adónde quieres llegar?

—Al verte marchar, he pensado en nuestro pasado y mi mirada se ha posado sobre esta página del diario de tu madre. Ya la había visto antes, pero ahora he notado un detalle que podría explicarlo todo.

—¿De qué se trata?

—Precisamente aquí habla de un sitio que tú mencionabas a menudo. Un «sitio mágico», así lo llamabas. Esta parte del diario corresponde al período posterior a la intervención. Tu madre escribe que tú, leo textualmente, «ha dejado de tener pesadillas, de nombrar a Jenny, de pronunciar frases apocalípticas y de dibujar símbolos extraños o escenarios apocalípticos». Y no solo esto... Hay una frase en especial que me ha impresionado, me ha lanzado una señal. Es la clave de todo. Velo tú mismo —dijo Marco tendiéndole el diario.

—«Mi niño ha dejado de hablar de ese sitio mágico. Ya no lo verá, ya no irá allí, se quedará aquí, siempre conmigo» —leyó Alex.

Marco sonrió.

—Todos los niños hablan de sitios mágicos, inventan y crean lugares fantásticos. Tú también lo hacías. Tu madre te había oído mencionar a menudo ese sitio. Sin embargo, después de la terapia escribió: «... ya no irá allí, se quedará aquí, siempre conmigo». No tiene sentido. ¿Qué padre podría pensar que si su hijo habla, no sé, de un castillo encantado, puede efectivamente ir a él? Es el fruto de la fantasía de un niño, no puede ser real. A menos que...

—A menos que ese sitio exista de verdad. ¿Memoria era mi sitio mágico? ¿A eso te refieres?

Marco no respondió. Estaba dándole vueltas a un razonamiento que de simple hipótesis podía transformarse en certeza.

—Tus padres han actuado fingiendo hacerte un bien, comportándose como personas corrientes. No sé por qué lo han hecho, pero así ha sido. Acudieron a un especialista que supuestamente curó tu mal. Todo normal. Todo insospechable, pero tus padres saben perfectamente cuál es ese sitio mágico, hablabas de él hace diez años. Ahora debes averiguar qué más decías de ese sitio. Tienes que preguntárselo a ellos, dado que tus recuerdos fueron borrados.

Alex reflexionó un momento. La deducción de Marco podía ser exacta. Debía intentarlo.

—De acuerdo.

—Cualquier cosa que descubras, debes seguir tu intuición e ir donde ella.

—Y ¿tú qué harás?

—Alex, todo esto ya ha sucedido. También yo seguiré mi camino.

Alex le tendió la mano a su amigo. Sus miradas se cruzaron por última vez, enérgicas y

decididas, mientras se estrechaban la mano con firmeza. Ya no era un triste adiós, hecho de lágrimas y desesperación. Era un desafío lanzado al mundo.

Cuando Alex llegó a la entrada de su señorial casa, en el número 22 de Viale Lombardia, le impresionó el silencio reinante.

Por la calle, hasta poco antes, imperaba el pánico y los episodios de violencia y protesta. Accidentes, atascos en los cruces, violentas riñas, multitudes que marchaban por la calle sin reparar en que ninguna cámara los enfocaría, ningún periódico se haría eco de su malestar.

Pero en cuanto Alex cruzó el pesado portón de madera, le pareció haber entrado en un refugio atómico. Silencio total. En la planta baja no se oía ni siquiera el habitual estruendo procedente del apartamento de la derecha, habitado por un aficionado al heavy metal, de veinticinco años, que se pasaba el día escuchando a todo volumen Testament, Slayer, Megadeth y grupos similares, dejando a veces el estéreo encendido incluso cuando salía de casa.

Tampoco se filtraba el volumen ensordecedor al que la señora del primer piso solía tener el televisor. No le bastaban los audífonos, tenía que apretar la tecla del audio hasta el 99. Y los habitantes de la señorial casa se veían obligados a tragarse toda la programación televisiva, a cualquier hora del día y la noche.

Un aullido rompió el silencio irreal que envolvía el vestíbulo. Era el gañido desgarrador de un perro al que probablemente habían dejado solo en casa.

Alex subió las escaleras mientras una fastidiosa brisa invernal se le colaba entre los pliegues de su sudadera. Pasaba el aire, pero no pasaban las voces. Como si el mundo exterior de aquella casa se hubiera apagado.

Frente a la puerta blindada de la casa de los Loria, Alex comprobó que ya no tenía las llaves en la mochila. Debía de haberlas olvidado en casa durante la última discusión con sus padres. Así que llamó al timbre.

Ninguna respuesta.

Insistió manteniendo apretado el botón, pero de pronto se percató de que nada sonaba en el interior del piso.

Comenzó a golpear la maciza puerta de madera con los nudillos.

—¡Abrid, maldición! ¡Soy yo!

Nadie respondió. Apoyó el oído contra hoja para tratar de captar algún rumor en el interior. Oyó unos golpes. Uno tras otro, una secuencia, al parecer provenientes del salón.

—¿Papá? ¿Mamá? ¡Abrid!

Retrocedió y bajó la mirada, pensativo. Luego apoyó nuevamente el oído y notó que aquellos golpes que parecían lejanos martillazos habían cesado. Volvió a llamar a la puerta con fuerza, gritando a voz en cuello.

Repentinamente, las llaves giraron en la cerradura y desbloquearon el mecanismo que blindaba la entrada.

—Dios... has vuelto. Ven, rápido —susurró su madre mientras abría una estrecha rendija entre la jamba y la puerta.

Alex se escurrió dentro a duras penas, ceñudo. Valeria cerró a toda prisa y dio tres vueltas de llave en la cerradura central y tres en la de abajo, cosa que Alex solo había visto hacer cuando se iban de vacaciones.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó.

—Tu padre lo ha decidido —respondió su madre, tajante, mientras él ya se dirigía a la sala.

Martillo en mano, Giorgio no se dignó decirle nada a su hijo, que lo miró con ojos desorbitados, y siguió martillando. Las ventanas estaban todas atrancadas: su padre estaba fijando la última tabla.

Sus progenitores estaban atrincherando la casa.

—¿Por qué? —preguntó Alex a su madre, que se calentaba las manos echándose aliento para

luego apoyarlas, tibias, sobre las mejillas.

—Temo que esté por estallar una guerra o algo peor —respondió. Lanzó un vistazo al mando de la calefacción central del piso—. No funciona desde ayer. Las paredes y los suelos están helados. Nos hemos dado cuenta tarde. He cogido del sótano todas las mantas de la abuela. Y tenemos la despensa llena de víveres. Podremos resistir durante...

—Yo no me quedaré en este búnker. No he vuelto para esconderme. Solo necesito una respuesta.

En ese preciso instante se apagó la luz. El piso, con todas las persianas bajadas y las ventanas tapiadas, fue tragado por la oscuridad. Los tres se encontraron inmersos en un gélido silencio. Contuvieron el aliento, hasta que su madre reaccionó, como si hubiera estado lista para la eventualidad de que, después de la calefacción y la línea telefónica, se fuese también la luz.

—Voy a buscar las velas —dijo.

Alex fue tanteando por el pasillo en busca de la mochila y acabó tropezando con ella. La recogió y se la puso a la espalda mientras Valeria encendía unas cerillas. Volvió al pasillo con un candelabro de ocho velas cuyas llamas se agitaban e iluminaban lo suficiente. Alex vio que tenía los ojos cansados y exhaustos. Se preguntó por qué sus padres habían cometido semejante violencia contra él cuando era solo un niño. ¿Quizás alguien los había obligado?

Giorgio se acercó y un haz de luz dio a Alex en pleno rostro. Su padre había cogido una linterna de algún cajón de la sala. Bajó la luz.

—Tú no vas a ninguna parte —dijo con tono autoritario, mientras la condensación transformaba su aliento en una nubecilla de vaho que se disolvía en el aire. Fue entonces cuando Alex lo miró a los ojos, y no necesitó ninguna luz artificial para penetrar en ellos.

—¿Qué es el sitio mágico? —preguntó a la vez que sentía un escalofrío en la espina dorsal.

Fue como entrar en un túnel sin salida. Entró en los recuerdos de su padre como atraído por un magnetismo irresistible. Como si una mano saliera de la memoria de Giorgio, lo aferrase y lo arrastrara a su interior. Igual que le había ocurrido en la estación de Cadorna, cuando había visto involuntariamente en el pasado de un desconocido descubriéndolo en tratos con una prostituta. O como había ocurrido con Marco, cuando Alex había sido catapultado en el terrible recuerdo del accidente de montaña.

Valeria asistió a la escena impotente, turbada por la invisible aura de energía que rodeaba a su hijo mientras abría los cajones de los recuerdos de su padre, al cual se le cayó la linterna de la mano. Los tres permanecieron inmóviles a la débil luz del candelabro.

Alex se veía a sí mismo en su cuarto. Era un niño, jugaba con rotuladores y hojas. Mamá lo llamaba para cenar, pero él respondía que estaba pintando el futuro y que no tenía hambre. Su padre aparecía en el pasillo, levantaba al niño por los brazos, le daba un azote en el trasero y lo arrastraba a la cocina.

—¡Basta de tanta historia del futuro, nunca llegarás al futuro si no comes! Cuando mamá dice que la cena está lista, ¡vas a la mesa inmediatamente!

Alex parpadeó involuntariamente varias veces. Ya no sentía ningún músculo del cuerpo, pero aun así permaneció erguido, firme sobre los pies, frente a Giorgio.

Ahora estaba en un jardín, algunos perros se perseguían y unos niños jugaban en un columpio. Él giraba en torno a un tiovivo y parecía feliz. Ni huella de depresión. Era un niño como los demás. Hacía un día espléndido y su madre estaba sentada en un banco, leyendo una revista de modas. De vez en cuando gritaba a Alex que no se alejara demasiado.

—¡Quédate dónde pueda verte, bribón! Y estate atento a no hacerte daño.

El niño volvía cada tanto al banco, asomaba su carita por detrás de la revista y sonreía a su madre. Ahora también Giorgio estaba junto a ella.

—He estado en el sitio mágico y estaba Jenny —anunciaba Alex—. Yo querría jugar aquí con ella, así podríais verla también vosotros, pero ella dice que no puede venir. Solo podemos

vernos entre nosotros.

La expresión de Valeria mostraba repentina contrariedad.

—Mamá, ¿por qué no te gusta que hable del sitio mágico?

Valeria no respondía y miraba con ojos llenos de dolor al pequeño mientras él continuaba su relato.

—Jenny dice que el sitio mágico solo existe cuando estamos juntos y que es solo para nosotros, es nuestro mundo.

—Basta, Alex.

—Cuando estamos juntos somos como el sol.

En el presente, Alex cerró los ojos y luego los abrió.

Apartó la mirada para liberarse de aquellos recuerdos e imágenes del pasado.

—He tenido la respuesta que buscaba —dijo, decidido.

Se volvió hacia la puerta blindada mientras sus padres intercambiaban una mirada de estupor vacilante, como si algo detuviera su instinto, algo que no habrían sabido describir.

—Te lo ruego, Alex... —gimió Valeria con la voz rota y lágrimas en los ojos, y alargó un brazo hacia su hijo, casi sin fuerzas.

Giorgio siguió sacudiendo la cabeza, impotente, mirando el vacío.

El hijo volvió la cabeza por última vez, dando la espalda a sus padres mientras giraba la llave en la cerradura.

—Adiós.

A continuación se encontró fuera de la que había sido durante años su prisión de cristal, dispuesto a abandonar para siempre a las personas que más lo habían querido y más lo habían perjudicado, por razones que no entendía. Además, no había tiempo para atribuir culpas ni para reconstruir aquel pasaje de su historia.

El fin estaba cerca. Y ahora Alex sabía qué era Memoria.

—Cualquier lugar en que estemos tú y yo, Jenny. Juntos. Estoy llegando.

**U**NA vez en la calle, Alex se dio cuenta de que el irreal silencio en el interior de la casa guardaba relación con lo que estaba ocurriendo fuera.

Ya no había peleas frente a los bancos. Ni se oían gritos.

El pánico, en su forma más desaforada e histérica, se había aplacado. Ahora había terror.

Alex se dirigió hacia la plaza Piola y a medida que caminaba se percató de que toda la gente estaba observando el cielo. En sus rostros se dibujaba la primera toma de conciencia de que el fin era inminente. Diseminados por las calles, se los veía pálidos, con los ojos desencajados y las bocas congeladas en un rictus de estupor mientras observaban el cúmulo deforme que se cernía sobre sus cabezas.

Alex levantó la vista al cielo. El asteroide aún estaba lejos, pero se veía amenazante. Parecía una piedra gris surgida en el firmamento, una mancha que hendía la bóveda celeste. Los colores que lo enmarcaban de fondo eran los del ocaso más fascinante, con rayaduras centellantes que arañaban una tela roja y violeta, mientras las nubes en torno se amontonaban en ovillos azules y grises.

Pero ninguna nube osaba interponerse entre el nuevo Señor del destino y los ojos de la gente. Ninguna tuvo el atrevimiento de oscurecer la visión más extraordinaria y horripilante que se hubiera presentado desde el alba de los tiempos. Los cúmulos se desprendían y se reunían, se extendían y se retiraban.

Aquel que llevaba el manto negro dominaba la escena. Habría envuelto a la humanidad en siglos y más siglos de silencio. Era el último juez de los hombres, venido a dictar la última ley. Por primera vez se impartiría verdaderamente una ley por igual para todos. No se salvaría quien tuviera un refugio atómico, tampoco quien se escondiese en un sótano. Y también las ciudades búnker reservadas a los políticos, hombres de religión, científicos y cobayas humanas, los elegidos para reiniciarlo todo después del choque, serían engullidas y aniquiladas. Se avecinaba el más devastador impacto contra el planeta, no habría salvación para nadie.

Alex se alejó de la plaza Piola, desorientado, avanzando entre la multitud que observaba horrorizada el cielo. Sabía que para llegar a Jenny tenía una sola posibilidad: reconstruir mentalmente su dimensión, tal como había hecho para regresar a Heathrow. Pero su mente estaba patas arriba. Imágenes, recuerdos y emociones variopintas se arremolinaban dentro de él. Solo en un lugar reencontraría el puente que lo llevará hasta Jenny: el Planetario en los jardines de Porta Venezia.

No tenía la certeza de que funcionara, de que aquel recinto astronómico pudiera llevarlo donde ella, mas debía intentarlo.

Alex echó a correr entre la multitud.

Recorrió Viale Gran Sasso, directo hacia el cruce con el Corso Buenos Aires. Los coches abandonados a lo largo de la calle, las bicis y los ciclomotores tumbados en el suelo, los semáforos apagados y las personas hipnotizadas por aquella visión apocalíptica conformaban un escenario tétricamente silencioso. El género humano había depuesto las armas.

El griterío de la gente se reanudó lentamente, temeroso y cauto, como si las personas hubieran elegido a aquel asteroide como su Dios y temieran perturbar su advenimiento.

Alex ya estaba en plaza Argentina. Los escaparates de las tiendas eran mudos recordatorios del superfluo materialismo del hombre, y se sucedían uno tras otro sin tener ya nada útil que ofrecer. Ante los ojos de Alex desfilaron niños cariacontecidos, ancianos resignados y adultos aterrorizados. La histeria volvía a incrementarse, como si el momento de inmovilidad que la ciudad acababa de vivir fuera la calma antes de la tempestad.

En las proximidades de la plaza Lima, un muchacho de pelo largo con el torso desnudo y blandiendo un bate de béisbol miraba el cielo y gritaba:

—¡Ven, hijoputa, aquí te espero! ¡No me das miedo!

Unos metros más allá reparó en que algunas personas utilizaban el móvil en modo cámara y grababan el espectáculo. Imágenes memorables, pensó Alex, que ningún telediario emitiría en la edición especial de la noche.

Cuando la gente volvió a hacer uso de la voz, Alex oyó los más diversos comentarios mientras seguía avanzando hacia Porta Venezia. Algunos afirmaban que no había nada que temer, que Estados Unidos había previsto la llegada del asteroide y ya habían lanzado varios misiles que en cuanto lo alcanzaran lo pulverizarían. Otros creían que con el paso de las horas la Tierra habría rotado y el asteroide caería en el océano Atlántico, provocando la inundación de toda la península Ibérica.

—Tened fe —decían—. El tsunami no llegará hasta aquí.

Alex no detuvo su carrera. Cuando llegó a la verja de los jardines públicos, la encontró cerrada. Tendría que saltarla.

Se izó con todas las fuerzas que le quedaban. Las ramas secas de un árbol al otro lado de la valla se enredaron en el pelo. Se dio impulso con los brazos y aterrizó sobre la grava.

La estructura rematada en cúpula del Planetario se erguía ante sus ojos.

La entrada estaba abierta. El muchacho pasó entre los carteles que anunciaban una conferencia para estudiantes que nunca se celebraría, luego superó la segunda puerta, dejando a sus espaldas un pequeño cortinaje, y estuvo dentro.

La sala estaba oscura, pero no parecía desierta. Al otro lado del palco, tres o cuatro sin techo dormitaban apoltronados en unas sillas.

—Debo conseguirlo —susurró mientras ocupaba su sitio, en un rincón donde los vagabundos no podrían verlo.

Cuando cerró finalmente los ojos para concentrarse y anular cualquier estímulo exterior, la imagen fría y potente del asteroide pareció adueñarse de su mente. Trató de expulsarla pero permanecía allí, como una diapositiva atascada que impedía que corriera el engranaje.

Luego apoyó la nuca en el respaldo y entreabrió los párpados, observando el techo. La reconstrucción artificial del firmamento estaba desactivada, pero era el mismo techo donde había visto el cinturón de Orión por primera vez, de pequeño. El mismo que había admirado con Jenny poco antes, en la dimensión a la que ahora intentaba desesperadamente volver.

En un instante volvió a ver todo en una secuencia. Los ojos de Jenny, su primer beso, el Triskell, la Vía Láctea, los dedos de ella entrelazados con los suyos.

El torbellino lo arrastró con una fuerza extraordinaria, arrojándolo a un túnel de voces y colores sin contornos, mientras miles de rostros sin nombre le caían encima y pasaban a través de él.

Despertó con una aguda punzada en la frente.

Estaba sentado en una cama.

Cuando enfocó la realidad circundante comprendió que se encontraba en su cuarto «alternativo». Su mirada fue de inmediato a la repisa junto al escritorio. El trofeo de Atleta del Año no estaba. En compensación, colgada en el muro, había una medalla de oro. Se levantó para leer la inscripción. Rezaba: «Torneo Regional de Baloncesto — Campeones».

Alex sonrió. En su dimensión, aquella final la habían perdido por un punto, con un triple suyo que sobre la campana había rebotado en el aro y acabado fuera: cuestión de centímetros. En la realidad de Jenny aquellos centímetros se habían desplazado ligeramente a su favor.

La voz de la muchacha le llegó sin preaviso.

—¡Alex, te siento! ¡Has vuelto! Te lo ruego, dime que es así.

—Sí, estoy aquí. Acabo de despertarme en mi cuarto. ¿Por qué no estamos juntos?

—He tenido que huir. De pronto no me reconocías, casi me has agredido en el



Planetario.

—No era yo, Jenny. Había perdido el control. ¿Dónde estás?

—Estoy escondida. En la ciudad hay una especie de toque de queda.

—¿Qué quieres decir...?

—Están todos encerrados en casa, no sé por qué, pero el cielo se ha vuelto extraño, parece inminente un huracán o algo peor.

—Sucederá también aquí, joder. ¿Dónde puedo encontrarte?

—¿Qué sucederá también aquí?

—Después te lo explico. ¿Dónde estás?

—No lo sé. Caminé mucho, hasta una estación de trenes. En un cartel azul ponía LAMBRATE. Luego proseguí derecho.

—¿Has visto el nombre de la calle?

—Sí, Via Rombon. Parece que ha estallado una guerra, el ejército está por doquier...

—¿El ejército?

—Sí, y los altavoces emiten la orden de permanecer en casa. Es una decisión del gobierno, según parece. Por seguridad nacional.

—Qué locura...

—Ven, te lo ruego. Me encontrarás debajo de un puente, cerca de una salida a la autopista.

—Vale. Estás junto a la entrada de la carretera de circunvalación.

—Deprisa, Alex. Tengo miedo. Hay unas matas a los lados de la calle. Si pasan vehículos militares me esconderé allí.

—Llegaré tan rápido como pueda.

Alex se precipitó a la calle y corrió hasta quedarse sin aliento. Primero hasta la plaza Piola y luego enfiló Via Pacini, directo a Lambrate. El silencio caído sobre la ciudad le transmitía un gélido sentimiento de muerte. En el cielo, unos nubarrones negros que se estaban amontonando impedían vislumbrar el asteroide. Una sirena rompió el silencio de improviso, seguida por un aviso emitido por un megáfono. La voz provenía de sus espaldas, bastante lejana.

Alex ya entreveía la fachada de la estación de trenes. Cuando cortó en diagonal la plaza, vio que las persianas de todas las viviendas estaban cerradas. Pensó en sus padres, atrincherados en casa en su dimensión original.

La ciudad desierta le devolvía el sonido de sus pasos y su respiración afanosa. De vez en cuando reaparecía la sirena, seguida por el aviso. Alex no aflojó en los cruces, ni se detuvo ante ningún semáforo: no era necesario. Por las calles no circulaban vehículos de ninguna clase. Cuando saltó bajo el puente en Via Rombon oyó gritos. Aflojó la carrera y miró a lo lejos, de donde parecía provenir el griterío. A su izquierda vislumbró la calle que llevaba a plaza Udine. La voz provenía de allí. Al final logró verlo: un hombre desnudo empuñando un fusil. Estaba en medio de la calzada, a por lo menos doscientos metros de él. Alex se aseguró de que no lo observaba y se preguntó qué se propondría.

—¡Y vendrá el tiempo del Juicio final! —gritaba presa de la histeria—. ¡Y vendrán los carros del Señor a llevarse a las almas condenadas! ¡Y vendrá el Ángel a traer la redención! ¡Acógeme, oh, Jesucristo, acógeme entre tus brazos, y conmigo a mis hermanos, y con mis gentes podrás...!

Alex no oyó el fin de aquella súplica porque una furgoneta del ejército apareció súbitamente y dos militares abrieron fuego sobre el hombre, que se desplomó en el acto.

—Maldición —masculló Alex, antes de volverse y reanudar la carrera.

Siguió corriendo con todas sus fuerzas, dejando atrás una estación de servicio, un mercado municipal y una serie de tiendas. Al final llegó al puente donde estaba Jenny. Se volvió. La furgoneta estaba al cabo de la calle. Y venía directa hacia él. Lo habían visto.

—¡Jenny! ¡Jenny! ¡Estoy aquí, Jenny! —gritó.

La muchacha se asomó tras una mata, pero Alex enfocó más allá de su figura una segunda

furgoneta militar proveniente de la dirección opuesta.

Ambos corrieron a encontrarse.

Alex estrechó a Jenny mientras veía cómo el vehículo avanzaba hacia ellos. La muchacha se abandonó a su abrazo y a espaldas de Alex vio la furgoneta de los militares que habían abatido al hombre desnudo, a un centenar de metros más atrás.

Estaban rodeados.

Ya no tenían escapatoria.

En el escenario desierto de aquella zona de la ciudad, dos jóvenes abrazados se encontraban entre dos vehículos del ejército listos para disparar.

Un uniformado saltó fuera de la primera furgoneta, seguido por otros que se dispusieron en semicírculo en torno a la pareja.

—¡Disparad! —ordenó el oficial.

Alex miró a Jenny a los ojos. Querían matarlos. Pero ¿por qué? No eran unos locos fanáticos que provocaran desórdenes por la calle, y tampoco iban armados. Solo eran dos muchachos que buscaban refugio. No tenía sentido. Como tampoco lo tenía que un niño de seis años fuera sometido a un electrochoque por sus propios padres. Ambos pensamientos cuajaron entre sí mientras en la mente de Alex aparecía una pregunta incongruente: ¿qué tenían en común sus padres con una patrulla militar? Nada. Y quizá precisamente esa era la respuesta. No existía un enemigo, era el fin mismo que los estaba persiguiendo como un agujero negro lo engulle todo. Jenny abrió desmesuradamente los ojos, las rodillas le temblaban y sus manos ceñían el cuerpo del muchacho.

—Mira dentro de mí... —ordenó Alex mentalmente.

Se clavaron la mirada mientras los militares apuntaban sus armas, los dedos en los gatillos, listos para la ejecución.

Entonces una súbita luz brotó de su abrazo y se propagó alrededor, una secuencia de haces luminosos que estallaron en todas direcciones creando una enorme cúpula blanca que iluminaba las calles, las casas y el cielo.

—Pero ¿qué demonios...? —balbuceó un soldado.

—No lo sé —respondió el oficial.

El sol ya había caído en aquella fría tarde de principios de diciembre, pero la luz emanada de la unión entre Alex y Jenny iluminaba toda la zona.

Los militares se quedaron paralizados, con las miradas absortas. En un instante, todas las órdenes recibidas, el adiestramiento, los juramentos y los códigos se convirtieron en blandos recuerdos sepultados en el tiempo. Por encima de todo prevalecía aquella energía increíble que paralizaba las articulaciones y los miembros. Ningún soldado hizo fuego y tras unos instantes dejaron caer al suelo las armas. Con los brazos pegados a los costados y la mirada extraviada en el aura luminosa, permanecieron de pie el uno al lado del otro sin dar un paso. Tenían los músculos entumecidos. La energía que los petrificaba no podía ser combatida con ningún entrenamiento militar.

Estaban en el sitio mágico.

El sitio mágico somos Jenny y yo, juntos.

**J**ENNY y Alex observaron la escena surreal unos momentos, luego se alejaron más allá del

punto, dejando a los militares clavados en el suelo y sin entender qué estaba sucediendo.

«Jo, parece que los hubiéramos drogado», se asombró Alex mientras corrían hacia la zona industrial. Los dos cortaron por una calleja que llevaba de la calle principal al barrio y pronto se encontraron en un área poblada de naves industriales.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jenny casi jadeando.

—A ocultarnos en un sitio seguro.

El muchacho estaba seguro: la topografía ciudadana de aquella dimensión no difería demasiado de aquella en que él había vivido durante dieciséis años. En efecto, girando por una vía privada con un cartel de CALLE SIN SALIDA encontró la entrada de un pasaje subterráneo que conocía bien. Una escalinata que bajaba a un túnel lleno de grafitis que pasaba por debajo de una vieja línea ferroviaria y salía a la superficie doscientos metros más adelante. Los militares tendrían difícil descubrirlos allí.

Bajaron las escaleras y se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada en la pared del túnel, donde en un grafito ponía *REBIRTH*, renacimiento.

—¡Esto era Memoria, Jenny! ¡Nos hemos salvado gracias a Memoria! Memoria somos tú y yo. Es nuestra unión. —Alex se arrodilló delante de ella—. Yo... yo lo perdí todo, cada fragmento de mi infancia, a causa de un electrochoque.

—¿Un electrochoque? Y quién...

—Mis padres, Jenny. Fueron mis padres, pero comienzo a entender algo. Hay alguien, o algo, que quiere destruirnos.

—Alex, yo... nadie me ha sometido a electrochoques cuando era niña. Más bien recuerdo perfectamente mi infancia, pero comencé a oír tu voz hace unos años, durante los primeros desvanecimientos.

—¡Cierto! —La mirada del muchacho se encendió de improviso, los ojos abstraídos mientras rememoraba aquella insólita historia rebobinando la película de los propios recuerdos.

Jenny lo observó silenciosa, a la espera de un veredicto.

—Está claro —dijo él por fin—. Nosotros estamos en contacto desde siempre porque yo, antes del electrochoque, hablaba con la Jenny de mi dimensión. Y también la había encontrado, precisamente en el Planetario. En efecto, experimenté un intenso *déjà vu* cuando entramos juntos allí. Pero supongo que tú nunca habías estado en Italia...

—Nunca, que yo sepa. O sea, ¿qué explicación tiene todo esto?

Alex miró los ojos expectantes de la muchacha y comprendió que había llegado el momento de la verdad.

—En mi dimensión tú... tú estás muerta desde los seis años.

Jenny se limitó a mirarlo con incredulidad, como si aquella revelación aún no ejerciera el efecto que debía suscitar.

—He esperado para decírtelo porque todo era muy complicado...

—¿Cómo lo sabes? —replicó la muchacha con tono frío, distante, mirando a otra parte.

—¿Recuerdas cuando te dije que había visto el Triskell? Tú ya no querías hablarme, pero eso te convenció.

—Ya.

—Lo vi en tu casa. En casa de Mary Thompson, en realidad. En mi dimensión ahora allí vive tu niñera. Tú falleciste a los seis años y tu familia se mudó de vivienda.

—Pero ¿qué demonios dices? ¡Eso no es posible! ¡No tiene sentido! ¿Y cómo... cómo habría

muerto, según afirmas?

—Créeme, no me estoy inventando nada. Yo, de pequeño, estaba en contacto con esa Jenny. No contigo. Sé que es absurdo, parece que hablara de dos personas.

Jenny se mordisqueó las uñas nerviosamente, luego se volvió de espaldas. En la pared frente a ellos otro grafito auguraba FOREVERLOVE, en una única palabra y enormes letras redondeadas.

—¿Y yo quién soy, entonces? —preguntó Jenny volviéndose de nuevo hacia Alex.

—Cuando recuperé la facultad telepática, seis años después del electrochoque, ya no habría podido ponerme en contacto con la Jenny de mi dimensión porque estabas... estaba muerta. Pero, de algún modo, en ti hay algo de ella, o bien compartís algo que me ha permitido seguir comunicándome contigo aun después de su muerte.

La muchacha se puso en pie, al parecer dispuesta a marcharse.

—Jenny —la llamó Alex adivinando su miedo, el rechazo a aquella inconcebible verdad—. No nos queda mucho tiempo.

Ella lo ignoró, de modo que él se acercó, la cogió por los hombros y la hizo volverse hacia él más bruscamente de lo que pretendía. Sus ojos cruzaron una mirada profunda.

La vista de Alex se nubló. Los párpados empezaron a temblar, mientras una foto tomaba forma. Una foto enmarcada. Una silueta humana se perfiló en el centro: una muchacha. Llevaba un bañador entero, azul, con el número 7 en el pecho. Alex miró más abajo. La muchacha estaba en el peldaño más alto de un podio. Era Jenny.

Repentinamente se sintió como arrastrado dentro de la fotografía. No se dio cuenta de cómo ocurrió, pero se encontró encima del podio, viendo con los ojos de la vencedora. Contempló la multitud de parientes y padres que aclamaban su nombre, mientras una pancarta a lo lejos rezaba «21.ª COMPETICIÓN ESCOLAR» y detrás del público se entreveía una piscina dividida en ocho calles.

Alex trató de sacudir la cabeza, pero estaba como paralizado por aquel recuerdo.

Luego todo se volvió negro y tuvo que esperar varios segundos antes de lograr enfocar formas definidas.

Había un árbol. Una hilera de árboles. Hacia la derecha vio una pareja de mediana edad bien vestida. Detrás de ellos, algunos muchachos, también ellos elegantes, en traje negro de ceremonia. Más a la derecha aún, un párroco arrastraba la sotana por la tierra fangosa y hundía los zapatos en el limo. En las manos sostenía un brasero de metal que despedía humo de incienso. Se detuvo delante de dos fosas abiertas. Junto a cada una había un ataúd, listo para ser bajado. Una señora se acercó y entre lágrimas dijo:

—Tus abuelos te han querido mucho...

Todo se puso otra vez negro. Imágenes indistintas se sucedieron superponiéndose. Paisajes, personas, paisajes cada vez más vastos, personas cada vez mayores.

Silencio, oscuridad.

Nada.

Por fin vio el recuerdo que estaba buscando. Esta vez lo observó como si fuera la escena de un filme, no en primera persona. Las voces eran tenues pero distinguibles, los colores y contornos incluso demasiado realistas.

—Mary, ¿están listas las rosquillas? —preguntó la pequeña Jenny, arrodillada delante del sofá y con los brazos apoyados en el asiento. Los rotuladores estaban esparcidos por doquier. Frente a ella había una hoja en blanco.

—Casi, mi princesa, casi listas... —respondió la mujer desde la cocina, pero la pequeña ya estaba entonando una tonadilla infantil que hablaba de un oso y una ardilla.

—¿Mary? —gritó la niña.

—¿Sí, cielo?

—¿Sabes que ayer estuve en el sitio mágico?

—Claro que lo sé, mi niña. Me lo dijiste antes de dormirte.

—No es verdad, no te lo dije. ¡Te lo estoy diciendo ahora! ¿Sabes que ese sitio no es un verdadero sitio?

—Creo que ya me has hablado de él.

—No es verdad, uff... ¡Mentirosa, mentirosa, mentirosa! Tú no sabes qué es el sitio mágico, nunca has estado allí. Además, ¡contigo no funcionaría! Tengo que estar yo para que funcione...

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

Mary Thompson volvió a la sala llevando una bandeja con dos tazas humeantes de té y un cuenco de rosquillas de chocolate.

—¡Uau, rosquillas! Qué ricas...

—¿Cómo es que sin tu presencia el sitio mágico no funciona?

—¡Porque no es un sitio! ¿Ves como no lo sabes? —La niña rio—. Tengo que explicártelo todo, porque sabes menos que nada. —Su risa se apagó mientras la pequeña mojaba una rosquilla en el té.

—Entonces cuéntame...

—El sitio mágico es cualquier sitio alrededor de Alex y yo cuando estamos juntos. Todo se vuelve hermoso. Sucede todo aquí. —Jenny se tocó la cabeza.

—Entiendo... es una cosa magnífica. Pero ya me la has contado.

—¡No es verdad!... Qué sabrosas están las rosquillas, Mary. Vale, esta vez te perdono por no saber nada.

—Gracias.

—¡Adoro tus rosquillas! Pero ¡este té está asqueroso! ¿Lo ha comprado mamá?

—No, princesa, es una especialidad mía. Y no se dicen esas palabras malsonantes...

—Sí, pero es muy... amargo. Tiene un sabor extraño. —Bebe, cariño, bebe que te hace bien.

—Después me cuentas la historia del perro que... que... ¡Mary!

—¿Sí, pequeña?

—Ma-ma... Mary... no resp...

La niña empezó a toser a medida que la cara se le ponía violácea y tendía una mano hacia la niñera que, sonriente y complacida, continuaba bebiendo su té. Aquel en que no había puesto veneno.

—Este es el recuerdo que te faltaba... —dijo Alex, exhausto.

Jenny lo observó absorta y sobrecogida. Poco a poco se recuperó, pero la cabeza le pesaba como una roca y punzadas de dolor la atravesaban de lado a lado.

—Tal como pensaba.

—¿Qué... qué?

—Ahora está en mis recuerdos, Jenny —dijo Alex, antes de que ambos se miraran a los ojos y experimentaran una sacudida—. Mira tú misma —musitó él—. Mira dentro de mí.

Sabía que ella lo vería todo.

El pasaje subterráneo quedó repentinamente a oscuras y la mente de Jenny fue arrastrada lejos, como si en los pensamientos de Alex hubiera un potente imán. Entonces se vio a sí misma, de pequeña, asfixiándose y cayendo en el suelo mientras su niñera la observaba sin mover un dedo, con la taza de té entre las manos. Experimentó un intenso vértigo y se derrumbó, presa de la náusea. Luego volvió a abrir los ojos, de golpe.

—¡No es posible! —Sé que es tremen...

—¡No! ¡No! ¡No puede ser! Pero ¡si Mary siempre me quiso con locura!

—Quizás alguien la haya clonado. Mary, mis padres... Creo que hay algo muy gordo detrás de todo esto.

—Dios... de locos. En tu realidad yo he sido asesinada. ¡Es absurdo!

—Cálmate, Jenny... estás aquí conmigo.

Ella se volvió de pronto cuando oyó una sirena a lo lejos.

Fue a levantarse, pero Alex la retuvo por el brazo.

—Espera. Aún no lo has visto todo —dijo.

La muchacha lo miró, atónita, y los ojos de los dos se unieron por última vez.

Jenny vio el dibujo.

Vio al vidente malayo.

Vio a Alex y Marco sentados en la sala delante de los ordenadores, discutiendo sobre el fin del mundo.

Cuando volvió a abrir los ojos, no tuvo fuerzas para hablar. Ya no había nada que decir.

—Ahora lo sabes todo —dijo Alex—. Marchémonos de aquí.

**A**LEX y Jenny salieron del túnel mientras un trueno retumbaba sobre sus cabezas y la lluvia

empezaba a bañar la periferia de Milán. A su alrededor, hileras de naves industriales casi idénticas, con grandes verjas de acceso a amplios aparcamientos llenos de camiones.

Dejaron el barrio industrial a sus espaldas mientras un viento gélido se mezclaba con la lluvia. Corrieron hacia la entrada de la carretera nacional que salía de la ciudad. En torno a ellos, solo el rumor de la insistente lluvia que caía sobre el asfalto. No había coches. Ni personas.

A unos centenares de metros, la carretera pasaba por debajo de un paso elevado y proseguía más allá, flanqueada por matorrales y extensiones de campos helados.

—¿Adónde vamos? —gritó Jenny al tiempo que con una mano se echaba atrás el pelo empapado.

—Lejos de la ciudad. Milán está llena de soldados.

Alex aflojó el paso al acercarse al paso elevado. Jenny soltó su mano, hurgó en los vaqueros y sacó una goma violeta para el pelo. Mientras se lo recogía, sus ojos rezumaron lágrimas y lluvia.

—¿Vamos a morir?

Alex tosió con fuerza y se acercó. La ropa empapada se le adhería a la piel y empezaba a sentirse débil y exhausto.

—No... no lo sé, Jenny. No entiendo mucho. Estamos juntos, debería suceder algo.

—¿En qué sentido? —La muchacha lo miró, confusa.

—Memoria, el sitio mágico, tú y yo juntos... Debería cambiar algo, ocurrir algo... No lo sé, ¡maldición!

Alex miró más allá del paso elevado, hacia el cielo encendido del que caía aquella lluvia ácida y maloliente. El asteroide volvía a ser visible, un amasijo de roca incandescente empeñado en su último tramo en órbita en torno a la Tierra antes del choque. Nada había cambiado.

—Quizá no seamos nosotros... quizá Memoria no exista.

—Comencemos por buscar un sitio donde refugiarnos —sugirió Jenny—. Una casa, algo. No podemos permanecer aquí.

Alex asintió, se acercó y la besó en la frente, con delicadeza. Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre su pecho durante un momento, mientras los truenos se sucedían, amenazantes.

Reanudaron la marcha en silencio.

Prosiguieron a paso rápido por la carretera, cruzaron una rotonda y un tren de lavado, sin pensar en nada, hasta que unas casas tomaron forma a lo lejos, al otro lado de una gasolinera. Había un cartel blanco con una inscripción negra. Debía de ser el nombre de un pueblo.

—Vamos, Alex... Allí —dijo Jenny.

En cuanto dieron los primeros pasos por la carretera que entraba en el pueblo advirtieron que el toque de queda había sido impuesto también allí: las calles estaban desiertas, las tiendas, cerradas y las ventanas de las casas, con las persianas bajadas. Un puesto estaba aún abierto, pero no había rastro del propietario.

Desde el fondo de la calle asomó de repente una luz.

—¿Qué es? —Jenny se estrechó en torno al brazo de Alex.

—Parece como si girara, como un faro... como... Joder, ¡es una patrulla! El ejército también está aquí.

No había tiempo que perder. El vehículo estaba bastante lejos y la luz del faro aún no los había alcanzado. Mientras el haz rotaba iluminando una hilera de edificios de dos plantas sobre el lado derecho de la carretera, Alex cogió a Jenny del brazo y la arrastró hacia la izquierda. A pocos metros de ellos, una calleja estrecha se internaba en el pueblo. Se metieron por la

callejuela y corrieron sin mirar atrás. Desembocaron en una calle. Tampoco allí había ningún signo de vida, y el silencio espectral solo era roto por los truenos y el temporal.

—¿Qué hacemos?

—Será mejor refugiarnos en alguna parte.

Jenny miró alrededor. Del otro lado de la calle había una hilera de casas adosadas. La lluvia batía incesante sobre los jardines particulares, rebotando en los buzones y repiqueteando en los tejados. Las persianas parecían todas bajadas.

—Aquella, Alex.

—¿Qué?

—¡Aquella ventana! Hay luz en el interior. ¿Lo ves?

Alex se apartó un mechón empapado de la frente, entornó los ojos y consiguió vislumbrar el sitio indicado por Jenny.

—Al menos aquí hay electricidad —comentó en voz baja.

—¡Vamos! —Resuelta, Jenny echó a andar con paso rápido.

—¡Hay toque de queda, no nos abrirán! —advirtió Alex mientras la muchacha se alejaba, directa hacia la casa iluminada.

Enseguida la vio llamar enérgicamente a la puerta con los puños. Se acercó.

—¿Quién es? —preguntó una voz recelosa desde el interior tras unos instantes de silencio.

—Señor... —respondió Jenny— somos dos jóvenes. Nos hemos extraviado. Le ruego que nos deje entrar. Está diluviando.

Ninguna respuesta.

—¿Señor?

—¡Volveos por donde habéis venido! ¡Dejadnos en paz! ¡Ya hemos hecho lo que queráis, nos hemos encerrado en casa!

—Señor, por favor —terció Alex—. Somos solo dos muchachos perdidos. El pueblo está lleno de patrullas militares. Se lo imploro, ayúdenos.

Se abrió una estrecha rendija en la puerta y Alex vislumbró el rostro de un viejo. Cuando se aseguró de que se trataba de dos adolescentes, abrió un poco más.

—Pasad —dijo, hosco, apartándose para que entraran.

En cuanto cerró y aseguró la puerta, el viejo se volvió hacia ellos. Alex y Jenny lo vieron en toda su corpulencia. Era muy alto, con bigotes y cejas densas. Llevaba un chaquetón de montaña y sobre el hombro derecho una bandolera que sujetaba una carabina.

—¡Vaciad los bolsillos, deprisa! —ordenó y súbitamente los apuntó con el arma.

Jenny se quedó paralizada de miedo.

—¡Rápido! —apremió el viejo.

Alex miró a la muchacha mientras metía las manos en los bolsillos y sacaba unas monedas, unos billetes de autobús y las llaves de casa.

—Tranquila. Haz lo que dice.

Jenny no consiguió tranquilizarse. Prorrumpió en sollozos y cayó de rodillas, cubriéndose la cara con las manos.

—¿Qué demonios sucede aquí? —preguntó una voz femenina a sus espaldas.

Alex se volvió y vio, detrás del viejo, a una cincuentona con una larga falda verde oscuro, un grueso jersey de cuello alto y un cabello rizado enmarcando un rostro melancólico.

La mujer posó una mano sobre el hombro del anciano.

—Vale ya, papá, solo son chiquillos. Los estás asustando de muerte.

El viejo bajó la carabina, enarcó las cejas y bufó. Retrocedió un paso mientras la hija se inclinaba sobre Jenny.

—No tengas miedo, chica. Estás empapada. Ven conmigo, te llevaré al baño.

Jenny se levantó y lanzó una mirada a Alex, que le sonrió.



—Yo me llamo Agnese. Venid, os buscaré ropa seca. Si no nos ayudamos entre nosotros en estos momentos.

Alex y Jenny la siguieron al piso de arriba. Agnese les procuró pantalones y jerséis holgados, pero, dadas las circunstancias, era lo mejor que podían pedir. Luego descendió con ellos a la planta baja y los condujo a un salón con desnivel de dos peldaños.

Alex entró tímidamente. En las paredes colgaban cuadros de escenas de caza, y dos fusiles cruzados dominaban la estancia desde encima de la chimenea.

En el centro del salón, una mesa de madera maciza con seis sillas. En la cabecera estaba el viejo, acompañado por dos niños de unos ocho años que los miraban asombrados. En un sillón junto a la chimenea estaba sentada una anciana.

—Esta es nuestra familia —dijo Agnese, orgullosa—. Paolo y Stefano, la abuela Ada y el abuelo Giovanni, al que ya habéis conocido. Pero ¿qué hacéis por aquí? ¿Por qué no estáis con vuestras familias?

Alex ganó tiempo rascándose la nuca y aclarándose la garganta. Luego respondió:

—Salimos a dar un paseo y nos perdimos. No conseguimos regresar a casa y...

—Imagino que tenéis hambre —lo interrumpió la mujer, poco interesada en sus explicaciones.

Jenny se encogió de hombros y asintió.

—Estamos esperando a papá —intervino uno de los niños.

—Ha ido a buscar comida —explicó el otro.

El abuelo miró a Alex y Jenny. Tenía ojeras y aspecto cansado.

—Si lo pillan, ninguno de nosotros comerá nada. Nunca habría dicho que vería otra guerra, pero ya lo veis. ¿Lo sabéis, verdad? Estamos en guerra.

Agnese se alejó mientras la pareja se sentaba en un sofá junto a la chimenea. Cuando la mujer volvió de la cocina, traía dos tazas humeantes.

—De momento puedo ofreceros esto. Es té, con muy poco té, la verdad, pero al menos os calentará.

Jenny sonrió, Alex dio las gracias y ambos cogieron las tazas, ambas desportilladas, envolviéndolas con las dos manos.

—Se nos ha acabado también la leña, por eso la chimenea no está encendida. Por desgracia, los radiadores tampoco funcionan —explicó Agnese mientras los jóvenes bebían la infusión.

Pasaron unos minutos de silencio, nadie decía nada. Jenny y Alex se miraron.

—*Ya no hay esperanza, ¿verdad?* —pensó la muchacha.

—No lo sé, pero me temo que no. No tengo idea de cómo encontrar Memoria. Ni siquiera sabemos si existe de veras.

En ese momento llamaron a la puerta con vehemencia. Golpes apremiantes y abruptos.

El viejo se levantó y empuñó la carabina, que tenía apoyada en una silla a su lado, y se dirigió a la puerta. Fuera alguien gritó:

—¡Abrid, rápido! ¡Soy Carlo!

Entró en la casa un hombre tocado con un casco naranja en la cabeza; tenía el mentón y el cuello manchados de tierra y sangre. Arrastraba una bolsa negra repleta.

Agnese corrió a abrazarlo.

—¿Qué has hecho? —preguntó sollozante.

—Tranquila, solo me he cortado con unos trocitos de vidrio, pero lo he conseguido.

El hombre fue a sentarse a la mesa del salón, mientras Agnese le explicaba brevemente quiénes eran el chico y la chica.

—Esta noche dormiréis aquí —dijo el hombre sin vacilar—. Fuera es un infierno.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó Alex.

—Yo trabajo en las excavaciones para el centro comercial, el del kilómetro ochenta de la nacional. ¿Te sitúas?

—Sí, ese nuevo... —respondió Alex, y se fijó en el logo del casco, que el hombre había apoyado en el suelo. Un pequeño rectángulo blanco y negro cortado por un rayo amarillo. Le recordó algo, pero no logró ubicarlo.

—Nos hemos encontrado allí con un par de colegas. Los trabajos están interrumpidos desde hace días, pero nosotros sabemos dónde se guardan las llaves de las excavadoras. Hemos conducido una hacia el viejo supermercado que hay a doscientos metros de allí y...

Agnese lo miraba con ansiedad.

—... hemos derribado la entrada. Era el único modo de traer víveres a casa.

—¡Qué guay! —lo jaleó uno de los niños, sin entender el riesgo que su padre acababa de correr.

—Cuando estaba cargando la bolsa en el coche —continuó el hombre, visiblemente agotado—, apareció una furgoneta del ejército. He conseguido escapar, pero temo que mis amigos no lo hayan logrado. Dios santo.

Agnese se acercó y lo abrazó, estrechando la cabeza de su marido contra su pecho.

—Ve a lavarte esos cortes, cariño. De la comida me ocupo yo. Prepararé un plato digno de esta familia, no importa lo que esté sucediendo ahí fuera.

«¿P OR qué estas personas deben morir?», pensaba Alex mientras se acaba el té.

Agnese revolvió en la bolsa que había traído su marido y sacó un surtido bastante completo: botes de salsa, verduras en lata, pan de molde, patatas fritas, bandejas de embutidos, zumos de fruta...

Luego puso la masa con gran ceremonia, para que los niños no sospecharan la gravedad de la situación y de paso ofrecer a los jóvenes huéspedes una comida decente, aunque preparada con víveres de emergencia.

—No es justo que todo acabe así.

Jenny oía el pensamiento de Alex y compartía sus razonamientos. Comió con esfuerzo, pues tenía un nudo en el estómago. La tensión no le daba tregua. Cogió unas rebanadas de pan y les untó un paté de atún. Cada bocado tragado parecía frenarse en la boca del estómago y negarse a seguir bajando.

Después de la cena, Giovanni y Agnese prepararon café. Como si no pasara nada, a pesar de los agoreros comentarios del viejo sobre una supuesta guerra. Ada, la anciana, permaneció todo el tiempo en el sillón y rehusó comer, con una sonrisa dulce y resignada en el rostro.

Antes de servir el café, Agnese llamó a los niños y los acompañó al piso de arriba. Jenny acababa de salir del baño cuando, por la puerta entornada de la habitación de los hermanos, vio que la madre se inclinaba sobre ellos y los arrebujaba bien con las mantas.

—Buenas noches, mis angelitos —susurró antes de darle un beso a cada uno en la frente.

Jenny iba a volverse para bajar al salón, cuando un dibujo colgado en la puerta del cuarto le llamó la atención. Representaba a todos los miembros de la familia y debajo se leía: «Os queremos», firmado por los dos niños. Las lágrimas acudieron a sus ojos y visualizó el dibujo apocalíptico de Alex, que le recordó el trágico destino que esperaba a la raza humana.

Era la última noche para todos. Era la vigilia del día final.

—Buenas noches, pareja. Agnese os enseñará la habitación de invitados. —Carlo esbozó una sonrisa, que Alex y Jenny correspondieron.

—Mañana seremos invadidos, tan seguro como que saldrá el sol... —pronosticó el cenizo del abuelo, con los codos apoyados en la mesa y mirada ausente.

Agnese los condujo al cuarto, les deseó buenas noches y se marchó. Alex y Jenny cerraron la puerta.

Había una cama de matrimonio con una manta marrón enrollada en vez de almohadas y un edredón blanco que cubría el colchón. En una pared había un gran armario que casi rozaba el techo. De las otras paredes colgaban pequeños cuadros de época.

Jenny se sentó en el borde de la cama dando la espalda a Alex y guardó silencio mientras él se quitaba el jersey y lo dejaba en una silla cerca de la puerta. Frente a la muchacha, la ventana tenía la persiana bajada.

En la calle se oían gritos. Quizás alguien había violado el toque de queda. Quizás alguien estaba saqueando las tiendas para procurarse comida.

—Hace frío —musitó Jenny.

Alex puso las manos sobre los radiadores apagados.

—¿Lo habías pensado alguna vez?

—¿El qué? —preguntó Jenny sin volverse.

—En todo esto. Una casa, una familia, unos hijos. Una vida normal...

Jenny sonrió, suspirando.

—No lo sé... Sí, quizá... Apaga la luz.

Alex pulsó el interruptor junto a la puerta y pasó al otro lado de la cama para escrutar la calle por las rendijas de la persiana.

Jenny se levantó y se quitó el jersey de lana que le había dado Agnese, luego los pantalones. Cuando él se volvió, la muchacha estaba en camiseta y bragas. La silueta de su cuerpo se confundía con la oscuridad.

—Al final todo saldrá bien —la animó Alex, traicionando cierta inseguridad, y apoyó las manos en la cintura de Jenny, que se estremeció—. Encontraremos esa Memoria.

—¿Y si en cambio esta es nuestra última noche?

Jenny apoyó las manos sobre las de Alex y las guió a su espalda. Se acercaron tímidamente, en la oscuridad.

Cuando sus cuerpos casi se tocaban, Alex inclinó la cabeza y sus labios se encontraron. La besó delicadamente, mientras sus manos subían por la espalda para perderse en el cabello de ella.

—¿Tú crees que es nuestra última noche juntos? —preguntó Alex apartándose ligeramente.

Ella no respondió. Se sentó en el duro colchón y se recostó en la manta enrollada.

Alex apoyó las rodillas sobre el borde de la cama y se deslizó hacia delante, posando los antebrazos junto a los hombros de Jenny. Le rozó la frente, la nariz y las mejillas con los labios y luego la besó.

Más gritos se sucedieron en la calle, luego algunos disparos. A lo lejos se oía un graznante altavoz. El caos distante ya se había convertido en la banda sonora de aquel momento.

Rodaron sobre la cama un par de veces mientras los senos de Jenny, aún ceñidos por la camiseta, presionaban el pecho de Alex y el Triskell, gélido, colgaba del cuello de ella.

Jenny se puso encima de él y se quitó la camiseta. Alex cogió la manta enrollada detrás de su cabeza y la lanzó por detrás de la muchacha creando una pequeña cabaña. Y así, escondidos debajo de aquel cobertor siguieron besándose, aislados del resto del mundo. Se desnudaron y permanecieron un instante inmóviles, acompasando las respiraciones, fundiendo los pensamientos en uno solo.

Un instante después estaban sentados en el Planetario, cogidos de la mano, con la bóveda celeste sobre sus cabezas.

Tenían más o menos cuatro años. La madre de Jenny había vuelto a Italia para visitar a sus padres, en Roma. El padre había organizado un día en Milán, donde habían admirado el Castello Sforzesco, los Navigli y el Duomo. Habían ido también al Planetario, pues habían encontrado casi por casualidad su estructura en cúpula en los jardines públicos de Porta Venezia. En la fila para entrar, delante de ellos estaban Giorgio y Valeria Loria, con el pequeño Alex. Una vez dentro, los niños se habían encontrado sentados el uno junto al otro. Sus manitas y bracitos se habían rozado por primera vez y con inocencia infantil se habían entrelazado. Habían permanecido cogidos de la mano durante toda la presentación.

El recuerdo de aquella lejana tarde los transportó al pasado, sin que ya consiguieran distinguir el sueño de la realidad.

Cuando volvieron a abrir los ojos estaban estrechados en un abrazo, arrebuados en la manta cálida y suave.

Hicieron el amor como siempre habían soñado. Por primera y quizás última vez. Si alguien hubiera podido observar el pueblo desde lo alto, habría visto un intenso resplandor propagándose desde aquella casa. Pero en el cielo, encima de ellos, solo había un enorme asteroide listo para estrellarse contra la superficie terrestre.

Se durmieron abrazados bajo la manta y permanecieron así toda la noche, mientras fuera de la casa se multiplicaban los gritos y disparos.

Era la última noche antes del fin del mundo.

**C**UANDO Jenny abrió los ojos, a duras penas, la habitación aún estaba sumida en la oscuridad.

No sabía qué hora era ni cuánto habían dormido. Se levantó para echar un vistazo fuera por los resquicios de la persiana y solo consiguió ver una espesa niebla que engullía la campiña en torno al pueblo.

—Ha sido maravilloso... —pensó Alex, con los ojos aún entornados, mientras observaba el cuerpo de Jenny, de espaldas junto a la ventana.

—También para mí... —respondió ella a su pensamiento y se volvió. Se sentó en el borde de la cama y le apoyó una mano sobre el pecho.

—¿Qué sucede fuera?

—La niebla no deja ver nada. Quizá sería mejor bajar.

Alex se levantó y sintió las piernas entumecidas. A continuación se vistieron. Ambos sabían perfectamente qué estaba a punto de ocurrir fuera de aquella habitación, pero su pensamiento aún estaba en lo sucedido allí durante la noche.

Pocos minutos después, Alex besó a Jenny en la frente y abrió la puerta.

Bajaron las escaleras lentamente, como temiendo despertar a alguien. No se oían rumores ni voces, solo un olor inesperado que inundó su olfato cuando estuvieron a mitad de la escalera.

—¿No hueles a quemado? —susurró Alex.

—Sí, parece que. —Jenny levantó los ojos al techo, pero desechó el súbito pensamiento—. Vamos a ver.

Abrió camino recorriendo un pequeño pasillo donde había un baño de servicio y una despensa. Al final entrevió los azulejos anaranjados de la cocina y se acercó con cautela.

Al entrar en la cocina se llevó un sobresalto mayúsculo. Alex, detrás de ella, la vio pararse en seco como al borde de un precipicio.

—Se ha quemado el asado, jolín... —murmuró Clara Graver mientras se volvía. Con delantal y guantes de cocina, estaba sacando una fuente del horno y tenía expresión triste—. Te había pedido que me ayudaras.

«Mamá, ¿qué haces aquí?», pensó Jenny sin conseguir pronunciar palabra. La voz se le había atascado en la garganta, como si alguien le hubiera apretado una cuerda en torno al cuello.

Alex avanzó unos pasos, pero en cuanto vio la escena fue distraído por pasos a su espalda.

—Tío... —dijo una voz familiar desde el fondo del pasillo—. Esta noche he pirateado otro sistema. No te lo creerás, pero ha sido un trabajo memorable.

Alex se volvió y lo vio ante sí.

De pie sobre sus propias piernas, con la mirada radiante y los brazos tendidos como pidiendo un abrazo.

—Marco.

Jenny retrocedió presa de la angustia.

—¿Qué sucede? ¿Estamos soñando? —le preguntó a Alex. Sus manos estaban gélidas y temblaba de la cabeza a los pies.

El chico no supo qué responder, mientras Clara y Marco seguían mirándolos.

—Eh, tío —continuó Marco—, ¿no sientes un calor que quema?

Alex estrechó a Jenny contra su pecho para alejarla de aquella escena surrealista. Marco, envuelto en llamas, se estaba carbonizando. En el rostro tenía estampada una sonrisa tonta, mientras jirones de piel y carne se desprendían de su cuerpo y caían al suelo.

—¡No! —gritó Alex mientras Jenny se soltaba.

Lo mismo estaba ocurriendo en la cocina. Clara había soltado la fuente cuando el delantal se prendió fuego y ella era engullida por las llamas.

Jenny se quedó paralizada y con los ojos desorbitados. Se llevó una mano a la boca y con la otra buscó a Alex.

—Dime que es una pesadilla, por favor... —farfulló con la mirada fija en el montón de cenizas acumulado sobre el suelo de la cocina.

—Esto es lo que sucederá dentro de pocas horas —dijo una voz ronca y lejana detrás de ellos.

Alex y Jenny se volvieron, pero el pasillo estaba vacío. Lo recorrieron evitando los restos del cuerpo de Marco. Cuando estuvieron en el recibidor la voz habló de nuevo, más cercana:

—El mismo fin tendrán todos cuando la roca impacte contra la Tierra.

Alex apretó la mano de Jenny y se encaminó hacia la sala, de donde parecía provenir la voz. Cuando entraron, en la butaca junto a la chimenea ya no estaba la anciana, como la noche anterior.

—Me alegro de veros, chavales. Mi nombre es Thomas Becker.

Sentado con las piernas cruzadas, lápiz y bloc de notas en mano, tenía el aspecto de un viejo profesor jubilado. La débil luz de la araña se reflejaba sobre su cabeza calva. Aparentaba unos ochenta años a juzgar por las mejillas hundidas y los gruesos surcos en la frente. Su voz tenía un timbre profundo y cálido, como la de un veterano actor.

—Tengo algunas respuestas, sí, pero no todas —dijo—. La más importante tendréis que encontrarla solos.

—Pero usted... —empezó Alex.

—Cuando entré por primera vez en la Universidad de Dortmund, hace décadas, me matriculé en la facultad de Astrofísica. Mi padre quería que estudiara Derecho y yo estuve indeciso hasta el último momento. Luego hice lo que me pareció.

Jenny arrugó la frente, no eran desde luego las respuestas que esperaban.

—Dos años más tarde, durante una conferencia, se oyeron disparos fuera de un aula. Un joven estudiante había asesinado a un compañero de curso. Salió en todos los periódicos. Yo me había quedado en el aula, aunque la tentación de salir a curiosear era grande.

—Peor ¿qué tiene que ver con nosotros? —lo interrumpió Alex.

—¡Escuchad! —Becker golpeó la palma de la mano sobre el bloc—. Algunos años después me negué a pedir la mano de una mujer con la que habría podido casarme. Kirsten era guapa e inteligente, pero yo estaba demasiado absorbido por mis estudios.

—¿Por qué nos cuenta estas cosas? —prorrumpió Jenny—. Queremos saber dónde estamos y qué está sucediendo.

—El mundo se está acabando, ¿no lo ves? —Becker miró alrededor, y en cuanto los muchachos apartaron los ojos de él se percataron de que ya no estaban en un salón.

Se hallaban en una inmensa extensión de tierra helada y desierta.

Becker levantó los ojos al cielo y ellos siguieron su mirada: el asteroide era rojo, incandescente y parecía cada vez más cercano. Dejaba tras de sí una estela de detritos similar a la de un cometa y parecía girar sobre sí mismo mientras se precipitaba a toda velocidad hacia la Tierra.

—¿Qué demonios...? —Alex aferró la mano de Jenny.

—Esto no es más que un mensaje. Es el único modo que tengo de hablaros. Cuando desaparezca de vuestras mentes, no volveremos a vernos.

—¡No sabemos cómo salvarnos! ¿Qué es Memoria? —gritó Jenny.

—Es inútil decíroslo.

Alex y Jenny intercambiaron una mirada de pánico y desorientación, y al punto se dieron cuenta de que estaban de nuevo en aquella sala. Los fusiles del abuelo, aún colgados sobre la chimenea, les infundieron seguridad.

—¿Por qué mis padres me aplicaron electrochoques? —preguntó Alex de sopetón—. ¿Y por

qué la niñera de Jenny, en mi dimensión, la asesinó?

—Porque en aquellos como nosotros —respondió Becker mientras garabateaban algo en el bloc— resplandece de luz. Quien os ha hecho daño no era consciente de ello. Lo ha hecho y basta. En el universo existe una energía... la misma que da la vida y la destruye. A menudo se manifiesta simplemente en la realidad que nos rodea fluyendo en torno a nosotros, invisible e indefinible, orbita en torno a nuestras vidas y a veces toma posesión de ellas.

—¡No entiendo nada! —espetó Alex.

—No fueron tus padres los que te aplicaron electrochoques. No fue Mary Thompson quien asesinó a Jenny. Y tú, Alex, no has sido asesinado por una turba enfurecida.

El muchacho pensó en su muerte, atravesado por un cuchillo.

—Cada uno de nosotros vive en número potencialmente infinito de vidas. Pocas personas tienen conciencia de ello. Vosotros estáis entre estos. Pero el alma que liga cada una de nuestras existencias en solo una. En mí conviven todos los Thomas Becker que he decidido no ser. El que se casó con Kirsten, el que siguió el consejo de su padre y tomó el camino de la abogacía, y tantos otros...

Jenny sacudió la cabeza, confusa. Alex siguió mirando al viejo.

—... entre ellos el que murió de muchacho al salir del aula después de oír aquel disparo y se interpuso entre dos estudiantes. Y muchos otros que ni siquiera puedo imaginar. O que no consigo recordar.

Jenny enarcó las cejas y se quedó sin palabras, mientras a Alex le volvía a la mente el razonamiento que lo había llevado a creer que en ella albergaba parte del alma de la pequeña Jenny, asesinada por Mary Thompson.

—El asteroide lo destruirá todo, ¿verdad? —preguntó Alex—. ¿Cualquier posibilidad de nuestra vida será destruida?

El profesor sonrió.

—El fin es parte del principio. No existen causa y efecto, sois vosotros los que os movéis entre las causas y los efectos.

Alex sacudió la cabeza y pensó que semejante explicación habría podido estar bien para un genio como Marco, pero a él le parecía la perorata de un loco.

—El asteroide caerá —continuó Becker—. Caerá en cualquier universo posible. Ahora ya no falta demasiado. Todo lo que conocéis acabará muy pronto.

Levantó los ojos del bloc y miró a los dos muchachos como si quisiera disfrutar de la repentina curiosidad reflejada en sus rostros.

—Oiga —replicó Alex—, si hay una manera de salvarnos, díganosla mientras estemos a tiempo. Becker lo miró a los ojos. Lo subyugó con su mirada mientras todo en torno a ellos se disolvía y desaparecía, como si paredes, mesas, sillas y objetos fueran absorbidos por un remolino, dejando al viejo y los dos muchachos en un limbo etéreo e intangible donde solo existieran miradas y voces. Luego giró el bloc para mostrar su garabato a Alex y Jenny. La inscripción, escrita con violencia casi como para rasgar el papel, decía:

MEMORIA

**L**A caja había estado siempre en el mismo sitio. Marco nunca la había movido desde que había alquilado aquella casa. Estaba en la cómoda junto a la ventana del dormitorio, primer cajón de arriba.

La cogió, con los ojos ya brillantes.

La posó sobre las piernas, apoyó las manos en las ruedas de la silla y las condujo hacia la otra habitación. La amada «sala de monitores», antaño su reino, hoy un inútil salón con dispositivos carentes de vida a causa del corte total de corriente eléctrica. Observó los ordenadores con un nudo en la garganta. «Gracias. Nunca lo habría conseguido sin vosotros. Ha vencido la naturaleza. Aunque al final siempre vence ella...».

Echó una mirada a la ventana. Observó el cielo y fue como mirar un magnífico fresco en color. Parecía la mancha de Júpiter.

Esbozó una amarga sonrisa mientras volvía al dormitorio.

—Anda, admítelo. Crees que en una mancha fija, ¿verdad? —había dicho a Alex una noche, divertido y orgulloso de sus estudios—. Y en cambio es una enorme tempestad, un huracán que se desencadena desde hace siglos sobre la superficie de Júpiter. Nosotros la vemos como si estuviera quieta. Pero ¡es un cataclismo natural en continuo movimiento! ¿Ves? Todo es relativo. La observación puede engañar según la distancia.

—Sí, creía que se trataba de algo en la superficie del planeta. Como un dibujo gigantesco en el suelo.

—Alex, Júpiter no tiene suelo. Es un planeta gaseoso, no rocoso como la Tierra.

—Me rindo. Enciende la Play y ¡a otra cosa, mariposa!

Recordaba aquel breve diálogo como si hubiera ocurrido el día anterior. «Cómo te echo en falta, amigo mío. Quién sabe dónde estarás ahora». Marco apoyó la caja sobre la cama y la abrió.

Las fotos de su infancia.

Las tarjetas navideñas para sus padres que él mismo diseñaba y dibujaba desde pequeño, con las ventanitas de cartulina que se abrían y revelaban sorpresas.

Las fotos de su labrador, *Cañón*. Lo había perdido el año anterior a la muerte de sus padres, había sido como un hermano mayor para él.

«Debe de existir una dimensión en la que mi vida ha ido bien, donde he vivido con mi familia, mi perro, mis piernas».

Se detuvo en una foto de su padre pescando, con los brazos tendidos sosteniendo la caña y la cabeza vuelta para mirar a su pequeño que jugueteaba con las lombrices. Cuando aún podía correr. Y la sonrisa de su padre, la felicidad en los ojos de su madre, ocupada en montar el *picnic*. Un nudo de nostalgia. Marco apretó la foto contra su pecho.

—Nunca he creído en un ser superior —dijo en voz alta, como dirigiéndose a un público invisible—. Siempre he creído en la ciencia. No pienso que haya un mañana. Nuestro tiempo es finito, ese amasijo de roca dará inicio a los títulos de crédito finales. Pero si alguna vez hubiera una segunda oportunidad, si alguna vez hubiera un después... ah, cómo os abrazaría.

Unas lágrimas cayeron sobre la fotografía y se mezclaron con los rostros de aquella jornada de felicidad, ya perdida en los abismos de la memoria.

El amigo fraterno de Alex permaneció unos minutos con los ojos cerrados. Lloró y sollozó casi hasta perder el aliento. Todos los estudios que había realizado, todos los milagros tecnológicos que había experimentado y diseñado... todo estaba a punto de acabar. No habría un nuevo amanecer. Ya no se despertaría preguntándose: «¿Qué puedo inventar hoy?». Y ya no volvería



a abrir aquella caja, para llorar y liberarse del sufrimiento que lo acompañaba desde hacía tantos años.

Se llevó la mano libre al rostro y luego se mesó el pelo. Permaneció unos instantes más con la foto apretada sobre el corazón, el único sitio del cual sus padres nunca se habían ido.

Luego, de improviso, un ruido desconocido. Empezó con un trueno, seguido por un estruendo similar a un terremoto. Pero venía de lo alto.

Condujo la silla hasta la ventana y miró.

En la calle se había desatado el pánico. La gente había salido de sus casas y refugios: algunos permanecían inmóviles mirando el cielo, otros corrían a la deriva, otros cerraban los ojos para no ver. El griterío de la gente, el ladrido de los perros, el vocerío de los que miraban al cielo, era terrorífico. Pero no se sobreponía al fragor horripilante que estaba engullendo el planeta.

Estaba encima de sus cabezas.

Inmenso.

Devastador.

Era el último capítulo, y estaba a punto de ser escrito. Semejaba una franja incandescente que cortaba en dos el cielo, y ni siquiera Marco con sus conocimientos de física astronómica conseguía prever dónde caería exactamente, qué clase de desastre provocaría. Sabía que, desde el momento del impacto, un poderoso sismo se propagaría en un radio de miles de kilómetros. Si caía en el mar, produciría tsunamis centrípetos que alcanzarían los puntos más remotos del planeta. Generaría terremotos en tierra firme, cambios climáticos y el desplazamiento del eje terrestre. Marco apretó las manos en torno a los brazos de la silla, para mantenerse sujeto. El corazón le latía a mil por hora, y tenía los ojos desenchajados ante la visión del asteroide que lo destruiría todo.

El vidrio delante de sus ojos empezó a vibrar, mientras las paredes crujían y sus preciosos libros de estudio caían desde las estanterías. Los árboles comenzaron a agitarse como olas de un mar borrascoso, al tiempo que las antenas en los tejados salían volando, arrancadas por la furia del viento.

De la calle llegaba el eco de los gritos, los llantos y delirios de la gente. Marco observaba en silencio, inmóvil e impotente. No bajaría por las calles de Milán, no participaría de aquel apocalíptico coro final que suplicaba piedad a la naturaleza. Asistiría a la debacle final desde su ventana.

Cerró los ojos.

«Esto se ha acabado», pensó, y de nuevo apretó sobre el pecho la foto del *picnic*.

**A**LEX se incorporó jadeando, las piernas aún bajo la manta, el pecho desnudo y las manos adormecidas.

Frente a él, el armario. Sobre la izquierda, la silla sobre la que la primera noche había apoyado los vaqueros y el jersey. Todo estaba aún envuelto en la oscuridad, atravesada por débiles rayos de luz provenientes de las rendijas de la persiana.

—¡Jenny! —llamó mientras se volvía.

La muchacha, acostada junto a él en la cama en que habían hecho el amor, tenía los ojos desencajados. Se incorporó lentamente y lo miró fijamente.

—Ya ves que no era un sueño —dijo él, al tiempo que sus pensamientos se encontraban.

—He visto las mismas cosas. ¿Adónde nos dirigimos?

—Es la única respuesta que nos ha dado.

—Era la única que buscábamos.

—Rápido, larguémonos de aquí.

Se vistieron a toda prisa, las ropas ya se habían secado. Abrieron la puerta y bajaron presurosos la escalera. El piso de abajo parecía desierto. La casa estaba silenciosa y en la calle tampoco se oían los gritos y disparos de la noche anterior. Nadie en los dormitorios, nadie en el baño.

«El salón», pensó Alex, y corrió hacia donde habían estado la noche anterior.

Cuando entró, la anciana seguía sentada en la mecedora como si no pasara nada. Lo miró con una sonrisa enigmática. Luego movió la cabeza lentamente de arriba abajo. Parecía serena, tenía la mirada de quien ha entendido que el final ha llegado.

Alex volvió al recibidor, cogió a Jenny por un brazo y abrió la puerta de la calle.

Estaban todos fuera. Todos los habitantes de la calle. Petrificados. Con la mirada vuelta hacia el cielo.

—Esto es real —dijo Alex cuando levantó los ojos.

El mismo cielo que Marco podía ver en su dimensión originaria. El mismo cielo que cualquiera, en cualquier rincón del infinito Multiverso, estaba observando en aquel preciso instante. Un ovillo de nubes arrastradas por el viento, un enredo de vapores que se enfrentaban en el cielo y se mezclaban con los colores vivos de un ocaso imposible, mientras el asteroide estaba allí, en el centro de aquel confuso fresco, con su aspecto majestuoso y potente, y una larga estela encendida que se perdía en el espacio.

Jenny observó la calle mientras empezaba a elevarse una violenta tempestad de polvo. Las familias del barrio estaban allí, todas abrazadas y cogidas de la mano. Ancianos, hombres, mujeres y niños. Nadie huía, nadie era presa del insensato pánico que asolaba el centro de la ciudad. No habría servido para nada.

—¿Qué hacemos? —Alex se volvió hacia Jenny, asustado, mientras un indefinido y lejano rumor se acercaba cada vez más, rompiendo el irreal silencio.

—No lo sé... ¿Qué sucede allá?

Desde el fondo de la calle una muchedumbre se estaba aproximando a la carrera, envuelta por remolinos de polvo y detritos. Los gritos se dispersaban en el aire. Venían del centro, eran muchos y estaban cada vez más cerca.

—¡Jenny, apartémonos o nos arrollarán! —exclamó Alex, dándose la vuelta para emprender la huida de aquella caótica multitud que se abalanzaba presa del pánico.

—¡Por ahí! —señaló la muchacha, y echó a correr.

En cuanto empezaron a correr, un ruido de proporciones extraordinarias inundó la zona, sacudiendo la tierra y haciendo temblar cada casa o construcción en torno a ellos. Era como un

trueno que parecía señalar con la gravedad de un tambor de orquesta el inicio del espectáculo. El viento se hizo más fuerte, mientras el polvo danzaba y rodaba como impulsado por un tornado. Las personas se miraron aterrorizadas y echaron a correr en la misma dirección que los muchachos, perseguidos por la masa humana proveniente de la ciudad que se acercaba como una ola, arrollándolo todo.

Ya no había ninguna regla. Ningún toque de queda, ningún plan de evacuación. Solo había el mundo presa del delirio.

Alex y Jenny corrían al límite de sus fuerzas. Cada tanto se volvían para echar un vistazo a la muchedumbre detrás de ellos. Alguien caía y era pisoteado por la multitud, algún que otro anciano era atropellado o se rezagaba. Todos gritaban, pero los alaridos se perdían en el fragor reinante, un ruido sordo y terrorífico como el de la tierra resquebrajándose.

En pocos minutos Alex y Jenny se encontraron en campo abierto.

—¡Mira... mira Milán! —gritó Alex mirando más allá de un paso elevado de la carretera. Un manto de humo negro se cernía sobre la ciudad, engulléndola.

—¡Dios mío, está cada vez más cerca! ¿Qué hacemos? —preguntó Jenny observando la estela del asteroide en el cielo.

Alex se detuvo un momento, jadeante. En su interior veía los ojos astutos y ávidos de conocimiento de su mejor amigo atrapado bajo aquel humo, aprisionado en una casa que poco después saltaría por los aires junto con el resto de la manzana.

«Marco, amigo mío», pensó Alex y cerró los ojos por un instante, tratando de no pensar en el horroroso fin que tendría la única persona que había creído de veras en él.

Otra sacudida de la tierra bajo sus pies fue acompañada por un ruido más pavoroso que el anterior.

—¡Allá! —gritó Jenny señalando con un brazo hacia una estación de servicio en un lado de la carretera. Su voz no llegó hasta Alex, ahogada por el fragor sordo que colapsaba sus oídos. Alex solo consiguió ver el movimiento de los labios de Jenny y seguir la dirección de su dedo. Acto seguido echó a correr tras ella.

En pocos segundos estuvieron detrás del funcional edificio. Lo rodearon hasta la puerta del autoservicio, mientras el cielo comenzaba a descargar un granizo enloquecido que hendía el manto de humo y polvo encima de sus cabezas. La lluvia de granizo era acompañada por fogonazos luminosos, como si alguien desde el espacio estuviera inmortalizando con un enorme flash aquel cataclismo irreversible.

En cuanto Alex cerró la puerta a sus espaldas, se encontraron con que allí dentro había media docena de personas inmóviles delante de las ventanas, mirando hacia el cielo como hipnotizadas. Otros, sobre todo mujeres y ancianos, permanecían tumbados en el suelo, acurrucados detrás de la barra o cerca de los estantes, tapándose las orejas con las manos para defenderse de aquella colosal y ensordecedora explosión de decibelios.

Por el hilo musical que emitían cuatro altavoces colgados en las paredes sonaba *Moon River*, pero la voz de Frank Sinatra apenas si conseguía emerger, ahogada por el rugido de la tempestad de granizo que arreciaba más allá de las ventanas.

—Que Dios nos acoja en su gloria... —suplicó una mujer aferrando el borde del jersey de Alex y mirándolo con expresión desencajada. Sus palabras fueron casi inaudibles porque las ventanas del autoservicio temblaban, a punto de estallar en mil pedazos.

Alex se volvió hacia Jenny con ansiedad y ella lo atrajo hacia sí por un brazo. Lo miró intensamente.

—No quiero morir aquí dentro. ¡Encontraremos ese maldito sitio!

Alex respiró hondo, asintió y a continuación salieron nuevamente fuera.

Corrieron por la carretera de circunvalación, alejándose de Milán y, sobre todo, del furioso viento. Las piernas les pesaban e iban a contracorriente de la fuerza de la tempestad, que les

empujaba el pecho.

Se detuvieron bajo un puente, en una zona aparentemente desierta.

—No puedo más... —jadeó Alex apoyando las manos en las rodillas, encorvado. Su rostro estaba cubierto de polvo, un polvo de detritos que ya había sustituido al aire, dificultando incluso la respiración.

Jenny se acercó a él.

—Becker ha dicho que la única esperanza de salvación es Memoria —dijo—. Pero ¿cómo llegamos a ella?

—Si solo nos hubiera dicho qué demonios es... ¡Dentro de poco arderemos todos!

Alex miró más allá del puente. Parecían estar exactamente en el centro de un tornado. Resplandores y truenos se sucedían sin pausa, reverberando bajo la estructura en que se habían refugiado.

—Marco está allá. En medio de ese humo. No se salvará.

—Tampoco nosotros si no encontramos enseguida ese sitio.

**A**LEX echó un vistazo más allá del puente y comprendió que ya no había tiempo. En el cielo, la estela incandescente parecía anunciar el inminente fin de todo. Última ficha, última apuesta, damas y caballeros.

Fue un instante. Los ojos de Alex se cerraron y las palabras del vidente malayo empezaron a remolinear en su cabeza.

«Te veo dar un gran salto... un gran salto en una laguna negra».

Y a continuación un flash que lo devolvió a la tarde anterior, cuando había visto el símbolo en el casco del padre de familia que los había alojado.

«Aquel símbolo... estaba en la carta del vidente. Me lo había mostrado. Era mi futuro».

—¡Sígueme, Jenny! ¡Debemos ir a la excavación!

Alex la cogió de la mano y echaron a correr más allá del puente, a lo largo de la carretera nacional, mientras las extensiones de tierra aledañas eran presa de las llamas: De vez en cuando, se cruzaban con coches incendiados y grupos de personas que huían a la deriva. La tempestad arreciaba levantando más y más polvo. Curiosamente, en aquel temporal no había lluvia, solo detritos. Millones de pequeños fragmentos que saltaban por doquier, como el avance de los peones que preparan la llegada de la reina. Y la reina estaba a punto de hacer su último movimiento, el jaque mate definitivo.

Alex y Jenny corrieron en medio de aquel tornado de astillas enloquecidas, con el brazo sobre la frente para protegerse los ojos. Él conocía la zona de su dimensión originaria: las obras del nuevo centro comercial estaban a pocos centenares de metros, lo recordaba muy bien, había pasado a menudo por allí con su padre. Era uno de aquellos aspectos que tanto su realidad como la de Jenny tenían en común. En ambos mundos, en el mismo lugar estaba a punto de surgir un nuevo centro comercial repleto de tiendas de todo tipo.

Continuaron a toda velocidad, sin detenerse, y pasaron por un pequeño supermercado de la cadena Ben's Corner con el escaparate roto. Ambos recordaron el relato del su último anfitrión y comprendieron que su última cena en aquella vida había sido fruto de un saqueo en aquella tienda.

Cuando divisaron a lo lejos las primeras excavadoras amarillas con la inscripción WHITEWORKER, cerca de una grúa, Alex corrió aún más rápido. Jenny mantuvo el paso, jadeante, con el corazón en la garganta y el pelo agitándose al viento y llenándose de detritos y polvo.

—Ya estamos —dijo el muchacho, aflojando la marcha en las inmediaciones de unas cabinas azules con la indicación ASEO MÓVIL—. El vidente sabía dónde nos encontraríamos hoy. Es increíble...

—¿Por qué estamos aquí, Alex? —preguntó Jenny después de salvar unas vallas en la gigantesca excavación para el centro comercial: una cavidad de al menos cien metros de ancho, doscientos de largo y unos cincuenta de profundidad. El muro de fuego que avanzaba desde la campiña se estaba acercando rápidamente al cráter.

—Porque está escrito —respondió Alex mirando el vacío.

«Te veo dar un gran salto... un gran salto en una laguna negra», la voz del vidente seguía resonando en su cráneo. También Jenny podía oírla.

—Todo lo que hemos hecho nos ha conducido hasta aquí. Debía conducirnos hasta aquí.

—Tengo miedo, Alex —pensó la muchacha.

En ese momento la mirada de ambos fue atraída hacia el cielo: la franja encendida que el asteroide estaba trazando sobre sus cabezas sufrió una brusca desviación hacia abajo. No

hicieron falta más que un par de segundos: la estela amarilla y roja que acababa de desgarrar la atmósfera se ensanchó rápidamente hasta detrás de las montañas de la provincia de Bérgamo, que se recortaban en el horizonte. Si antes se habían oído ruidos capaces de cubrir cualquier otro sonido, este fue mucho más fuerte. El choque fue espantoso y sacudió el suelo igual que si alguien, en el espacio, estuviera agitando el planeta como a una bola de cristal de Navidad para mover la nieve artificial en su interior. Una inmensa nube de humo se levantó por detrás de las montañas y comenzó a cubrir el cielo, mientras los dos muchachos observaban la escena, atónitos, estrechamente abrazados y temblando de miedo.

—¡Ya no tenemos tiempo! —gritó Alex mirando a Jenny a los ojos. La furia del viento parecía el poderoso sople de un gigante invisible que desde la campiña lanzara llamas hacia ellos.

—Es el fin —susurró la muchacha apretando entre las manos el Triskell y perdiéndose en los ojos de Alex.

—Te amo, Jenny. —Alex tenía los ojos brillantes y temblaba de miedo.

—Y yo a ti. Desde siempre... —Se apretó contra el pecho de él y los labios se unieron en un último beso. Un instante fuera del tiempo, una promesa de unión eterna. Se besaron como la primera vez, como si estuvieran en el muelle de Altona, silencioso y mágico, solos, con las olas del mar como telón de fondo. Pero no había ninguna constelación de Orión que velara sobre ellos.

Volvieron a abrir los ojos de golpe.

—¡Nos quemaremos, Jenny! Debemos saltar —dijo Alex mientras superaban la valla que rodeaba el cráter. Ella apretó con más fuerza su mano, no la habría soltado por nada del mundo.

—Uno...

Una oleada de calor los envolvió repentinamente, como si el asteroide hubiera abierto una herida en la atmósfera terrestre, que ya no conseguiría resistirse a su potencia.

—Dos...

Alex y Jenny observaron el abismo frente a ellos, mientras en el cielo saltaban decenas de bolas de fuego, a semejanza de un abominable espectáculo de fuegos artificiales. Se habían separado del asteroide en el momento del impacto con la atmósfera y ahora caían por doquier a toda velocidad: centenares de bombas atómicas, que arrasaban el continente. La más increíble manifestación que la naturaleza hubiera nunca ofrecido a los ojos del hombre. La última demostración de fuerza del cosmos para reafirmar la aplastante superioridad de las leyes del universo sobre la pequeñez de la raza humana.

Alex gritó:

—¡Tres!

La mano de Jenny se convirtió en una sola con la suya.

Una breve carrerilla y saltaron al vacío, pocos segundos antes de que una descarga de proyectiles de roca incandescente lo devastase todo alrededor de ellos, escribiendo la palabra «fin» en la historia de la civilización.

Mientras se precipitaban, las imágenes y los recuerdos más intensos de su vida se proyectaron en sus cabezas:

Roger Graver, contando a la pequeña Jenny la historia de las constelaciones, personificando con gestos y voces graciosas a los dioses del Olimpo.

Marco, con una ancha sonrisa en el rostro, empuñando mandos de diversos colores, mientras interrogaba a Alex sobre las funciones de cada uno.

Clara, preparando sus deliciosas tisanas cuando Jenny tenía dolor de estómago, acariciándola y haciéndola reír cada vez que le rozaba el ombligo.

Giorgio y Valeria Loria, en primera fila durante el ensayo del teatro escolar, cuando Alex había interpretado el papel de D'Artagnan cosechando el aplauso de todos los padres.

Luego, en un instante, todo se volvió negro.

**L**A primera sensación fue el olor a cuero. Inundó el olfato de Alex poco a poco, mientras intentaba enfocar las difusas sombras que lo rodeaban. Había colores indistintos, voces que se superponían. Sentía la cabeza pesada y la espalda aplastada contra el suelo. Cuando volvió a percibir tensión en los músculos, intentó levantar el cuello. Las caras preocupadas de sus compañeros de equipo cobraron nitidez una tras otra. Su brazo derecho sostenía la pelota, apretada contra la cadera. La soltó y se levantó lentamente, mientras una punzada lacerante le surcaba la cabeza.

—¿Capitán, estás bien? —preguntó una voz a su derecha.

Alex no respondió. Sus ojos se encontraron con los del árbitro, que lo miraba preocupado. El aire del gimnasio estaba viciado y el tufo a sudor lo invadió de improviso, devolviéndolo a una escena que parecía pertenecer a un pasado remoto. El tiro libre decisivo. El partido. El desvanecimiento.

«Estoy vivo... estamos todos vivos».

Una vez de pie, se pasó una mano por el pelo, apartando el mechón rubio, mientras el árbitro se acercaba y le tocaba el hombro.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. —En ese momento el rostro de Jenny surgió en su mente. Sus ojos color avellana, el cutis dorado y aquella sonrisa que quizá ya no vería. O que quizá nunca había visto.

—Pero ¿puedes seguir? —El árbitro enarcó las cejas, luego recogió la pelota del suelo y se la tendió a Alex—. ¿Puedes? Faltan diez segundos para el final del partido. Luego te llevaré donde el médico del instituto.

Alex asintió, cogió la pelota y se dispuso a lanzar desde la línea de personal. Sus compañeros seguían mirándolo con extrañeza. Su lanzamiento fue débil y apenas rozó la red debajo del aro. La pelota botó en el suelo más allá de la canasta y se detuvo junto a las colchonetas azules. Alex permaneció inmóvil, mirándola. El capitán del equipo adversario fue a recogerla y reanudó el juego desde el fondo del campo. Mientras él seguía clavado en la zona de ataque, los rivales metieron una canasta de tres puntos decisiva para ganar y se abrazaron exultantes. Pocos segundos después, el árbitro decretó el fin del partido.

Alex bajó la cabeza, aturdido y confuso. Sus compañeros lo miraron con cara de pocos amigos mientras abandonaban el gimnasio. Uno de ellos sacudió la cabeza. Otro se acercó y le preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—¿Cuánto tiempo he estado en el suelo? —preguntó él al tiempo que se encaminaban hacia los vestuarios.

—Veinte o treinta segundos... —El amigo arrugó la frente—. ¿Te sientes mal?

«No puede haber sido un sueño, es absurdo...».

Alex no respondió y dejó que su compañero de equipo se alejara. Cuando vio al árbitro avanzando en su dirección le dijo:

—No se preocupe, no me pasa nada.

Mientras el resto del equipo enfilaba el túnel hacia los vestuarios, Alex vislumbró su mochila apoyada cerca del banco del entrenador, la recogió y se metió por la puerta de las escaleras. Subió al primer piso. Los pasillos estaban desiertos. «Por lo visto es hora de clase», pensó. Dejó atrás los baños, algunas aulas y, por último, encontró la escalera que llevaba a la salida del edificio. La bajó lentamente, mientras en su cabeza se alternaban las diapositivas de todo lo vivido desde que se había desvanecido. Veinte o treinta segundos. Marco se lo decía siempre:



«El tiempo de los sueños no tiene nada que ver con el tiempo real».

Mary Thompson, el muelle de Altona, la tarjeta de prepago, la caja con la inscripción MARCOS, su padre tapiando con tablas las ventanas, las furgonetas del ejército, el Triskell en el cuello de Jenny, el dibujo del asteroide, la excavación en el centro comercial.

En su mente, todo giraba desordenadamente. Los detalles afloraban en su mente mientras recorría la calle hacia su casa. Durante el trayecto alzó los ojos al cielo varias veces. Las nubes cubrían Milán, pero eran las habituales nubes grises del invierno.

Ningún asteroide, ninguna visión apocalíptica.

Miró alrededor y vio que una pareja de ancianos lo observaba con curiosidad. Aún llevaba la camiseta amarillo-azul del equipo y los pantalones cortos, a pesar de que estaban a cinco grados. Pero no sentía frío. Solo sentía una sensación de desconcierto que por momentos lo hacía flaquear. Los detalles del entorno eran tan banales como increíbles. Algunos escaparates de tiendas ya exhibían los adornos navideños. Un cartel luminoso deseaba FELICES FIESTAS colgado cerca del cruce de Vía Porpora con Viale Lombardia. Por la calle había el habitual caos, el ineludible concierto de cláxones en cuanto el semáforo se ponía en verde. No era ni más ni menos, que la vieja Milán de siempre.

«No existe ningún Multiverso», pensó cuando llegó al 22 de Viale Lombardia y llamó al interfono. Nadie respondió. Era la hora de la comida, sus padres debían de estar en el trabajo. Normal, se dijo mientras sacudía la cabeza. No había ningún fin del mundo inminente. Los cajeros funcionaban. Internet no estaba cortado. La gente iba a trabajar. Y él continuaba repitiéndose la misma frase desde hacía varios minutos: «Soy un estúpido».

Metió la mano en el bolsillo de la mochila y encontró las llaves. En el lugar habitual, como siempre.

Abrió el portal y subió las escaleras, restregándose la frente con una mano. ¿Era posible que en treinta segundos hubiera soñado toda esa película? Quizá sí, y en cierto sentido se trataba de una bendición. Nada de cuanto lo rodeaba había sido reducido a escombros. Pero eso significaba que Jenny no existía.

En ninguna parte.

Entró en casa y entrevió la notita de su madre apoyada en el mueble del recibidor. «Junto al microondas hay una tarta salada. Por favor, ¡estudia! Besos. Mamá».

Cuando entró en su cuarto, dejó caer la mochila al lado de la cama y se sentó. Estaba en su habitación. Nada distinto. Nada nuevo. Nada extraño.

—En treinta segundos he conseguido soñar con la chica más hermosa que haya visto, y la catástrofe más espantosa que pueda ocurrir —dijo en voz alta, sacudiendo la cabeza con una sonrisa irónica.

Lo recordaba todo de aquel sueño.

Cada detalle.

«No puede no existir», pensó mientras se incorporaba de golpe para sentarse delante del ordenador. Lo encendió y luego tecleó en el campo de búsqueda de Google: «Jennifer Graver Blyth Street Melbourne». Entre los primeros enlaces apareció una dirección de Facebook. El ratón la clicó.

Cuando se abrió la foto del perfil de la muchacha, Alex apoyó un codo sobre el escritorio y con la mano derecha se apartó el mechón rubio que le caía sobre la frente.

—Lo sabía —susurró, sin saber si era más feliz por haber descubierto que Jenny existía o se sentía más angustiado por el hecho de que toda aquella historia no había sido una pesadilla.

En el campo de las informaciones personales de la muchacha estaban su número de móvil y su email. Alex sacó el teléfono de la mochila y marcó el número.

Silencio.

Sonaba.

—*Hello?*

Silencio. Los ojos de Alex, cerrados. Los ojos de Jenny, abiertos, esperanzados.

—Alex, ¿eres tú?

—Sí, Jenny, soy yo. Entonces existes.

—Claro. Y recuerdo exactamente todo lo que nos ha sucedido.

## Un mes después

**C**ORRÍA una brisa fresca y delicada mientras el sol iba cayendo detrás del horizonte, rodeado por pinceladas rojo-anaranjadas y por bandadas de pájaros que se perseguían en el cielo de Barcelona.

Un muchacho de dos metros de altura pasó como una exhalación sobre patines frente a Alex y Jenny, que cruzaban del paseo marítimo hacia el muelle.

—Menos mal que nos han dejado viajar. Será un fin de semana fantástico —dijo Jenny, con los ojos centelleantes y cogida de la mano de Alex.

—Y esta vez no me he inventado excusas, simplemente he pedido permiso. Aún no puedo creérmelo.

La muchacha sonrió y bajó la mirada. Luego levantó los ojos y miró alrededor. El muelle estaba flanqueado por escolleras y sobre la derecha partía una franja de arena que iba desde la zona de la Villa Olímpica. Donde se encontraban ellos, hasta el puerto. Jenny ya había visto aquellos lugares durante la excursión escolar. Los recordaba bien.

—¿Sabes?, a veces me parece haberlo soñado todo —dijo.

—Sí...

—Ya no siento tu voz en la cabeza. Y hago las mismas cosas que hacía antes.

Alex asintió.

—¿En este mes te ha ocurrido lo de... *viajar*? Saltos en otras dimensiones, vidas alternativas...

—No. ¿Y a ti?

Alex sacudió la cabeza, con la frente arrugada y el aire de quien continúa haciéndose preguntas.

—Si ha sido un sueño, ¿cómo es posible que hayamos tenido el mismo sueño? —quiso saber mientras se detenía a contemplar el último rayo de sol que desaparecía tras el horizonte.

Jenny lo cogió de la mano y se volvió, sin responder. Recorrieron el muelle hacia el paseo marítimo. Cuando llegaron a él, se sentaron en un banco y permanecieron en silencio durante un par de minutos mientras el aire de la ciudad se hacía poco a poco más punzante.

—Mira —continuó él—, en estos días he reflexionado mucho. Si toda la historia del asteroide fuera verdad, ¿cómo explicarías que la realidad en que nos hemos reencontrado sea exactamente idéntica a aquella de la que procedíamos?

—Sí. Yo voy al instituto cada mañana, el sábado tengo el curso de natación con los mismos compañeros, mis padres están bien y el mobiliario de la casa no ha cambiado.

—Lo mismo ocurre en Milán. En este mes no he notado un solo detalle fuera de lugar. Si nos hemos salvado del fin del mundo y hemos terminado en un universo paralelo donde el asteroide no se ha estrellado, ¿cómo es posible que nuestra vida no sea nada distinta?

Jenny permaneció mirando un punto lejano, mientras Alex insistía:

—No tiene sentido... no tiene... ¿Jenny? ¿Me escuchas?

—Sí... Sí, claro. Perdona, he tenido una especie de *déjà vu*, pero... no. Nada.

—¿Qué pasa?

—Pero no, no es posible.

—¿Qué?

—Allá. Me ha parecido ver a una compañera de clase dando una moneda a aquel artista urbano. ¿Lo ves?

Jenny le señaló el sitio. Alex miró más allá de una fila de niños que seguía a una maestra. Un joven negro estaba modelando una especie de anfiteatro de arena apenas más allá del murete que separaba la playa del paseo.

—Lo veo.

—Bien, quizá me equivoque. O tal vez sea una especie de *déjà vu*, porque cuando vine aquí de excursión, una amiga mía dio un euro a un muchacho como ese... Anda, olvidémonos del asunto y disfrutemos.

Alex escuchó a Jenny con interés y luego pareció reflexionar sobre un detalle.

—¿Sabes? Esto del *déjà vu* me ocurrió también a mí cuando me «desperté» en el gimnasio. Entre las cosas, cuando volvía a abrir los ojos estaba en el suelo, frente a la canasta, antes de un tiro libre. Exactamente donde me encontraba cuando tú me dijiste que vivías en Melbourne. Al principio de todo aquel... sueño.

—Oye, Alex.

—Dime.

—Dejemos de hablar de ellos. Que haya sido una pesadilla o una realidad da igual. Estamos aquí, juntos. ¡El mundo no se ha terminado, el cielo es espléndido y si ese cartel no miente hoy en el Casino pueden entrar también los menores!

Alex sonrió y se levantó.

—Tienes razón. ¡Vamos a pasárnoslo bien!

Jenny cogió la mano de él y se dejó alzar, luego lo abrazó y sus labios se rozaron delicadamente. Podían saborear cada instante sin el temor de que fuera el último... Tenían todo el tiempo del mundo, ningún asteroide incandescente estaba abalanzándose sobre sus cabezas.

Caminaron de la mano en dirección al Casino, llenos de vida y curiosidad.

—Cuando viniste de excursión, ¿te llevaron? —preguntó Alex mientras cruzaban la calle.

—¿Dónde?

—Al Casino.

Jenny sonrió.

—¡Sí, cómo no! Conociendo a mis compañeros, habrían intentado forzar las tragaperras. No nos lo dejaron ver ni de lejos.

—¿Es aquel? —preguntó Alex mientras se acercaban a otro cruce.

—Creo que sí. Con mis amigos aquel día llegamos solo hasta aquí, pero si no me equivoco está muy cerca, basta girar a la izquierda, allá.

Alex apretó más la mano de Jenny mientras se aproximaban al final de la calle, sobre el lado opuesto al paseo marítimo. Ella reía, soñadora y despreocupada. Él no conseguía dejar de mirarla a los ojos. Luego, ambos doblaron por la bocacalle.

Y se encontraron delante de un vacío.

—¿Qué... qué diablos...? —balbuceó Jenny. Frente a ella solo había un espacio en blanco. Como un gigantesco muro sobre el que la mirada se perdía, sin ninguna perspectiva. Era un puro vacío, pero más espantoso que el vacío. Era como si aquella parte del mundo hubiera sido borrada, engullida por una densa niebla blanca.

Jenny trató de dar un paso, pero las piernas le pesaban como rocas. La respiración se volvió afanosa, mientras delante de sus ojos la realidad se convertía en un telón ciego. Cerró y abrió los ojos varias veces, pero nada cambió.

Junto a ella, Alex notó también la ausencia de sonidos. Dio un paso atrás, hipnotizado por aquella nada. Una sensación nunca experimentada. No sabía por dónde estaba caminando y había perdido cualquier referencia, a excepción de dos básicas e inexplicables certezas: de un lado, el paseo marítimo, con el muelle que se perdía entre las olas, seguía estando allí; del otro, solo había la nada.

—Vámonos de aquí —susurró Jenny, con una mirada implorante e incrédula.

Retrocedieron y volvieron al paseo marítimo a paso lento, sin hablar. Ambos lo estaban reviviendo todo.

Aquellos treinta días.

El camino de casa a la escuela.

El camino de casa a la piscina.

El gimnasio, el entrenador.

Los padres.

El dormitorio.

Todo exactamente como lo recordaban antes de que el asteroide aniquilara la civilización.

Jenny miró a Alex mientras con la mano derecha lo cogía del brazo.

—Lo que he visto antes, Alex... no era un *déjà vu*. Era la misma escena. Mi amiga dando la moneda al muchacho. Exactamente como durante aquella excursión.

—La misma escena... —repitió él con tono monocorde, y volvió a ver en rápida secuencia la notita dejada por su madre sobre el mueble al regreso del partido de baloncesto, los adornos navideños en las calles de Milán, su mochila, su diario.

—¡Por Dios, no puede ser! —gimió Jenny cogiéndose la cara. Entonces se volvió y corrió hacia la nada, cruzando la calle sin mirar a los lados.

Alex la vio desaparecer detrás de la esquina y la oyó gritar a voz en cuello. Fue hacia allí, casi aterrorizado ante la idea de encontrarse de nuevo ante aquella incomprensible visión.

Jenny reapareció delante de sus ojos, con el rostro pálido y los labios formando una sonrisa histérica.

—Es absurdo —dijo.

—Si nos hemos salvado del fin del mundo y hemos terminado en un universo paralelo donde el asteroide no se ha estrellado, ¿cómo es posible que nuestra vida no sea nada distinta?

La pregunta que Alex había planteado giraba como un torbellino que pasaba de su cabeza a la de Jenny. Poco a poco se añadieron otras frases, como para formar un remolino en el que cada recuerdo se mezclaba y saltaba, enloquecido.

—Nuestra mente es la clave.

Jenny alargó una mano hacia Alex y cerró los ojos.

—Esta es Memoria —dijo una voz detrás de ellos.

Cuando se volvieron, el banquito del vidente malayo estaba allí, en el paseo marítimo de Barcelona. El pelo gris desgreñado y alborotado por el viento, la ropa sucia, las piernas debajo de la mesita y las cartas en las manos.

Los muchachos se quedaron perplejos, sin poder abrir la boca, mientras la sonrisa del cartomántico se convertía en una mueca socarrona.

—Solo veis lo que recordáis. Este es el después.

Jenny trató de liberarse de la confusión y el pánico para reflexionar sobre esas palabras. «Yo he estado aquí de excursión, pero no había visto la calle del Casino. Pero recordaba exactamente el aeropuerto, el camino hasta aquí, el paseo marítimo y el muelle...».

—Pensadlo. En estos últimos treinta días habéis vivido en la única realidad que conocéis. Las mismas calles, la casa, la piscina, el instituto, el gimnasio. Esta es Memoria.

—¡Joder! ¿Quién es usted? —espetó Alex—. ¿Dónde demonios estamos? ¿Qué ha sucedido?

El vidente le clavó una mirada decidida y penetrante.

—Yo solo soy un mensaje. Cuando eras pequeño te mostré cómo sería el futuro. Y tú lo dibujabas todo. Pero no puedes acordarte de mí. También Thomas Becker es solo un mensaje. El mundo, como vosotros lo conocíais, ha sido destruido. Lo que veis no es más que el eco del apocalipsis, el único fragmento restante después de la destrucción. El único sitio en que podéis vivir.

—Pero yo nunca he estado aquí, no conocía esta ciudad —objetó Alex.

—No era necesario. Tus recuerdos y los de la chica están entrelazados desde siempre. Son los únicos mapas con que podéis moveros.

Alex cerró los ojos. Volvió a ver como en cámara lenta el salto al vacío durante el estallido del

asteroide. Había caído de verdad, pues. En todos los rincones del Multiverso.

No se trataba de una pesadilla.

Era mucho peor.

—Perfecto. ¿Y ahora? —intervino Jenny, sarcástica, mientras un repentino viento levantaba del suelo las octavillas rojas y azules que revoloteaban por doquier—. ¿Estaremos prisioneros aquí para el resto de la eternidad?

El vidente dejó caer las cartas sobre la mesita, luego giró la mano derecha mostrando la palma y extendió el brazo con la elegancia de un actor teatral, como para señalar la realidad circundante.

En la playa estaban los compañeros de clase de Jenny jugando a la pelota.

Al fondo del paseo, Valeria y Giorgio Loria, de la mano, charlaban sentados en un banco.

Del otro lado de la calle, Roger y Clara Graver paseaban en dirección al puerto.

De golpe, cada persona presente en su campo visual se transformó en un fragmento de vida pasada. El recepcionista negro del St. James. El niño en el tren a Cadorna. El viejo que comía, solitario, y recordaba dónde vivían los Graver. Mary Thompson. El taxista de Altona. El policía que en Milán había ordenado a Jenny que volviera a casa durante el toque de queda. Giovanni, con su fusil, y la familia que había alojado a los muchachos la noche antes del fin del mundo.

Estaban todos allí. Eran la única realidad posible. Eran Memoria.

El vidente desapareció, dejando a los dos muchachos perdidos en un laberinto de preguntas.

La vieron aparecer por un extremo de la calle.

Se acercaba lentamente, tomando forma poco a poco entre los colores violáceos del ocaso barcelonés, mientras todo a su alrededor era una danza de octavillas al viento y de personajes del pasado que se cruzaban en el paseo marítimo.

Alex abrió desorbitadamente los ojos cuando la enfocó y sacudió ligeramente la cabeza, como si no diera crédito a sus ojos. Jenny le cogió la mano y respiró hondo.

Cuando la silla de ruedas se detuvo frente a ellos, vieron la mirada limpia y radiante de Marco, que sonreía enigmáticamente. Las pocas palabras que dijo tuvieron sobre Alex y Jenny el mismo efecto que una chispa a punto de hacer explotar todo el mecanismo. De un pasaje secreto hacia una inexplicable vía de escape. De una consigna con la que abrir de nuevo las cancelas del Multiverso.

—Ánimo, chicos. Salgamos de esta jaula.

## Agradecimientos

**C**UANDO tenía seis años escribí una historia sobre los Exoginos, unos monstruitos que hoy

han sido remplazados por los Gormitis. Ocuparon nada menos que cuatro páginas, y recuerdo bien por qué lo hice: mi madre me había instado a escribir con la promesa de que llevaría el guión a la RAI. Solo muchos años después entendí por qué había usado esa artimaña. Mi primer agradecimiento va, pues, para ella. Siempre ha confiado en mis capacidades y seguido con pasión todas mis actividades artísticas. Su ayuda nunca me ha faltado. La publicación de esta novela es también un éxito suyo. «Hasta detrás cerrado», respondía de pequeño cuando me preguntaba cuánto la quería. Era mi modo de describir un abrazo. Vale aún hoy, mamá.

Pero este libro también existe porque varias personas han decidido viajar de las realidades paralelas, dando voz a mis mundos.

Piergiorgio Nicolazzini, mi agente, al que expreso mi sincera gratitud, lo mismo que a todo su equipo. Es una persona leal, seria y sensible como se encuentran pocas. Cuando decidió incluirme en su escudería empecé a creer de verdad que esta pasión podía transformarse en una profesión. Querido Piergiorgio, la conquista de este universo es el primer objetivo. ¡Luego veremos de alcanzar también los alternativos!

Gracias a Fiammeta Giorgi y la redacción de Mondadori Ragazzi, un equipo de grandes profesionales que han cortado, cosido y confeccionado mi novela, demostrándome desde el primer día afecto y simpatía.

Mención particular para Francesco Gungui, mi editor, que ha puesto en riesgo su salud mental para tratar de orientarse en el vastísimo laberinto de *Multiversum*. Ambos sabemos dónde comenzó todo. En un restaurante, cuando esta novela no existía en absoluto y él aún no trabajaba en aquella redacción. Aquel encuentro no fue una casualidad. Nunca lo es.

Expreso mi agradecimiento, además, a todos aquellos que nos han ayudado en la fase de *editing*, leyendo el libro y aportando valiosas ideas: Andrea y Stefano Brambilla, Eleonara Giupponi y Claudia Erba, Mirko Cioffi, Veronica Volpe, Giulia Forcolini y los colegas Francesco Falconi, Asia Greenhorn y Simona Toma.

Muchas gracias también a algunos amigos que en estos últimos han soportado mis locuras narrativas, mis argumentos y las ideas estrafalarias que tomaban forma, poco a poco, en mi cabeza. La «pandilla de Port Royal»: Matun, Ema, Mayer, Gió, Fra y Vlad.

Para concluir, mi gratitud para la persona que me ha cambiado la vida. Es mi psicóloga, mi editora, mi primera lectora, mi enfermera, y podría continuar hasta el infinito.

Un día decidió tenderme la mano y caminar juntos, en esta parte del Multiverso. La amo de veras, como dice Luca Carboni. Gracias, Valeria.

PD: ¡En un universo paralelo, doy las gracias también a todos aquellos a los que lamentablemente he olvidado en esta lista!



Leonardo Patrignani nació en Moncalieri (Torino) en 1980.

Ha sido cantante y compositor de una banda de heavy metal llamada *Beholder* (con el alias de Patrick Wire).

En 2005 Leonardo empezó los estudios de actor y actor de doblaje y ahora es un actor de doblaje profesional (ha participado en varios famosos videojuegos como *Call of duty* y *Assassin's creed 2*).

Desde 2009, Patrignani es también el comentarista italiano en directo para *EA Sports* en los eventos relativos a FIFA (la simulación de fútbol más famosa del mundo).

En 2011, Leonardo firmó con Mondadori, la editorial italiana más importante, después de proponer su saga *Multiversum*. El autor está representado por la agencia literaria Piergiorgio Nicolazzini. Y de momento los derechos han sido vendidos a nueve países, incluyendo el Reino Unido, Francia, Alemania, España y Australia.



## Notas

<sup>[1]</sup> En el original *imbarazzato*. Y aunque en la traducción oficial pone *embarazado*, sería más apropiado traducirlo como *avergonzado*. (N. del Ed. Dig.). <<